

N45

Sin aliento

KIMBERLY RAYE

eLit

e*lit*

SIN ALIENTO
KIMBERLY RAYE



 HARLEQUIN[®]

Índice

SIN ALIENTO

[Sinopsis](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

Sinopsis

Tack Brandon se marchó de su pueblo dejando atrás familia, amigos... y a Annie, la chica a la que había hecho mujer. Pero ahora había vuelto a casa. Y Annie se había convertido en la criatura más espectacular que había visto... una mujer de la que Tack no podía alejarse por segunda vez.

Annie Divine llevaba diez años esperando para vengarse, y no iba a permitir que ningún sentimiento de ternura por Tack se lo impidiera. No volvería a ofrecer su corazón a un hombre que la había abandonado, aunque su cama era otra cuestión....

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 1999 Kimberly Raye Rangel
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Sin aliento, n.º 270 - enero 2019
Título original: Breathless
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A. Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-1307-705-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo uno

Lo reconoció al instante.

Una chica no olvida al primer hombre con el que ha hecho el amor... al único hombre... aunque hayan pasado diez años.

Estaba sentado en una mesa pequeña cerca del centro del único club nocturno de la ciudad. Con las piernas estiradas, los brazos cruzados y los ojos cerrados, daba la impresión de haberse quedado dormido a pesar del alto volumen de la canción de George Strait que salía de los altavoces.

La mujer se abrió paso entre un laberinto de mesas. Parecía que se había reunido allí toda la población de Inspiration, Texas. Y bien podía ser así, ya que era viernes por la noche y tanto las mesas como la pista de baile estaban llenas de gente.

Vio más de un rostro familiar, pero nadie la saludó. Unas mujeres fijaban la vista más allá de ella, como si no existiera, y otras le lanzaban miradas de desprecio. Y los hombres... esos la miraban abiertamente, sin pizca de respeto.

Annie Divine no mostró ninguna emoción. Siguió andando con los hombros echados hacia atrás y la cabeza alta.

La canción terminó cuando llegó a su destino. La pausa repentina amplificó los demás sonidos que la rodeaban: risas, murmullos de conversaciones... El corazón le resonó en las orejas, tamborileando un ritmo frenético que traicionaba la compostura que tanto se esforzaba por mantener.

Como si importara algo.

Tack Brandon parecía estar borracho, tal vez inconsciente. Un jugador de billar cercano logró una buena jugada y hubo una ronda

de aplausos. Empezó la canción siguiente, pero Tack no parpadeó. Siguió sentado allí, inconsciente de lo que lo rodeaba y de ella.

Annie respiró hondo. Aquel momento poseía una cualidad irreal, como si no lo estuviera viviendo de verdad, sino solo imaginando. Abriría los ojos y descubriría que todo había sido un sueño. Cooper Brandon, el padre de Tack, estaría vivo y bien y su hijo se encontraría en cualquier sitio menos allí. Cualquier lugar excepto en casa. Esa idea le produjo una tristeza abrumadora y se sorprendió conteniendo el aliento, esperando el momento. Él estaba allí, ante ella.

Casi no podía creerlo. Cuando por la tarde no lo vio en el funeral de su padre, comenzó a preguntarse si no sería cierto que odiaba a Cooper Brandon tanto como afirmaba en otro tiempo. Eso le produjo una mezcla de alivio y desesperación que juzgó ridícula, ya que no debería importarle si volvía a ver a Tack alguna vez.

No debería, pero le importaba.

«El hijo pródigo había vuelto a casa».

Pero no había vuelto a casa, sino a aquel sitio. Un lugar en el que ahogar sus problemas o buscar otros, si se lo pedía el cuerpo. Y por las historias que le había contado Coop en los últimos años, el cuerpo se lo pedía a menudo.

—¿Cómo va todo, preciosa?

Una mano cálida se posó en su hombro. Annie se volvió hacia Bobby Jack, el dueño del club.

Se encogió de hombros.

—Un poco cansada. El día de hoy ha sido más difícil de lo que esperaba.

—Siento haber contribuido a ello sacándote de la cama, pero no sabía a quién llamar. He supuesto que tú eres lo más cercano a una familia que tiene Tack ahora. Llevo una hora sirviéndole café pero todavía no está en condiciones de conducir.

—De todos modos no podía dormir —parpadeó ella—. No puedo creer que esté aquí de verdad.

Bobby Jack le apretó el hombro para darle confianza. Era unos centímetros más bajo que el uno setenta y cinco de Annie, pero lo que le faltaba en altura lo compensaba en fuerza. Poseía un rostro

que solo su madre y Nora Jean Mayberry, su prometida, encontraban atractivo. Su nariz, un poco ancha y plana, daba la impresión de haber recibido demasiados puñetazos. Y un cardenal oscurecía el lado izquierdo de su rostro...

Notó la mirada de ella y se encogió de hombros.

—Al ver que no conseguía nada con el café, he intentado echarle un cubo de agua helada por la cabeza. Siempre funciona con Dell Carter. Ese viejo borracho se pone sobrio en cuanto lo toca el agua.

—¿Pero Tack ha preferido dar puñetazos?

—Me ha lanzado hasta la otra punta del local antes de sentarse y seguir bebiendo —Bobby se frotó la mandíbula—. Y posee una puntería excelente teniendo en cuenta que se ha tomado casi una botella entera de tequila —le tendió un par de llaves—. Se las he quitado hace unos minutos. Son de esa moto aparcada delante...

Se interrumpió al notar que lo llamaban desde una mesa cercana.

—Parece que tengo clientes.

—Vete. Puedo arreglármelas sola.

—Volveré a ayudar en cuanto pueda. Mira, no he tenido ocasión de decírtelo en el funeral, pero siento mucho lo de Coop. Era un buen hombre —movió la cabeza—. Nunca creí que diría esto de él.

—No importa, Bobby Jack. Coop sabía que no iba a ganar ningún concurso de popularidad.

—Eso es cierto. Siempre fue un hijo de perra, pero estos últimos años pareció ablandarse —le apretó de nuevo el hombro—. Tú has estado bien, Annie. Tu madre se habría sentido muy orgullosa —apartó la mano—. Si necesitas algo, lo que sea, avísame.

Su interés la conmovió y la joven rodeó los hombros amplios de él con sus brazos y lo estrechó contra sí. Bobby Jack siempre había sido uno de los pocos de la ciudad que la trataban como a una persona, una amiga, y no la hija de la salvaje Cherry Divine.

Aunque no podía decirse que le molestara ya ser quien era. Lo había aceptado hacía mucho tiempo... desde el momento en que Tack Brandon salió de la ciudad y de su vida.

—Gracias, Bobby Jack —le dio otro abrazo rápido y se apartó, con las llaves de Tack en la mano.

—Lo que quieras —repitió el otro.

La joven asintió y lo observó desaparecer en una nube de humo. Luego se volvió hacia Tack.

Lo miró, tratando de analizar los cambios que habían producido los diez últimos años. El tiempo había convertido al adolescente espigado en un hombre musculoso. Su camiseta blanca... empapada de agua, se ceñía a su torso como una segunda piel, revelando un pecho sólido y un abdomen plano. Los ojos de ella se posaron en la sombra de un pezón bajo el material transparente, y una docena de recuerdos eróticos pasaron por su mente.

Sus labios cerrándose sobre el pezón, con la lengua despertándolo a la vida. El gemido profundo de él resonando en sus oídos, las manos de él enterradas en su pelo, alentándola a...

Respiró hondo y bajó su atención a los vaqueros húmedos que ceñían sus muslos y pantorrillas. Botas negras de motorista completaban el atuendo. Toda su persona gritaba «peligro». Tack Brandon era un mujeriego, un hombre que usaba a las chicas y luego prescindía de ellas. El tipo de hombre contra el que todas las madres prevenían a sus hijas.

Todas las madres excepto la de Annie. ¿Pero cómo iba Cherry a prevenir a su hija contra el tipo de hombre al que había intentado conquistar toda su vida? Cherry había sido muchas cosas, pero no hipócrita. Había sido gritona y vulgar, rápida en el enfado y también en el perdón, ingenua en muchos aspectos, y lo bastante experimentada en otros para ser la Jezabel de la ciudad. Digna de confianza y leal hasta el defecto, Cherry Divine había renunciado a sus sueños y esperanzas y bajado a la tumba amando a Cooper Brandon a pesar de que él nunca la había correspondido como se merecía.

De tal palo, tal astilla.

Tack tenía los rasgos de su padre, los pómulos fuertes heredados de una abuela comanche, y la nariz escultural. Unas pestañas larguísimas abanicaban sus mejillas. Barba de unos días cubría su mandíbula y bajaba por la garganta. Su pelo castaño, tan mojado como la camisa, se rizaba en torno a su cuello, mostrando reflejos

dorados en los bordes.

Annie respiró hondo varias veces y prosiguió su inspección.

Una cicatriz se extendía desde la sien hasta la ceja, partiendo ésta por la mitad, y se veían arrugas en torno a sus ojos. Esos cambios sutiles hacían que pareciera mucho mayor que el muchacho de dieciocho años que había atormentado sus sueños.

La persona que tenía delante no era ningún muchacho. Era un hombre y tenía el aire duro de alguien que ha visto demasiado, que ha pasado la mayor parte de su vida con sacrificios y privaciones.

Sabía que era ridículo pensar eso. Tack Brandon nunca se había privado de nada. Había tenido todo lo que quería, incluyéndola a ella. A la que, por otra parte, no había querido nunca, al menos, no como ella a él.

Por fortuna.

Trató de centrarse en aquel pensamiento y aplacar las emociones que la embargaban por dentro. Ignorar el recuerdo del cuerpo de él cubriendo el suyo, de sus manos acariciando la piel desnuda de ella, de sus lágrimas mojando las manos femeninas... No quería recordar cómo la habían afectado sus caricias. Ni cómo brillaba su mirada cuando la penetraba.

El pasado estaba olvidado.

No se enamoraría de él otra vez. No podía. El problema era que no creía que hubiera dejado de estar enamorada de él nunca.

Y cuando él levantó los párpados y la miró con unos ojos tan azules como un cielo nocturno claro, mucho se temió que seguía estándolo.

De tal palo, tal astilla. Era igual que su madre.

Tack Brandon no solo le quitó la virginidad la noche de su graduación, la misma noche en que murió su madre y él se marchó de Inspiration. Le robó también el corazón.

Pero no. El pasado era algo lejano y Annie había aprendido la lección. Nunca más.

—Hola, tesoro.

Su voz sonaba más sobria que borracha, pero sus ojos vidriosos y enrojecidos decían otra cosa. Le lanzó una sonrisa traviesa que hizo que se le parara el corazón y la joven decidió que, definitivamente,

estaba borracho. Porque lo último que haría Tack sería sonreírle. Sería más probable que le diera una patada en el trasero cuando se enterara de que se había hecho amiga del hombre al que él siempre había odiado. Un hombre al que también odió ella hasta el momento en que murió su madre. Luego todo cambió. Cooper Brandon también cambió.

La joven se acercó a Tack y le pasó una mano bajo el brazo musculoso.

—Vamos, vaquero. Te llevaré a casa.

La sonrisa de él desapareció.

—Al motel —murmuró.

La joven vio la llave de la habitación que había en la mesa, al lado de la cartera de él y la botella de tequila. Seguramente se había vaciado los bolsillos en busca de dinero con el que pagar el alcohol. Comenzó a guardarse las cosas de él.

La mano masculina se cerró en torno a la muñeca de ella. Tiró de la joven hasta tener su rostro a pocos centímetros del suyo.

—Tranquilo —dijo ella—. Solo estoy guardando esto para sacarte de aquí.

—¿Te vienes conmigo, preciosa? —sonrió él de nuevo—. Ésta debe de ser mi noche de suerte —su aliento, una mezcla de lima y tequila, rozó suavemente la boca de ella. Los labios de él mordisquearon la comisura de su boca—. Más suerte de la que he tenido en mucho tiempo.

La joven tuvo que hacer un gran esfuerzo para apartar el rostro y no devolverle el beso.

—Solo te voy a ayudar a volver a tu habitación. Estás borracho.

—Y tú eres... —se echó hacia atrás y la miró—. ¿Te conozco?

—Es posible —repuso ella, esforzándose por ignorar la punzada de dolor que le produjo su pregunta.

Se apartó y apoyó una mano sobre el pecho de él. El sencillo contacto hizo que le quemara la palma y estuvo a punto de gritar. No era justo que tuviera un efecto tan potente en ella después de tanto tiempo.

Le puso una mano bajo el brazo y lo impulsó a levantarse.

—Vamos —dijo.

Tuvo que tirar varias veces, pero al fin consiguió ponerlo en pie. Le pasó un brazo en torno a la cintura y él se apoyó en ella.

—¿Cómo te llamas, encanto? —gruñó con voz espesa.

—Encanto está bien —ignoró la punzada de dolor y se esforzó por sujetarlo y empujarlo hacia adelante.

—Te juro que te conozco de algo —musitó él. Movi6 la cabeza—. ¿Eres una vieja amiga? —no le dio ocasi6n de contestar—. ¡Lo eres! ¡Lo sabía! —se dio una palmada en la rodilla, lo que hizo que ambos se tambalearan. Annie se agarr6 a la mesa y él se ech6 contra ella—. Una aparici6n del pasado —musitó.

—Exacto. Ahora presta atenci6n, vaquero —hizo señas a Bobby Jack, que acababa de servir una ronda en una mesa cercana. Annie era m6s alta que muchas mujeres y que bastantes hombres, pero Tack le sacaba al menos doce centímetros de estatura y necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir—. Vamos a intentar meterte en la cama.

—Cama —murmur6 él. Dej6 caer la cabeza sobre el hombro de ella y le bes6 el cuello—. Eso s6 que es una buena idea.

* * *

Había tenido muchas veces ese sueño.

La joven se inclinaba sobre él, su pelo claro rodeándole el rostro como una cortina de seda que acariciaba el vientre de él mientras ella le abría los botones de los vaqueros.

—Mala suerte que Bobby tuviera que echarle agua helada encima —murmur6 una voz dulce desde muy lejos—, y m6s a ún con el frío que hace aqu6. Tenía que haber dejado a Bobby que me siguiera, pero no, tenía que decirle que yo pod6a hacerlo sola —oy6 algunos comentarios m6s sobre el aire acondicionado de los moteles y las neumonías y luego los dedos de ella rozaron su erecci6n.

Intent6 de nuevo abrir la cremallera y solo consigui6 excitarlo m6s. Todos los m6sculos de su cuerpo se habían tensado. Respir6 hondo.

A trav6s de la niebla de tequila y humo que lo envolvía, capt6 el aroma de ella, un olor embaucador a melocotones maduros tendidos

al sol del verano.

Inhaló ese aroma. Los melocotones habían sido siempre su fruta favorita. Recordaba muchos días recogiendo fruta cerca del arroyo Brandon. No había nada comparable a morder esa pulpa dulce y sentir el zumo corriendo por la barbilla...

Nada tan decadente ni tan satisfactorio.

Excepto ella, la mujer que atormentaba sus sueños y su cabello suave como rayo de luna que producía susurros en su piel desnuda y hacía que se estremecieran sus músculos.

La cremallera se abrió al fin y ella suspiró. Tack tendió los brazos hacia ella, ansioso por la parte de la fantasía que llegaría a continuación.

Entrelazó los dedos en los cabellos suaves de ella y bajó la cabeza femenina hacia él.

Le besó los labios con furia y desesperación. Hacía demasiado tiempo que no estaba con una mujer.

Y mucho más sin aquella mujer en particular.

Besó unos labios llenos y suaves y ella abrió la boca y lo acarició con la lengua. Tack sostenía su cabeza en las manos, con los dedos unidos en su pelo, acercándola hacia sí como si temiera que alguien pudiera apartarla.

Porque tenía miedo, sí. Sabía por experiencia que se despertaría pronto y descubriría su cama vacía y su cuerpo agotado tras otro sueño erótico.

Pero en ese momento, ella parecía muy real. El sonido de sus respiraciones superficiales llenaba los oídos de él. Las manos de ella acariciaban sus brazos y hombros, tocándolo como si quisiera memorizar cada centímetro de su piel. El corazón de ella resonaba contra el suyo. Sus pezones se hinchaban contra el algodón fino de la camiseta. Giraba las caderas en un movimiento que imitaba la urgencia que apretaba el vientre de él.

Solo un sueño. Pero el mejor que había tenido en mucho tiempo.

La ropa desapareció con rapidez... la camisa y los vaqueros de ella y lo que quedaba de la de él. Tack la subió sobre su cuerpo, colocándola de modo que sus pezones quedaran a pocos centímetros

de la boca de él. Introdujo uno de ellos en la boca y succionó con fuerza hasta que ella lanzó un respingo y gritó su nombre.

Saboreó el sonido de su respuesta antes de dedicarse al otro pecho. Succionó y mordisqueó hasta que ella se movió contra él de un modo salvaje y libre. Tal y como lo había hecho la primera noche juntos cuando se hubo quitado al fin aquel maldito vestido. Tack había tirado de la prenda con besos dulces y palabras cálidas y consiguió quitarle no solo el vestido, sino también sus inhibiciones. Ella había respondido a su deseo igual que lo hacía ahora. Igual que lo hacía siempre que él tenía ese sueño.

Estaba a punto de estallar, con el sexo caliente y pesado y vibrante de vida propia. Bajó las manos por la espalda de ella, apretó sus nalgas y la levantó. La tocó con la punta de su erección y notó que estaba caliente y húmeda y que lo esperaba. Apretó los dedos en las nalgas de ella y la penetró con un movimiento. El placer inundó su cerebro y envió un estremecimiento por todo su cuerpo. Le apretó las caderas y la impulsó a moverse, a montarlo con furia y rapidez.

—Espera —la palabra, suave y desesperada, resonó en su cabeza y lo devolvió a la realidad.

Pero aquello no era la realidad. Era un sueño. Una fantasía erótica muy vívida y... Algo húmedo tocó su pecho y supo de inmediato que la mujer que había en sus brazos era muy real. Dejó las manos inmóviles. Se obligó a abrir los ojos y luchó contra la maldita niebla producida por el tequila.

Parpadeó e intentó concentrarse, pero la habitación estaba oscura. Solo vio la sombra del rostro de ella rodeado de una nube plateada de cabello.

El cabello de ella.

Apartó aquel pensamiento. Era una mujer real, sí, pero no podía ser ella. La falta de luz y la lujuria que cubría su cerebro hacían que viera lo que quería ver, sintiera lo que quería sentir... y la sensación era muy buena.

Algo húmedo rozó esta vez su mejilla y se deslizó por su mandíbula. El hombre levantó una mano para secar la humedad de las mejillas de ella. Controló con fuerza su cuerpo, decidido a no

moverse en su interior hasta que ella así se lo dijera.

—No te hago daño, ¿verdad? —preguntó.

—Sí. No —sollozó ella—. Lo siento. Es que hacía mucho tiempo — inició una respiración honda, que acabó en un respingo al sentir el pulgar de él sobre su pezón—. Demasiado —añadió—. Demasiado tiempo.

—Tranquila, querida —le acarició la espalda y sintió el cuerpo de ella bajar hacia el suyo—. Relájate y disfruta del viaje.

La joven pareció obedecer, pero no tanto como el propio Tack. Cuando llegó al clímax, fue como si alguien le golpeará la cabeza con un hierro de marcar ganado. Una oleada caliente cubrió todos sus nervios y pensamientos hasta darle la sensación de que su cuerpo entero iba a estallar en llamas. Y Tack Brandon tuvo el segundo mejor orgasmo de toda su vida.

El primero, por supuesto, había sido cortesía de la belleza de cabello plateado de sus sueños. Un recuerdo.

Una memoria del pasado.

Quiso seguir pensando, esforzándose por recordar algo más, pero estaba demasiado cansado y satisfecho para pensar en nada que no fuera abrazar a esa mujer y dormir.

Ya tendría tiempo de sobra a la mañana siguiente.

Capítulo dos

Ella se había ido.

Tack se apoyó en un codo y observó la habitación del motel, escasamente amueblada. La estancia, con su moqueta naranja y su cama grande, servía, como las demás de la Posada Inspiration, de hogar a camioneros y amantes ansiosos.

Tack no se consideraba ninguna de ambas cosas cuando firmó el registro el día anterior, pero ahora...

Por su mente cruzaron imágenes de brazos sedosos y piernas largas abrazadas a él. Sintió calor en su piel desnuda, a pesar de que el aire acondicionado estaba conectado cerca de allí. Ansioso. Esa palabra lo describía a él la noche anterior. Y también esa mañana, a juzgar por su erección.

Pero su igualmente ansiosa compañera no se veía por ninguna parte.

Respiró hondo y siguió observando la estancia. La cartera y las llaves estaban encima de la cómoda. Su ropa se hallaba colocada en la única silla del cuarto, un mueble de color naranja chillón que le daba ganas de buscar sus gafas de sol.

Y el sol no ayudaba mucho. Un brillo pálido entraba por los bordes de las persianas, alejando las sombras hasta los rincones más oscuros. Cerró los ojos al sentir los primeros síntomas de la resaca. Seguía lo bastante bebido para no vivirla aún en todo su impacto, pero también estaba ya lo bastante sobrio para reconocer el vacío que había en sus entrañas.

Ella se había ido. El sueño había terminado.

Pero no había sido un sueño, sino una mujer real, alguien con

quien ligó en BJ's. Buscó en su mente, pero no recordaba nada después del momento en que Bobby Jack le tiró el agua fría. Eso y el puñetazo que le dio a su viejo amigo. Luego se dejó caer de nuevo en la silla, tomó la botella y el mundo desapareció de su vista. Lo siguiente que sintió fue el pelo de aquel ángel rozando su estómago desnudo.

Sus músculos se estremecieron y cerró los ojos con más fuerza, sintiéndola encima de él, rodeándolo con su cuerpo. Cálida y húmeda y...

¿Qué diablos había hecho?

Se pasó una mano por el rostro. Se había emborrachado, eso era lo que había hecho. Había bebido una botella entera de tequila cuando solo bebía una cerveza de vez en cuando fuera de temporada. Y durante el circuito, se limitaba a agua mineral y bebidas para deportistas. Nunca probaba el alcohol fuerte ni se acostaba con mujeres que no tenían nombre ni rostro. Ciertamente que había tenido su parte de chicas cuando empezó en las carreras, pero con el tiempo aprendió que las mujeres eran tan malas como el alcohol. Lo distraían y suponían un peligro. Y a él no le gustaban las aventuras de una noche.

Por otra parte, él no había considerado aquella una aventura de una noche, sino un sueño. Otra fantasía más. La fantasía que lo atormentaba noche tras noche.

Pero esa vez había sido real, con repercusiones reales. Por su cabeza pasaron una docena de posibles problemas, todos, consecuencia de haber hecho el amor sin protección. A menos, claro, que ella sí hubiera tomado precauciones. Confió en que así fuera y se esforzó en ser más optimista. Aquello ya no tenía remedio y Tack no era hombre que se regodeara en sus errores.

Colocó los pies a un lado de la cama y miró el despertador. Eran más de las siete y media. Con resaca o sin ella, tenía que vestirse y seguir con su trabajo. Tucker lo esperaba...

Se acercó a la ventana, apartó la cortina y miró al exterior, entrecerrando los ojos contra el sol. No vio ni rastro de su Harley.

Dejó caer la cortina. BJ's estaba al otro lado de la ciudad, más allá

de las vías del tren, a una media hora andando, mientras que el rancho quedaba solo a veinticinco minutos, quince si tomaba el atajo que solía usar de niño al volver de la escuela.

Sonrió al recordar el camino que cruzaba el arroyo y llevaba hasta su melocotonero favorito. Miró la almohada de la cama y sintió el impulso de sumergirse en el aroma de ella. Levantó la almohada y se la acercó a la nariz. Cerró los ojos y aspiró su olor. Melocotones. Dulce, cálido e innegablemente suyo.

Apartó la nostalgia y dejó la almohada en su sitio. No era ella. Nunca lo era cuando abría los ojos. Nunca.

¡Si supiera al menos la identidad real de la mujer! A pesar de que se arrepentía de lo hecho, también se sentía... distinto. Más vivo. Revitalizado. Y eso era obra de ella, de su cuerpo, sus lágrimas y sus palabras.

«Espera, ha pasado mucho tiempo. Demasiado».

Buscó en su recuerdo algo distintivo, algo separado de su amante de los sueños.

Nada.

Se maldijo a sí mismo y a la maldita botella de tequila y se dirigió al baño. Si se daba prisa, podía ducharse y cambiarse y llegar a tiempo a su encuentro con Gary Tucker, el abogado de su padre. Gary, siempre puntual, seguramente estaría ya en el rancho, encantado de que Tack hubiera accedido a acudir a casa para la lectura del testamento. Sin duda creía que estaba impaciente por hacerse con la tierra y el dinero de los Brandon.

Pero Tack no había querido el dinero de su padre diez años atrás y seguía sin quererlo. Había pasado su juventud en deuda con un hombre que había visto a su único hijo como una extensión de sí mismo en lugar de como una persona con gustos y manías propios. Como hijo único y heredero, Tack se había sentido atado a la tierra de los Brandon, encadenado a una vida de tradición. Había estado a punto de cumplir las expectativas de su padre, pero solo a causa de su madre. Ella amaba la tierra tanto como su padre, pero por otros motivos. No veía el rancho como una muestra de riqueza o poder, sino como su hogar.

Se había criado en una superficie cercana, convertida ahora en la porción occidental del rancho grande. Hija única y que entendía mucho de ganado, había soñado con quedarse al cargo cuando muriera su padre. Pero éste, viejo y testarudo, rehusó dejar a su hija al cargo de miles de acres de terreno, así que ella decidió buscar un marido y encontró a Cooper Brandon.

Coop era la pareja perfecta a ojos de su madre. Un ranchero cuyos terrenos limitaban con los suyos, uno de los solteros más codiciados del condado y, sobre todo, un hombre que contaba con la aprobación de su padre. La madre de Tack hizo una proposición de negocios y Cooper, avaricioso y deseoso de ampliar su imperio ganadero, la aceptó.

Algunas personas decían que su madre había sido tan fría como su padre, pero Tack no la recordaba así. Siempre había sido amable y tierna; algo reservada quizá, pero algunas personas no mostraban tan fácilmente sus emociones como otras. Tack le perdonó aquello porque ella sí intentó ser una buena madre. Pero su padre... Cooper Brandon era un ranchero y su papel de padre no entró nunca en sus expectativas.

La madre de Tack murió en un accidente de coche la noche de su graduación y él se marchó, decidido a buscar su camino sin el dinero y la influencia de los Brandon. Cooper Brandon habría vendido su alma al diablo para retener a su hijo en el rancho, pero no le habría dado nada por verlo feliz y contento en ningún otro sitio.

No fue fácil marcharse. Ni fue fácil ganarse la vida. Pero después de años de sangre, sudor y sacrificios, Tack había conseguido hacerse un nombre en los circuitos de carreras de motocross y supercross. Había corrido con los equipos Suzuki, Yamaha, Honda, y acababa de recibir una oferta para liderar el equipo Kawasaki al año siguiente.

Miró la bolsa de cuero en la que había metido los nuevos contratos que solo esperaban su firma. Ya había recibido el visto bueno de su abogado. Kenny decía que era el mejor acuerdo en la historia del deporte y todo gracias a su reputación. Una reputación que se había hecho él solo, sin ataduras ni deudas ni raíces.

«No hay nada más importante que este rancho. El ganado, la tierra,

es lo primero. Todo lo demás es secundario».

Las palabras resonaron claramente en su mente, como si se las hubiera oído pronunciar a su padre el día anterior.

Movió la cabeza. No podía creer que su padre hubiera muerto. Era un hombre que disfrutaba de la vida y de lo que ésta tenía que ofrecer: dinero, whisky y sobre todo mujeres... exigiendo siempre más de lo que tenía derecho. Tan dominante y tan... vivo.

El día anterior, cuando se quedó de pie ante la tumba después de que se marcharan todos los demás, tuvo la sensación de que había habido un error. Casi esperaba que su padre se acercara, le diera una palmada en la espalda y le lanzara uno de sus discursos sobre la responsabilidad.

Muerto.

No había error ni modo de escapar al presente o al pasado, aunque Tack lo intentó. Se dirigió al bar más cercano a emborracharse, a olvidar la última vez que había visto a su padre, lo que se habían dicho, los remordimientos que todavía lo carcomían por dentro. El odio.

Pero no era posible.

Se puso una camiseta limpia y unos vaqueros y se sentó en la silla a abrocharse las botas. Cooper Brandon había muerto. Tack lo sentía, pero no podía devolverle la vida ni regresar al pasado y cambiar su amarga despedida al lado del lecho de muerte de su madre.

Solo podía vivir el presente, el futuro, y ése incluía una carrera muy importante en seis semanas, el campeonato Noroccidental en 250 cc., un título que tenía que ganar si quería dirigir el equipo Kawasaki.

Una llamada a la puerta le hizo fruncir el ceño. Abrió y vio un puño adornado con anillos que se disponía a llamar de nuevo.

—¡Vaya, que me aspen! —exclamó la anciana que había de pie en el umbral—. Pero si eres tú. Te vi ayer sonriendo a las cámaras y corriendo en una moto cerca de Palm Springs.

—Era una reposición, Effie. Lo de Palm Springs fue hace seis meses.

—¿Seis meses? —Effie Coletrain, dueña del motel, frunció el ceño—. La maldita tele se está volviendo tan mala como los periódicos.

Nunca sabes cuándo es nada.

Effie debía tener cerca de setenta años, pero se esforzaba mucho por ocultarlos. Y ese día no era una excepción. Sombra de ojos verde, colorete rosado y carmín del mismo tono se esmeraban en cubrir líneas y arrugas, pero nada podía suavizar el tono rasposo de su voz.

—Parece que anoche trasnochaste —continuó—. Al pastor Marlye no le gustará mucho eso. ¿Qué otros pecados cometiste anoche? —se esforzó por mirar dentro de la habitación.

Tack colocó su cuerpo en la puerta, tapándole la vista.

—Effie, tengo prisa...

—Primera norma de la casa... nada de sexo en mi establecimiento.

—¿Yo?

Se esforzó por parecer inocente y la mujer lo observó con atención.

—Segunda norma de la casa, no mentir a una anciana que ha oído ya muchas cosas. Puedo leer sin problemas en esos ojos tuyos, Tack Brandon. Y veo un hombre que anoche anduvo de caza —miró más allá de él—. Lo que no veo es ningún rastro de ella.

—Primera norma para los mujeriegos —sonrió él—. No dejes nunca pruebas que puedan incriminarte.

La anciana lo miró de hito en hito unos segundos y movió la cabeza.

—Veo que sigues siendo el mismo listillo de siempre —su tono de voz era estricto, pero sus ojos eran suaves e indulgentes, igual que lo habían sido años atrás cuando llevaba a Jack y Jimmy Mission y a él a la oficina después de haberlos sorprendido echando burbujas de baño en la piscina del motel.

Se había puesto furiosa, pero cuando apareció el *sheriff*, rehusó denunciarlos. En lugar de ello, dio escobas a los tres chicos y los puso a barrer el aparcamiento. Después les ofreció galletas caseras y limonada y los conquistó para siempre.

Tack miró la bandeja que llevaba en la mano.

—Eso no será...

La mujer levantó la bandeja.

—No tengo por costumbre ofrecer servicio de habitaciones. El desayuno se sirve a las siete en el comedor o los huéspedes pueden

buscarse la vida, pero he hecho una excepción porque acabas de volver al pueblo —miró la bandeja—. Cocina casera para que empieces bien el día. Y tienes aspecto de necesitarla.

—Saborearé cada bocado —prometió él.

—Me alegro —lo miró con simpatía—. Tu padre fue un bastardo, pero yo siempre lo respeté. Era directo. Si le gustabas, le gustabas. Si no, no. Siempre sabías a qué atenerte con él. Lo siento mucho por ti.

—Gracias, Effie —le quitó la bandeja y la dejó en la mesilla de noche.

—Come, hijo.

Tack cerró la puerta tras ella y miró la bandeja. Aparte del dolor de cabeza, no sentía ningún otro efecto de la resaca. Ni le ardía el estómago ni le dolían los músculos. Tal vez no había bebido tanto como creía.

Pero entonces, ¿por qué no podía recordar más detalles de la noche anterior?

La pregunta siguió atormentándolo mientras tomaba su cartera de la cómoda, mordía una salchicha de la bandeja y se dirigía hacia la puerta. Por desgracia, no tenía tiempo para sentarse a desayunar bien si quería llegar puntual a su reunión.

Un aullido lo detuvo al salir de su habitación. Se volvió y vio un perro marrón y blanco, un cruce entre pastor alemán y podenco, que miraba la salchicha que llevaba en la mano.

—Hola, amiguito —se agachó a acariciarlo—. ¿Te has perdido de camino a casa?

A pesar de su pregunta, supo en el acto que aquel animal no tenía dueño. Estaba muy delgado y daba la impresión de que llevara semanas sin comer. Y el modo en que temblaba bajo su mano dejaba claro que hacía mucho tiempo que no lo acariciaba nadie.

—¿Tienes hambre, *Huesos*?

Huesos contestó engullendo la salchicha y lamiendo la mano vacía de Tack.

—Tengo más —el hombre abrió la puerta del motel y dejó entrar al perro, lo dejó cerca de la puerta y colocó una manta en el suelo en el rincón opuesto. Luego llenó de agua el cubo de hielo del motel y lo

colocó, junto con la bandeja, cerca de la manta.

—Todo tuyo, *Huesos*.

El perro solo vaciló unos segundos antes de acercarse a olisquear la comida. Lamió una vez las chuletas y comenzó a engullirlas.

Tack le acarició la piel.

—Luego te limpiaremos y te buscaremos una casa, pero me temo que por el momento te quedarás solo. Yo tengo algo que hacer —el perro le lanzó una mirada antes de volver al desayuno y Tack comprendió que ya le había perdonado su marcha.

Volvía hacia la puerta cuando sus ojos se posaron en un trozo de seda blanca que había entre las sábanas revueltas. Se dio cuenta de que eran unas braguitas y tiró de ellas. Miró el dibujo de encaje que adornaba la tela y sintió una opresión en el pecho. «Melocotones».

Tensó los dedos al recordar lo ocurrido la noche anterior. El cuerpo de ella apretado contra el suyo, sus manos acariciándolo, su voz susurrando palabras melosas... «Familiar».

Movió la cabeza y se metió las braguitas al bolsillo. No podía ser. La última vez que vio a Annie Divine, ella estaba empeñada en salir de la ciudad, ir a la universidad y hacerse una vida lejos de su madre. Annie odiaba su legado más aún que Tack el suyo.

No podía ser ella.

Era ella.

Tack dejó de andar y miró a través de las flores silvestres. Parpadeó varias veces, pero ella seguía allí. Vestida en un vestido blanco de algodón, con su cabello de ángel cayendo en torno a sus hombros como una nube de plata, podía haber sido una visión de su imaginación. Después de todo, había ido pensando en ella desde que saliera del motel.

Pero eso era distinto. Ella era distinta. Se la había imaginado tal y como era diez años atrás, una niña al borde de la madurez, cuya figura empezaba a cambiar. Imposible haber podido anticipar a la mujer que tenía ante sí. Su cuerpo, completamente desarrollado, lucía unas curvas lascivas que inspiraban pensamientos pecaminosos.

De tal palo, tal astilla.

Cherry Divine había sido muy exuberante en su época. No era de

extrañar que su padre se hubiera quedado enganchado con ella desde el momento en que llegó al pueblo, exactamente al escenario del Watering Trough, un tugurio en la Autovía 62. Cooper Brandon, hombre casado, padre amantísimo y un pilar de la comunidad, no tardó en reclamarla y Tack lo despreció a partir de ese momento.

Pero eso no había tenido nada que ver con Annie. Ella odiaba la relación entre el padre de él y su madre tanto como Tack, pero ambos tenían solo ocho o nueve años cuando comenzó, así que no pudieron decir mucho.

Y todo eso era ya agua pasada.

Por un segundo lo sorprendió lo mucho que había cambiado, lo mucho que se parecía a su madre. Luego ella levantó una cámara de aspecto caro que llevaba colgada al cuello y comenzó a sacar fotos de un grupo de flores.

Tack sonrió. Annie y su cámara. Era una visión que recordaba bien. Annie de pie en los laterales del campo de fútbol de la escuela, sacando fotos de los jugadores, los espectadores, las animadoras. Annie en un picnic, quedándose en los bordes del grupo para hacer fotos del campo, de la vida salvaje y de los asistentes al picnic.

Trabajó de fotógrafa para el anuario de la escuela, y asistió a todos los eventos esforzándose siempre por mezclarse con los más «adecuados». Nunca lo consiguió. Siempre había sido la hija de Cherry Divine, y eso la hacía distinta, a pesar de lo mucho que se esforzaba ella por encajar.

En ese momento estaba en pie entre un mar de margaritas y campanillas azules. Su vestido, sin mangas y corto, dejaba al descubierto unos hombros bronceados y unas piernas larguísimas. El tejido moldeaba sus pechos y se estrechaba en su minúscula cintura. Una brisa revolvía su pelo, subiéndole la falda a intervalos. No iba vestida para seducir ni pintada con los últimos cosméticos, pero resultaba tan deseable como cualquier modelo. Y ella era real. Hija de la tierra. Una obra de arte de la madre Naturaleza. Si Eva había tenido un aspecto así, no tenía nada de raro que Adán se hubiera comido aquella manzana.

Tack mordió el melocotón que había recogido unos metros atrás,

cerca del arroyo, pero no consiguió saborearlo. Su paladar estaba lleno del sabor de ella la noche anterior... un sabor cálido, dulce y... muy adictivo.

Un sabor del pasado.

Ni siquiera una manada de caballos salvajes habría podido impedirle que se acercara a mirar a la señorita Annie Divine de más cerca. Tal vez volver a Inspiration no fuera tan horrible como había temido. Había un punto brillante en ese pueblo. Siempre lo había habido: Annie.

Capítulo tres

—No sabía que fueras una chica de las que los usa y luego los abandona —la voz profunda sobresaltó a Annie, que se giró con los puños levantados en un movimiento de autodefensa que le había enseñado su madre. Su mano chocó con un pecho duro como una roca.

—¡Ay! —una mano larga y bronceada frotó el pecho masculino—. ¿Tan mal estuve anoche?

—¿Tack?

—En carne y hueso —se encogió al tiempo que ella lo golpeaba de nuevo—. Debí estar muy mal, sí.

—Eso no es por lo de anoche, sino por acercarte así —se sujetó la mano dolorida con la otra—. ¿Qué haces aquí?

—La pregunta, querida, es qué haces tú aquí —repuso él, mordiendo un melocotón.

Un chorro de zumo cayó por su barbilla y ella sintió el impulso de pararlo con sus labios. Una locura, claro. Tocarlo sería un error. Hacer el amor con él la noche anterior había sido el peor error, pero eso ya no podía cambiarlo. Lo mejor que podía hacer era olvidarlo y centrarse en el presente, en ese momento. En él.

Los ojos azul oscuro de él la miraron con fijeza y Annie apenas pudo resistir el impulso de dar media vuelta y huir. Para no tener que lidiar con lo que había ocurrido entre ellos.

Pero en lugar de huir, se esmeró por sacar fotos de unas margaritas cercanas.

—Estás muy lejos de la calle Rose —añadió él.

—Allí no hay mucho que ver —nada excepto una casa grande y

deteriorada y un jardín descuidado que no había tenido tiempo de arreglar. Pero eso había cambiado. Cooper Brandon había muerto y Annie había pagado su deuda y cumplido su promesa. Podía seguir adelante con su vida.

Dio la espalda a Tack y miró el paisaje que la rodeaba.

—Vengo aquí de vez en cuando. Me gusta más cuando hay niebla. Las flores silvestres se fotografían muy bien con poca luz, pero por la mañana temprano también puedes conseguir buenas fotos.

El hombre señaló la cámara.

—Ya imaginaba que habrías convertido eso en una profesión.

—Así es. Soy periodista del *Inspiration in Touch*. Cubro artículos y hago fotos propias.

—No me refería a este pueblo. Creí que a lo mejor te habías ido a Houston o a Dallas.

—Los planes cambian. Mi madre enfermó poco después de que te marcharas, así que me quedé a cuidar de ella.

—Me han dicho que ha muerto. Lo siento.

La joven lo miró a los ojos.

—Nunca te cayó bien.

—Cierto, pero lo siento. Lo siento por ti.

—Y yo por ti. Ayer te perdiste un funeral hermoso.

Tack se encogió de hombros.

—Conque te gusta este sitio, ¿eh? —dijo, cambiando de tema.

La joven miró a su alrededor y una sonrisa curvó sus labios.

—Tiene cierto encanto.

Los ojos de él brillaron al sol.

—La última vez que te vi no te gustaba mucho el terreno de los Brandon.

—Hace mucho tiempo de eso.

Tack la miró un momento de hito en hito.

—Yo diría que demasiado, a juzgar por lo de anoche —terminó lo que quedaba del melocotón y se frotó las manos—. Esta mañana has salido muy pronto. Ni siquiera he tenido ocasión de saludarte.

—No soy una gran conversadora —hizo lo imposible por ignorar la mezcla de alegría y desesperación que la embargaban y amenazaban

con hacerla llorar.

Pero no delante de Tack. Ahí fue donde se equivocó su madre. Permitted que Cooper Brandon viera lo que sentía por él. Al confesar su amor, se dejó enganchar todavía más por él. Annie se negaba a hacer lo mismo. Era mejor enterrar sus emociones y conservar el control.

Además, ella no lo amaba. Ya no. Nunca más.

—Podíamos habernos saltado la conversación y empezado el día de otro modo —tendió una mano y rozó la mejilla de ella.

La joven se apartó y estudió el paisaje como si buscara la cantidad justa de luz y sombra para su próxima foto.

—Tenía que ir a casa y no me ha parecido bien despertarte. Anoche estabas tan borracho que... —tragó saliva—, me sorprende que recuerdes lo que pasó.

—Lo recuerdo, sí —su voz, suave y profunda, hacía temblar el cuerpo de ella—. Tú y yo juntos. Lo que no recuerdo es cómo terminamos... —le puso una mano en el hombro y la obligó a mirarlo —, juntos.

—Tú estabas borracho y Bobby Jack pensó que no debías conducir. Me pidió que te llevara al motel.

El hombre sonrió.

—Y luego se animó el viaje —comentó.

La mujer frunció el ceño.

—¿No se han calmado tus hormonas desde hace diez años?

—Yo creía que sí —repuso él con seriedad—, hasta anoche —sonrió y le guiñó un ojo—. Pero por otra parte, tú siempre me has puesto a cien, cariño.

Sus palabras suscitaron muchos recuerdos en ella. Besos rápidos debajo de las gradas después de un partido de viernes por la noche. Sesiones de achuchones interminables en los asientos de la camioneta de su padre. Baños nocturnos en el lago. A pesar de su determinación de mantenerse indiferente, una sonrisa entreabrió sus labios.

—Tú siempre estabas intentando bajarme las bragas.

—Pero anoche me sedujiste tú a mí.

—¿Yo te seduje?

—Me desnudaste. No recuerdo mucho, pero sí que bajé la vista y te vi quitándome los pantalones. Te sentí bajar la cremallera.

—Estaban empapados y el aire acondicionado se había atascado. Si te hubiera dejado con la ropa mojada, habrías pillado una pulmonía —metió la mano en la bolsa de la cámara que había a sus pies y sacó un *zoom*. Pensó que, si se mantenía ocupada, no tendría que mirarlo—. Y no me llames cariño.

—Una excusa conveniente. Y me gusta llamarte cariño —antes de que ella pudiera impedírselo, le pasó un brazo en torno a la cintura y tiró de ella hacia sí. La lente del *zoom* cayó sobre la hierba y la cámara se movió en su correa. Tack se inclinó y le olió el cuello—. Porque hueles de maravilla.

Annie consiguió introducir una mano entre ellos y apartarlo de mala gana.

—Te agradecería que no me arruinaras el equipo.

El hombre miró la lente que había sobre la hierba.

—Si se ha roto, te compraré otra.

—Esa no es la cuestión.

—¿Y cuál es la cuestión?

—Que me estás rodeando la cintura con un brazo y no quiero que lo hagas.

Tack la estrechó contra sí y la cámara rozó el estómago de ella, pocos centímetros por encima de donde una parte prominente de la anatomía de él rozaba también su cuerpo.

—Anoche no te hiciste la estrecha.

—Eso fue anoche —procuró que su voz sonara con normalidad—. Y esto es ahora.

A él le brillaron los ojos.

—¿No te apetece quitarme la ropa y aprovecharte de mí otra vez?

—Puedes pensar lo que quieras de anoche, pero mi intención era buena. Por lo menos al principio —movió la cabeza y miró a un punto por encima del hombro de él; quería evitar mirarlo a los ojos, perderse en ellos como había hecho menos de diez horas atrás. Después de tantos años, todavía la ponía nerviosa. Se puso tensa y

trató de combatir aquella sensación.

—¿Puedes hacer el favor de soltarme?

Tack le sujetó la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos. La contempló largo rato, como si intentara ver en su interior.

—Siempre pude adivinar lo que estabas pensando, Annie. Siempre. Se leía claramente en tus ojos y en tu cara.

—¿Y ahora?

—Es diferente —movió la cabeza y la soltó—. Tú eres distinta.

—Diez años es mucho tiempo —le dio la espalda—. La gente cambia —recogió la lente y se alejó unos pasos, esforzándose por colocarla en la cámara—. Si no te importa, he venido aquí a estar sola.

—Tenemos que hablar —Tack avanzó hacia ella.

—¿Sobre qué?

—Sobre anoche.

—¿Qué pasa con anoche?

—Nos acostamos juntos.

—¿Y?

—Y... —el hombre parecía exasperado—. Y nos acostamos juntos.

Annie enfocó una margarita con la cámara.

—¿Y?

—Maldición, Annie —su mano se cerró en el antebrazo de ella. La volvió hacia sí—. Hay cosas de las que tenemos que hablar.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, lo que te preocupa a ti.

Una cosa era cierta. Parecía sinceramente interesado. Por un momento, ella deseó echarle los brazos al cuello y contarle lo confusa que se sentía. Que se alegraba y entristecía al mismo tiempo de su vuelta a casa. Que lo de la noche anterior había sido maravilloso y también triste. Que quería que se quedara casi tanto como quería que se marchara.

—No me preocupa nada —consiguió decir, con voz casi normal.

—Entonces, ¿cómo te sientes?

—Bien. Hace unos días estornudaba mucho, pero resultó ser cosa del polen.

—No me refiero a eso —el hombre se pasó una mano por el pelo

con frustración—. ¿Cómo te sientes sobre lo que hicimos anoche?

—Follamos juntos.

—¡Por Dios, Annie! —levantó las manos—. Yo creo que fue algo más que eso. Estamos hablando de ti y de mí. Fuimos amigos. Yo fui el primer chico con el que te acostaste.

—Vale, fue un polvo estupendo. Un polvo nostálgico, de compensar por el tiempo perdido. Pero solo un polvo.

—¿Un polvo? —preguntó él con incredulidad.

—Entre dos personas que satisfacen una necesidad mutua.

—¿De verdad fue eso para ti?

—¿Por qué le das tú tanta importancia?

—Porque la tiene.

—¿Por qué?

—Porque... —pareció dudar—. Porque hay... hay consecuencias.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo... —la miró con dureza—. Por ejemplo, podrías estar embarazada.

—Tomo la píldora —en lugar de parecer aliviado, Tack la miró como si acabara de salirle un tercer ojo en mitad de la frente—. Vamos, no te pongas así. Muchas mujeres toman la píldora.

—No estamos hablando de muchas mujeres, sino de ti. Tú, la chica a la que casi le da un ataque cuando se lo sugerí aquella vez antes de... estar juntos. Dijiste que no la tomarías porque no querías que todo el mundo pensara que eras tan fácil como...

—Mi madre —terminó ella en su lugar—. Eso fue entonces y esto es ahora. Ya no soy una adolescente ignorante. Tengo veintiocho años.

Y también era una mujer de periodos irregulares, única razón por la que había empezado a tomar la píldora aunque Deb, su mejor amiga y editora del periódico, no dejara de decirle que era el momento ideal para que empezara a divertirse un poco.

—Y asumo mis responsabilidades —prosiguió—. No tienes que preocuparte porque pueda haber sorpresas dentro de nueve meses — se sacó la cámara del cuello y la metió en su bolsa—. Tengo que irme.

—No hemos terminado —Tack la sujetó por la muñeca.

Annie se soltó, cerró la cremallera de la bolsa y lo miró de hito en hito.

—Creo que estás exagerando mucho esto. No hay miedo de que pueda estar embarazada, así que, ¿cuál es el problema? —abrió mucho los ojos y la boca—. No irás a decirme... ¡Oh, no! No puedo creer que haya sido tan tonta. ¡Estúpida, estúpida, estúpida!

—¿De qué estás hablando?

Le lanzó una mirada acusadora.

—No tienes enfermedades sexuales, ¿verdad? Eso es lo que ocurre, ¿no? Buscas el modo de decirme que me has pegado algo y ahora me...

—Un momento. Por si te interesa, hace solo una semana que pasé mi revisión anual y estoy sano. A pesar de mi entusiasmo de anoche —añadió al ver el escepticismo de ella—, no tengo por costumbre ligar a menudo. Y cuando estoy con una mujer uso un condón. Y tengo un certificado de salud de un médico de Los Ángeles que lo prueba así.

—Bueno... —Annie respiró hondo—, eso es un alivio.

—No del todo —Tack se cruzó de brazos—. Ya que estamos hablando de esto, ¿hay algo que yo deba saber? No quiero que tú me pegues nada tampoco.

—¿Yo a ti? Yo no tengo esa clase de enfermedades.

—¿Y qué me dices de alguno de tus compañeros pasados?

La joven negó con la cabeza.

—Nada de lo que preocuparse en ese terreno.

Tack no parecía convencido.

—¿Cuántos has tenido?

—¿Importa eso?

—Sí, porque no me gusta jugar a la ruleta rusa.

—Anoche no parecías muy preocupado.

—Anoche apenas estaba consciente —miró las manos de ella—. Por lo menos no estás casada.

—¡Claro que no estoy casada! —explotó Annie—. ¿Crees que me habría acostado contigo si lo estuviera? —apuntó un dedo al pecho de él—. ¿Pero qué clase de persona crees que soy?

«Como tu madre». No hacía falta que él dijera esas palabras, Annie sabía bien lo que pensaba... lo mismo que pensaban siempre todos. El problema era que con los demás no le dolía. Hacía mucho que había dejado de importarle lo que pensara la gente de Inspiration con excepción de los pocos a los que consideraba amigos. Pero Tack...

—Mira, Annie. No quería decir... —el sonido de un claxon ahogó el resto de la frase.

Tanto la joven como él se volvieron hacia el Jeep que avanzaba directamente hacia ellos.

—Ya había empezado a creer que no te vería, muchacho —gritó Gary Tucker, en cuanto detuvo el vehículo y paró el motor. Ataviado con vaqueros, camisa a cuadros y botas camperas, parecía más un empleado del rancho que un abogado—. Pero uno de los muchachos me ha dicho que te había visto aquí hablando con Annie. Vamos —se levantó el sombrero vaquero para alisarse el pelo gris—. Os llevaré a los dos.

—¿Qué contestas? —preguntó Tack—. ¿Podemos dejarte en algún sitio?

—Lo cierto es que voy con vosotros —repuso ella, mirándolo a los ojos.

Tack frunció el ceño.

—¿A la casa? ¿Por qué?

—Para la lectura del testamento —intervino Gary—. Coop dejó instrucciones claras de que Annie debería estar presente.

Tack miró a la joven.

—¿Por qué te quería mi padre presente en la lectura de su testamento? Mis últimas noticias era que no os caíais bien.

La joven se encogió de hombros.

—Aprendimos a conocernos en los últimos años.

—¿Mi padre y tú?

—Se hicieron buenos amigos —dijo Gary, bajando del asiento.

—¿Mi padre y tú? —repitió Tack—. Pero tú siempre lo odiaste.

—La mitad del condado lo odiaba —el abogado rodeó los hombros de Annie con un brazo en un gesto protector—. Pero Annie cambió eso, ¿verdad? Domesticó a ese viejo toro salvaje.

—¿Mi padre y tú? —repitió él, con tono acusador.

Annie hizo acopio de valor y lo miró a los ojos.

—Yo nunca lo odié, Tack. No lo conocía. Cuando me tomé la molestia de hacerlo, me di cuenta de que era un buen hombre.

—Seguro que sí —los ojos azules de él la observaron con frialdad—. Lo que yo quiero saber es hasta qué punto era bueno. Y sobre todo, ¿era mejor que lo de anoche?

Capítulo cuatro

Annie fijó la vista en la casa del rancho que se elevaba al frente e intentó ignorar al hombre que se sentaba en el asiento de atrás.

«¿Era mejor que lo de anoche?».

El rostro todavía le ardía a causa de la pregunta. No porque la hubiera hecho delante de Gary. El abogado era demasiado caballero para darse por enterado. No, estaba furiosa consigo misma por no haberle dicho a Tack en el acto que había ido allí para algo más que para sacar fotos.

Miró en el espejo retrovisor y vio que él la observaba también. Su mirada parecía acusarla de traición y, en cierto modo, tenía razón. Aunque nunca se había acostado con Cooper Brandon, sí se había hecho amiga suya. Había renunciado a su odio y sus principios para abrazar a un hombre por el que antes, solo sentía desprecio. Y lo había hecho de buena gana.

«Cuida de él, Annie. No dejes que sufra solo».

Esa fue la última súplica de su madre y la última promesa de Annie.

Se acercó a Cooper después del funeral de su madre para darle las gracias por su presencia y por las flores que había enviado. Cooper la miró y sus ojos, siempre duros, brillaban de remordimientos y afecto. Y en ese momento, Annie se ablandó con él. En el transcurso de los años siguientes aprendería también a comprenderlo.

Sentía la mirada de Tack en el espejo, pero se negó a volverse. No importaba lo que él pensara. No le debía nada, y menos explicaciones o disculpas. Había sido amiga de su padre y, si no le gustaba, tanto peor para él. No tenía que justificarse.

A pesar de lo que habían compartido diez años atrás. Y la noche anterior.

No debería haber ocurrido. Eran demasiado distintos, igual que sus padres antes que ellos.

Annie era hija de Cherry Divine. Y Tack nunca le perdonaría eso. Más aún, tampoco le perdonaría que ella ya no quisiera su perdón. Era lo que era y ya no se avergonzaba. Y no volvería a enamorarse de él.

Por desgracia, era muy consciente de su proximidad. Su respiración se volvía más superficial a cada momento que pasaba. El corazón le latía con fuerza, sobre todo cuando el Jeep pisó un bache y la mano de Tack se posó en el borde de su asiento, a poca distancia de su hombro.

—La casa no ha cambiado mucho —comentó el abogado—. Coop hizo renovar la casa del capataz para Eli y su esposa.

—¿Eli se ha casado? —Tack movió la cabeza con incredulidad—. ¿El mismo Eli que trabajó para mi padre desde los quince años? ¿El que hacía marcas en la pared del dormitorio por cada mujer con la que se acostaba?

Gary soltó una risita.

—Las hizo durante veinte años. Unas marcas más y la pared, habría quedado desintegrada en polvo.

—Nunca pensé que se casaría.

—Y tiene hijos. Unos mellizos de siete u ocho años y otro en camino. Su mujer se llama Vera.

—¿Vera Marley? ¿La hija del predicador? Pero ella odiaba a Eli.

—Eso es lo que pensaban todos —intervino Annie—. Yo creo que Eli y ella fueron los más sorprendidos de todos. Seguían peleándose cuando de repente, bueno Eli besa a Vera, ella le devuelve el beso y se acabó la guerra.

—Eso fue un viernes —añadió Gary—. El sábado por la noche tuvieron su primera cita, el domingo se prometieron, en lunes se casaron en la oficina del juez, para disgusto del padre de ella y ya llevan nueve años juntos.

—Nueve años. ¡Qué suerte!

—Suerte no —repuso Annie—. Amor. Hay una diferencia.

—¿Qué has dicho? —la pregunta resonó en las paredes del estudio de Cooper Brandon. Tack se levantó de uno de los sillones de cuero y se acercó al escritorio, donde Gary leía el testamento de su padre.

El abogado se quitó las gafas y lo miró a los ojos.

—Dejó a Annie ese terreno de flores silvestres que bordea el camino sur. Un acre y medio para ser exactos. El resto, como ya te he dicho, va a parar a ti.

—No puedo creerlo —intentaba digerir la noticia mientras Annie apenas podía resistir la tentación de saltar de alegría—. ¿Ha cedido terreno del rancho? Eso es una locura. Nunca permitía que cayera en otras manos. Cuando Clem y su mujer se mudaron a la cabaña desierta cerca del río después de que se quemara su casa, llamó al *sheriff* e insistió en que los echaran. No tenían casa ni dinero, pero eso no le importó. Dijo que ellos no eran Brandon y este terreno era de los Brandon y no cedería ni un centímetro cuadrado.

Sus ojos se desviaron hacia el retrato de Cooper Brandon, serio y estirado, colocado en la pared de enfrente. Lo miró fijamente.

—Seguro que había perdido el juicio.

—Estaba lúcido —comentó el abogado—. Lo estuvo hasta que cerró los ojos para siempre y ésta fue una de las cosas en las que insistió hasta el final. Quería hacer las cosas bien.

—Eso quería decir —replicó Tack con rabia—. Cooper Brandon no hacía las cosas bien. Hacía siempre lo que resultaba más lucrativo para el rancho y ceder terreno no es lucrativo —se volvió hacia Annie—. ¿Por qué?

La joven lo miró a los ojos.

—Porque esa tierra es importante para mí.

—¿Por qué? —insistió él. Sonreía, pero no había nada amistoso en su mirada—. ¿Mi viejo y tú teníais buenos recuerdos de ese sitio?

—Algo así.

El rostro de Tack se ensombreció.

—¿Teníais picnics románticos allí? —preguntó—. ¿Ibais a mirar las estrellas? ¿A tumbaros sobre las flores? —vio una chispa de dolor en los ojos de ella, luego se desvaneció y no hubo muestras de que sus

palabras la hubieran afectado.

Sonaron unos golpes en la puerta principal.

—¡Tack Brandon! —gritó la voz de Effie Coletrain, acompañada de unos ladridos—. Sal aquí y toma a este maldito perro que ha destrozado la habitación de mi motel.

—Tengo que irme —Annie metió la escritura que le tendió Gary en la bolsa de su cámara—. Gracias por todo.

—Dime, Annie —la voz de Tack la siguió a la puerta. Necesitaba oír la verdad, alejar las dudas y la confusión—. ¿Qué puede ser tan importante para que Cooper te diera un trozo de su preciosa tierra? ¿Qué?

—Mi madre —repuso la joven con calma—. Está enterrada allí.

—Es sábado —Deb Strickland, directora del único periódico de la ciudad, miró a Annie con aire acusador desde el otro lado de la estancia—. ¿Qué haces aquí?

—Suelo trabajar los sábados —Annie dejó la cámara en su mesa y se volvió hacia el ordenador.

—Lo sé, pero el funeral fue ayer —Deb terminó de servirse una taza de café y avanzó hacia ella.

Ataviada con una blusa de seda rosa, falda a juego y zapatos de tacón, parecía más a punto para cruzar una pasarela que aquel suelo de linóleo. Tomó un sorbo de café caliente y miró a Annie.

—Creí que querías el día libre.

—Hace más de tres años que no me tomo un día libre.

—Por eso precisamente. Ya es hora.

—Estoy bien, Deb —o lo estaría cuando se sentara en su mesa y se distanciara de lo ocurrido esa mañana.

—Sé que probablemente te parecí una bruja porque no fui al funeral, pero desde que murió mi abuela me dan grima los cementerios. Pero eso no significa que no puedas contar conmigo. Tómame el día libre o llora sobre mi hombro, o haz lo que te apetezca.

—Coop y yo éramos amigos y lo echaré de menos, pero ya no está. Quiero que sea un día normal. Como todos. ¿Vale?

—¿Estás segura? —Deb la miró con atención. Al ver asentir a su amiga, se encogió de hombros—. Si eso es lo que quieres —miró su

reloj—. Llegas una hora tarde —dijo con severidad, alejándose hacia su mesa.

Pero su papel de jefa era más fingido que real. El *Inspiration In Touch* era un periódico típico de ciudad pequeña, con solo Deb, Annie y Wally Wilkins, un periodista de diecinueve años, en nómina. Los tres eran como una familia. Sacaban una edición semanal, que entraba el viernes en imprenta y se distribuía el sábado. Deb se ocupaba de la publicidad, de editar y de escribir algunas columnas, Annie cubría las noticias y hacía todas las fotos y Wally se esforzaba por convencerlas a las dos de que podía hacer algo más que manejar la fotocopidora o arreglar la rotativa vieja. Los tres se gastaban bromas y se apoyaban entre sí.

Deb y Wally eran las dos únicas cosas de *Inspiration* que Annie sabía que echaría de menos.

Abrió su agenda, como hacía todos los sábados por la mañana, para repasar el trabajo de la semana y prepararse para la nueva edición. Trabajaría como de costumbre.

Pero aunque se decía eso, no podía ignorar el temblor de sus muslos ni el dolor sordo entre sus piernas.

¿De verdad se había acostado con Tack?

Sí, y el problema era que quería hacerlo de nuevo. Pero no lo haría porque no iba a correr el riesgo de enamorarse de nuevo. Annie había visto a su madre renunciar a muchas esperanzas y sueños por un hombre y no tenía intención de cometer el mismo error.

Y con Tack Brandon sería muy fácil. Diez años no habían borrado su atractivo ni su encanto ni lo que le hacía sentir cuando sonreía: hambre y calor y un deseo de olvidar todo lo que no fuera él.

Ese era el verdadero problema.

—¿Annie? —la voz de Deb penetró en sus pensamientos—. No estás bien ¿verdad? Lo siento. No he debido decirte que llegabas tarde, pero...

—No es por ti.

—Porque tú sabes que lo comprendo, es solo que me gusta ser mala y...

—No es por ti. Soy yo.

—Lo sabía. Estás triste por lo de Coop.

—No. Estoy cansada, nada más —¿cansada? ¿Desde cuándo buscaba excusas con Deb, su mejor amiga?—. Me acosté tarde porque... —el sonido del teléfono cortó sus palabras.

—Espera —Deb levantó el auricular—. Aquí el periódico. La editora al habla —unos minutos después colgaba el aparato—. Estás cansada porque anoche estuviste cuidando a un vaquero.

—¿Quién lo dice?

—Effie Coletrain acaba de informarme de que Tack Brandon, la superestrella del motocross e hijo perdido de Cooper Brandon, volvió ayer a la ciudad. Fuentes bien informadas dicen que fue directamente al club, se emborrachó y tú lo llevaste a su motel y entraste con él.

Se encogió de hombros al ver la mirada de incredulidad de Annie.

—Los problemas de vivir en un sitio pequeño. Las habladurías se extienden como el fuego —le brillaron los ojos—. No me lo creo. La buenecita de Annie al fin se puso a hacer travesuras con un hombre.

Annie se esforzó por no perder la compostura.

—No soy buenecita.

—Créeme, sí lo eres. Me importa un bledo lo que dijera la gente de tu madre —Deb se sentó en el borde de su mesa—. Ya me parecía que estabas distinta esta mañana. Tienes más color en las mejillas.

—Porque mi aire acondicionado se estropeó anoche y he pasado una mañana infernal.

—Effie dice que vosotros ya salisteis juntos.

—Effie habla demasiado.

—¿Y me ha mentado?

Annie se encogió de hombros.

—Salimos juntos unas cuantas veces.

—¿Para hacer deberes o para desnudarse en el asiento de atrás?

—Bueno, yo estuve loca por él todo el instituto y él apenas me miraba. Una noche se ofreció a llevarme a casa. Siempre hacía cosas así, le gustaba ayudar a la gente. Llevaba la tuba de Pattie Mitchell a los conciertos, ayudaba a la señora Witherspoon a llegar a la iglesia... esas cosas. Estaba decidido a aceptar a la gente por lo que era, sin que le importara su belleza o su pobreza... lo contrario de lo que

pensaba que hacía su padre.

—Parece un santo.

—A veces lo era —pero también podía ser un pecador, con sus muecas maliciosas y sus besos seductores.

—¿Annie?

—¿Sí?

—¿Decías?

La joven carraspeó.

—Ah, creí que solo estaba siendo amable conmigo.

—¿Pero buscaba acostarse contigo?

—Al principio no. Pero cuando hablamos y empezamos a conocernos mejor...

—Quería acostarse contigo.

—Más o menos.

—Y tú también lo deseabas a él.

—Sí —admitió Annie—. Salimos varias veces en pareja hasta la graduación. Esa noche su madre tuvo un accidente de coche y nosotros nos pasamos horas en Urgencias, esperando que salieran los médicos y que llegara el padre de Tack.

—¿Dónde estaba?

—Con mi madre. Cuando se enteró y llegó al hospital, hacía diez minutos que habían declarado muerta a la madre de Tack. Coop y él empezaron a pelearse y él se marchó —Annie movió la cabeza.

Todavía podía oler el desinfectante, sentir el suelo frío bajo las suelas de los zapatos, cuando lo vio salir de allí sin mirar atrás. Le dolía mucho el corazón, pero no por ella ni por su pérdida, sino por la de él.

Así había sido siempre con Tack. Se sentía tan inmersa en las necesidades y carencias de él que olvidaba las suyas propias.

—¿Te dejó? ¿Así sin más?

—No estábamos casados precisamente —aunque sabía que sentía algo por ella, nunca se había hecho ilusiones de que la quisiera como lo quería ella. Cuando se marchó, ella lo comprendió y más tarde incluso se sintió agradecida por aquella lección duramente aprendida —. Éramos unos críos. Hizo lo que tenía que hacer en aquellas

circunstancias. Fin de la historia.

Deb la miró con atención.

—Pero parece que anoche resucitasteis la historia.

Annie apartó la vista y buscó un disquete de ordenador en su mesa.

—Lo de anoche fue solo cuestión de hormonas. Era normal que ocurriera. Tú misma lo dijiste. Si seguía estando sola, mis hormonas acabarían por explotar y me descubriría abrazada al primer cowboy que pudiera encontrar. Bueno, pues eso fue lo que ocurrió.

—No sigues enamorada de ese hombre, ¿verdad?

—Claro que no —encontró el disquete y comenzó a ordenar algunas notas—. ¿Por qué todo el mundo le da tanta importancia? Solo fue un polvo. Estamos en los noventa. Soy una mujer sana y tengo derecho a divertirme un poco.

—Y si se trataba de diversión, deberías estar sonriendo ahora, querida.

Sonó de nuevo el teléfono. Unos minutos después, Deb se volvía hacia Annie.

—No me lo digas. Más noticias sobre mi vida sexual.

—No, aunque me gustaría que lo fueran, porque creo que me ocultas algo. Era Tess Johnson. *Shotzi* acaba de parir.

—¿*Shotzi*?

—La cerda de Tess que ganó el primer premio en los campeonatos de Futuros Granjeros de América la primavera pasada. Acaba de tener la camada más grande que ha nacido en Texas en los últimos cincuenta años. Iría yo misma, pero tengo una entrevista para la columna de «Este es tu vecino» y luego una manicura en el salón de belleza.

—¿Un cerdo? Recuérdame otra vez por qué dejaste el *Dallas Star*.

—Porque mi padre es el dueño del periódico y de todo el que trabaja para él —Deb tomó su bolso y su maletín—. Por eso invertí en este sitio el dinero que me dejó mi abuela al morir. Es pequeño, pero es mío y tiene sus ventajas. No tienes que pelearte a muerte por conseguir exclusivas.

—Tienes razón. No me gustaría que nadie me robara la noticia del

cerdo. ¿Por qué no envías a Wally?

—No está preparado.

—¿Quién no está preparado? —Wally, con el pelo rubio recogido en una coleta y las gafas muy bajas sobre la nariz, subió las escaleras de atrás y entró en la redacción. Sus manos y brazos aparecían manchados de tinta—. Tengo dos años de estudios universitarios y estoy preparado para todo.

—Con el tiempo, pequeño saltamontes —musitó Deb.

—Discriminación —gruñó el chico. Se agachó y empezó a buscar algo en un armario—. Eso es lo que es. Hay que darle al varón todo el trabajo manual y hacer que se pelee con una rotativa que no deja de lanzar tinta en todas direcciones —sacó una botella de líquido limpiador—. Pero nada de lo bueno.

—¿Lo bueno? —Annie movió la cabeza—. Sí, vamos.

—Seguro que esos cerdos son encantadores —dijo Deb.

—Seguro que sí, pero después de cubrir lo del mapache que se quedó atascado el año pasado en el árbol del señor Miller, me prometí que se habían acabado las exclusivas de animales.

—Fue un artículo fantástico.

—El mapache me atacó.

—Solo porque se asustó del flash.

—Se puso como loco. Tuve que ponerme la vacuna contra la rabia.

—Siempre se queda con toda la diversión —gruñó Wally, limpiándose las manos.

—¿Cuánto tiempo dura esa vacuna? —preguntó Deb.

—Unos años.

—O sea, que estás cubierta. Tengo que irme o llegaré tarde a la entrevista —se detuvo en el umbral—. ¿Tack Brandon es tan guapo como dice Effie Coletrain?

Annie metió la libreta de notas en su bolso.

—¿Cuántos cerdos has dicho que ha parido *Shotzi*?

—Vamos, Annie. Yo no soy de aquí, ¿recuerdas? Dame una pista. ¿Rubio o moreno?

—¿Y dices que es la camada más grande de Texas?

—¿La más grande? —Wally cerró el armario con fuerza—. Ah, ella

se queda con todo lo bueno —bajó las escaleras corriendo.

—¿Musculoso o delgado? —sonrió Deb.

Annie sacó dos rollos de película del cajón superior de su mesa y los metió en el maletín.

—Tendré que hablar con la Asociación de Granjeros del Estado para asegurarme. Suelen llevar la cuenta de esas cosas.

—¿Sabes, Annie? No tiene nada de malo desmelenarse de vez en cuando a pesar de lo que diga alguna gente. Deberías llamar a tu cowboy y continuar con la juerga. Hay que usarlo antes de perderlo, querida —dijo Deb, antes de cerrar la puerta tras de sí.

Pero no era tan sencillo.

Tack Brandon no era un cowboy al que Annie se hubiera ligado para satisfacer sus necesidades. Era un hombre del que podía enamorarse de nuevo si no tenía cuidado.

Y ella tenía un futuro que no lo incluía a él. Soñaba con portadas y noticias importantes, y después de haber cumplido la promesa que le hiciera a su madre, ya podía hacer realidad sus sueños. Y lo haría. El día anterior había pasado por la oficina de correos para enviar currículos y muestras de su trabajo a los editores de los cinco periódicos más importantes de su lista. Entretanto, aprovecharía cualquier oportunidad de ir aumentando su portafolio.

Tomó la cámara y el bolso y bajó las escaleras. Ese era el primer día del resto de su vida y tenía intención de aprovecharlo al máximo.

Capítulo cinco

Ese mismo día, por la tarde, Annie miró su vestido sucio e hizo una mueca.

—Mi vida apesta.

—Tengo noticias para ti; no es tu vida, eres tú —sonrió Deb—. El trabajo de campo es duro; considéralo parte del entrenamiento.

Eso fue justamente lo que pensó Annie cuando salió huyendo de dieciséis cerdos gritones... la mitad de la camada, y tropezó directamente sobre lo que le pareció un charco de barro.

—Debiste enviarme a mí —Wally, sentado a una mesa cercana, reunía anuncios para la edición de la semana siguiente—. Yo crié dos cerdos en el instituto y los conozco bien. ¿Pero me escucha alguien a mí? Claro que no.

Deb lo ignoró y se volvió hacia Annie.

—Supongo que no te apetecerá ir a tomar algo a BJ's.

Su amiga se miró las sandalias cubiertas de barro.

—Lo único que me apetece es un baño caliente.

—Esa es la mejor idea que he oído en todo el día —dijo una voz profunda.

Annie levantó la vista y se encontró con unas caderas envueltas en vaqueros. Se enderezó y miró al hombre que estaba de pie en el umbral. Observó su cintura estrecha, la camisa blanca que le ceñía el pecho, el rastro de barba de la mandíbula y sus ojos azules del color del cielo mojado por la lluvia.

—Usted debe ser Tack Brandon —dijo Deb.

—¿Tack? —Wally empujó las gafas hacia arriba para verlo bien—. Vaya, es cierto. El piloto de motocross.

—El mismo —sonrió el aludido.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Annie, muy consciente de la sonrisa de Deb y la expresión de curiosidad de Wally.

—Olvidaste algo —sacó unas braguitas blancas del bolsillo.

El corazón de Annie dejó de latir, Wally soltó una risita y Deb consiguió evitar hacer lo mismo, pero miró la prenda de seda que colgaba del dedo de Tack.

—Ah, tenemos que irnos —le hizo señas a Wally—. Yo estoy muy cansada y este chico tenía que estar ya en la cama —tiró de él y los dos desaparecieron en la escalera oscura.

—He pensado que podías necesitarlas —Tack frotó la seda entre sus dedos con una caricia sensual que ella sintió desde la cabeza hasta las puntas de los dedos de los pies, aunque no la estaba tocando a ella.

Pero ése había sido siempre el problema: su deseo de que la tocara.

Sintió una rabia repentina y estuvo a punto de arrancarle las braguitas de la mano, pero no quiso darle la satisfacción de ver que se sentía afectada por él.

Tenía que procurar mantener la calma.

—Gracias por el gesto, pero ya me he puesto otras.

—Entonces me quedaré con éstas —se las metió en el bolsillo de la camisa y se sentó en el borde de su mesa—. ¿Aquí es donde trabajas?

—No es el *Times*, pero hay que empezar en alguna parte —achicó los ojos—. ¿Por eso has venido? ¿Para ver dónde trabajo?

—En realidad —su voz adoptó un tono más suave—, quería disculparme por las cosas que he dicho hoy. Gary me ha contado que Coop y tú erais solo amigos y no tenía derecho a portarme como un imbécil...

—Un imbécil completo —terminó ella.

—Un gusano —admitió él.

—Un bastar...

—Au, Annie —la interrumpió él—. Tú sí que sabes hacer daño a un hombre —su sonrisa dio paso a una expresión seria—, pero sé que me lo merezco. No venía a cuento. Pero es que imaginarte con él ha sido... no sé, me volvía loco pensarlo.

—No me acosté con él, pero era amiga suya, ni más ni menos.

—Porque te lo pidió tu madre —señaló él.

—¿Y eso supone alguna diferencia?

—Creo que sí. No me encanta la idea de que él y tú fuerais amigos, y no comprendo por qué. Pero no me enfurece. Solo siento haberme metido contigo —sonrió—. Perdona que haya sido un imbécil completo, gusano, bastardo.

—Disculpas aceptadas —sonrió Annie, a pesar de su intención de permanecer indiferente.

—¿Y me perdonas?

La mujer lo observó un instante y vio la sinceridad de su mirada azul.

—Tal vez.

—Yo esperaba un sí.

—Es lo máximo que puedo acercarme.

—Lo acepto —hizo una mueca—. Y ya que te sientes tan caritativa, ¿por qué no haces un trabajo para mí? Necesito alguien que haga fotos del rancho para que los compradores en potencia puedan ver lo que van a adquirir.

—¿Piensas vender?

Tack asintió y a ella se le encogió el estómago.

—Pero ese rancho lleva mucho tiempo en tu familia —dijo—. Tu padre vivía y respiraba en ese sitio. Y tu madre también. Es parte de ellos. Ellos son parte del rancho.

—Pero yo no —movió la cabeza—. Diablos, Annie, no lo fui nunca. Lo fingí mucho tiempo, pero no lo llevo en la sangre. Sé que mi madre querría que estuviera en manos de un ranchero que lo amara como ella. Yo no puedo. No pude nunca.

—¿Cuándo? —preguntó ella, tratando de reprimir el dolor sordo que sentía.

Esa venta era buena. No tendría que ver a Tack y por lo tanto no habría tentaciones ni peligro de que se enamorara.

—Dame un mes o así para hacer circular la idea de la venta y buscar a un ranchero... quiero que el Gran B siga siendo un rancho. Los empleados entrarán también en la venta, al menos durante un

año. Quiero que tengan ocasión de demostrar su valía al nuevo jefe.

Annie sintió cierta admiración por él. A pesar de su amargura, Tack se había convertido en un hombre justo y decente. Igual que el chico justo y decente que ayudaba a la anciana señora Witherspoon a llegar hasta la iglesia todos los domingos.

—¿Y entretanto? —preguntó.

—Me quedaré en el rancho hasta que se venda. Eli no está acostumbrado a dirigirlo solo.

—¿Y qué hay de tus carreras?

—No corro hasta dentro de seis semanas en Los Ángeles. Traeré algunas motos y practicaré en los pastos que no se usan por las mañanas; el resto del día me ocuparé del rancho.

—Parece que lo tienes todo bien pensado.

—Casi todo —la miró con intensidad—. Han cambiado muchas cosas.

La joven se encogió de hombros.

—No puedes esperar que el tiempo siguiera inmóvil en Inspiration. Tenemos televisión por cable y Mabel ha instalado una cabina de rayos UVA en el salón de belleza y Mitch Freeman tiene un taller de reparación de ordenadores en la parte de atrás de su tienda de comestibles.

—No me refería a eso.

—Effie Coletrain incluso ha puesto un *jacuzzi* en el motel —siguió ella—, y Bobby Jack ha informatizado el sistema de sonido del club. Y Jimmy Mission anuncia su toro semental en la red.

—¿Jimmy está aquí?

—Lleva un año dirigiendo el rancho Mission.

—¿Jimmy ranchero? Lo último que supe de él fue que se había unido a la fuerza aérea.

—Lo hizo, pero luego volvió a casa.

Tack apartó la mirada de ella.

—Bueno, ¿te interesa el trabajo?

La mujer se apartó un mechón de pelo de los ojos.

—Ya tengo un trabajo.

Tack sonrió con malicia.

—¿Luchando con cerdos? Querida —adoptó un tono de voz meloso—, siempre tuve otras aspiraciones para ti.

Annie se echó hacia atrás en la silla.

—Para tu información —dijo—, he cubierto un evento histórico. La mayor camada conocida en Texas en cincuenta años.

—La paga es muy buena.

Dejó un sobre en la mesa y ella no pudo rechazarlo. Cuando llegara el puesto de periodista que esperaba, necesitaría dinero para el traslado.

—¿Puedo hacer las fotos cuando quiera?

—Siempre que yo las tenga el viernes por la tarde.

—Creo que voy a aceptar. ¿Algo más?

Tack se puso en pie y se acercó a unos artículos enmarcados que decoraban las paredes.

—¿Son tuyos?

La mujer asintió.

—Nuestro equipo de rugby ganó el campeonato estatal el año pasado. A Deb no le gustan los deportes, así que me tocó a mí. Ese era el centrocampista del año pasado. Era muy bueno. El mejor que hemos tenido desde que tú nos hiciste ganar el campeonato estatal.

El hombre sonrió.

—Tuvimos un buen equipo el último año.

—Tú impulsaste a los demás, les hiciste creer que un equipo de ciudad pequeña podía batirse con los de las grandes ciudades —sonrió al recordar los partidos—. Ya entonces eras muy competitivo.

Tack estudió algunas fotos más.

—Tienes mucho talento, Annie —por el modo en que posó los ojos en sus labios, en su cuello y más abajo, ella comprendió que no se refería solo a su trabajo.

Intentó ignorar el súbito cambio de temperatura.

—Espero que tengas razón. Aquí hago un poco de todo, pero los grandes periódicos emplean fotógrafos profesionales y eso es lo que quiero.

—Una imagen vale más que cien palabras, ¿eh? —le sostuvo la mirada unos momentos antes de volver su atención a las fotos, dando

a Annie la oportunidad de observarlo.

Su cabello moreno y rastro de barba en el rostro le daba un aire de peligro. Al mismo tiempo, el hoyuelo que le salía en la mejilla al sonreír suavizaba sus rasgos y le daba cierto encanto.

¿Encanto?

Apartó esa idea de su mente y se concentró en sus malos hábitos: su malicia, su enorme ego y su sonrisa irritante.

—Si todo lo que haces es así de bueno, no tardarás en encontrar trabajo —se apoyó en la mesa con las manos descansando en los muslos, que frotó arriba y abajo en un gesto inocente que llamó la atención de Annie.

Siempre le habían gustado sus manos. Largas y fuertes, pero extrañamente gentiles. Manos que podían lanzar una pelota de rugby a cincuenta metros y recoger flores silvestres sin romper ni un pétalo.

Sus palmas seguían frotando los pantalones en un movimiento que le recordó el ritmo sensual de la noche anterior y las caricias de esas mismas manos en su espalda, sus nalgas, su vientre...

—¿Annie?

La mujer se lamió los labios y apartó la vista.

—¿Sí?

—Te he preguntado cuánto tiempo llevas en el periódico.

—Ah, todo el día —miró su reloj—. Hablando de lo cual, tengo que irme a casa.

—Quería decir cuántos años.

—Los seis desde que murió mi madre. Antes de eso, cuidaba de ella y trabajaba donde podía para pagarme los estudios —tomó su bolso y la bolsa de la cámara.

—Todavía tenemos algo de lo que hablar —la sujetó por la muñeca.

Las yemas de sus dedos apretaron el pulso de ella, que sintió una oleada de calor que emanaba de ese punto.

—Sexo —gruñó—. Sexo, Tack. ¿No puedes metértelo en la cabeza?

—Estaba pensando más bien en un beso —se llevó una mano al botón de sus vaqueros con una sonrisa maliciosa—. Pero si tú prefieres saltarte los preliminares y pasar directamente al asunto principal...

—¡No! ¡Basta! —puso su mano encima de la de él en un movimiento instintivo. Su pulgar rozó el pene masculino bajo los pantalones y apartó la mano como si hubiera tocado una serpiente.

—Creí que querías hablar de lo de anoche.

—Anoche fue anoche. Ahora me interesa más este momento —la miró a los ojos—. Iba a pedirte un beso.

A Annie le latió con fuerza el corazón.

—No.

—Todavía no te lo he pedido.

—Pues así te ahorro la molestia. No.

—¿Por qué?

—Porque... —miró su reloj, decidida a ignorar la sensación de anticipación que corría por sus venas—. Porque llego tarde. Tengo que pasar por la ferretería antes de que cierren y recoger la pintura nueva para mi casa.

—¿Esa es la única razón?

Annie le dedicó una mirada inocente.

—Sí, ¿qué otra cosa podría haber?

—No nos llevará mucho tiempo —acercó las manos al rostro de ella y la besó en los labios—. Abre la puerta y déjame entrar —murmuró contra su boca.

Annie abrió los labios. Él estaba muy cerca y la estaba tocando. ¡La estaba tocando! Con labios firmes y hambrientos que tan bien se acoplaban con los suyos. Con una lengua gentil que acariciaba la suya. Con dedos fuertes que rozaban sus mejillas. En ese beso no había nada del viejo Tack. Nada de los besitos que utilizaba de joven para conseguir que se abriera cada vez más a él. Ese era un beso de hombre. Cálido, húmedo. Íntimo. Poderoso. Posesivo.

¿Y qué diablos hacía ella? Dejar que la besara. Desear que la besara. Devolverle el beso. ¡Oh, no! Se apartó con un esfuerzo y retrocedió, unos pasos.

—No ha sido mucho tiempo, ¿verdad? —preguntó él, con una ligereza que desmentía la intensidad de su mirada.

—Lo suficiente —repuso ella, temblorosa.

—Pareces un poco desorientada. ¿Estás bien?

—Muy bien —estaba confusa, contenta y triste, enfadada y alegre y...

Calma, indiferencia. Esa era la clave. Recuperó la compostura.

—Tengo mucha prisa —se colgó los bolsos y avanzó hacia la puerta con paso seguro, a pesar de que el corazón le latía con fuerza.

Y pensó que eso mismo debería haber hecho la noche anterior.

Unos momentos después subía a su camioneta Chevrolet y ponía el motor en marcha con la vista fija en la Harley negra y brillante aparcada al otro lado de la calle. Sintió una urgencia repentina e inesperada por subir a la moto y notar cómo vibraba bajo ella. Pero nada comparado con el incendio que ardió en su interior cuando vio a Tack salir del edificio, andar hacia la moto y montarla a horcajadas. Sus ojos se encontraron y pronto ya no fue la moto lo que Annie deseaba sentir debajo de ella, sino él.

—No —dijo.

Había sido una noche y un beso. Y no estaba dispuesta a que fuera nada más. No quería verse atrapada en la misma trampa que había retenido a su madre encadenada a una ciudad a la que odiaba y que la odiaba a su vez.

Un mes y luego él se iría, saldría de su vida para siempre.

Hasta entonces tendría que concentrarse en buscar otro trabajo y arreglar su casa, y olvidarse de Tack Brandon y del hecho de que todavía llevaba sus bragas en el bolsillo.

Tack se sentó en la cama y acarició la prenda de seda. El perfume de ella llenaba sus fosas nasales y no tardó en excitarse de nuevo. ¡Con lo que le había costado calmarse! Tres horas de levantando polvo y corriendo por un laberinto de carreteras rurales y seguía excitado cuando bajó de la moto y entró en el rancho.

Qué diablos, ya ni siquiera tenía que verla. Bastaba con pensar en ella para frustrarse. Porque, a pesar de lo mucho que deseaba repetir lo de la noche anterior, antes quería saber por qué se había acostado con él.

No se creía su historia. Annie, por lo menos la Annie que recordaba, no era una chica que solo buscara sexo. La antigua Annie se ruborizaba y temblaba y se escondía detrás de camisetas feas y

pantalones amplios.

Pero esta Annie era distinta. Llevaba vestidos que le sentaban bien, lo miraba a los ojos y lo reñía cuando se lo merecía. Su piel lucía un hermoso color dorado y no la había visto temblar ni una sola vez.

Aunque sí la había sentido temblar la noche anterior, en sus brazos, cuando estuvo en su interior.

Lo de solo sexo no explicaba sus lágrimas ni el susurro de «hacia mucho tiempo». Ni explicaba el miedo de sus ojos cuando la besó esa noche, una expresión que se apresuró a borrar de su rostro.

Recordó que en otro tiempo se creía enamorada de él, aunque nunca lo había dicho así en voz alta. También recordó que esa posibilidad lo aterrorizaba y encantaba al mismo tiempo. ¿Porque él la quería a ella?

No, pero había sentido más por ella que por ninguna otra persona antes ni después. Había estado con muchas mujeres, tanto tímidas como expertas, pero ninguna de ellas había sabido capturar su mente ni ninguna otra parte de su anatomía. Ninguna. Solo ella.

Una voz familiar lo sacó de sus pensamientos.

—He pensado que quizá necesites otra manta.

Levantó la vista y vio entrar a un hombre con una manta en una mano y una caja en la otra.

Eli Sutton, de pelo muy corto y rostro tan liso como un bebé, no se parecía en nada al vaquero de pelo largo y amplio bigote que recordaba Tack. Era tan salvaje y osado que Tack apenas notaba que le llevaba quince años.

Pero en ese momento sí lo notó. Aunque no aparentaba los cuarenta y dos años que tenía, sí parecía... más domado. Asentado. Casado. Satisfecho.

Eli le tendió la manta.

—Vera quería venir a saludarte, pero no anda muy bien con el niño tan a punto de nacer. No sabía si recordarías dónde se guarda la ropa de cama.

—En el segundo estante de la alacena. Hay cosas que no han cambiado.

Miró el estante lleno de sus trofeos deportivos, desde la liga

infantil de béisbol hasta el instituto. Un modelo a escala de un avión a medio terminar descansaba en una esquina de la cómoda. Lo había empezado en octavo curso como proyecto de clase, pero nunca fue capaz de permanecer sentado el tiempo suficiente para terminar las alas; nunca se le había dado bien aquello que lo mantenía atado a una mesa o una silla. Se había defendido bien en la escuela, pero no porque estudiara mucho, sino porque tenía buena memoria y comprendía con rapidez. Así consiguió las notas suficientes para ser admitido en el centro querido de su padre, la Universidad Agrícola y Mecánica de Texas.

La carta de aceptación seguía enmarcada sobre su mesa.

—Cuando Vera y yo nos casamos y ella empezó a limpiar aquí, me dijo que convenciera a tu padre de que metiera estas cosas en cajas porque es terrible limpiarles el polvo, pero él se negó. Dijo que quería recordar lo que habías dejado atrás, a lo que habías renunciado, para poder seguir odiándote.

—¿Y lo hizo? —preguntó Tack.

—Lo intentó. Venía aquí todas las noches, pero al fin comprendí que no era para recordar por qué te odiaba, sino para recordarte a ti. Por eso coleccionaba todas esas cintas de vídeo.

Tack miró al capataz del rancho con curiosidad.

—¿Qué cintas de vídeo?

—El tercer estante de la biblioteca. Grababa todas las carreras tuyas que televisaban. Te echaba de menos, Tack.

El aludido sintió una opresión en el pecho.

—Nunca me llamó por teléfono.

—Tú tampoco.

Guardaron silencio los dos. Al fin Eli pareció recordar el motivo de su presencia allí y le tendió la caja.

—Los muchachos y yo queremos darte un regalo de bienvenida. Nos ha parecido que podrías usarlo.

Tack abrió la caja y vio un sombrero Resistol de paja.

—No es el mismo que llevabas, porque estaba destrozado, pero se le parece.

Tack no pudo reprimir una sonrisa.

—Lo llevé desde el verano en que cumplí trece años hasta la noche que... —se interrumpió y apretó los labios—. Gracias, Eli, pero no lo necesitaré.

—Lo suponía. Se rumorea que vas a vender.

Tack metió el sombrero en la caja.

—Las buenas noticias circulan deprisa.

—No son tan buenas, pero tampoco son una sorpresa. Las apuestas eran porque no llegarías a casa y mucho menos te quedarías. Algunos muchachos perdieron mucho dinero cuando apareciste.

—¿Y tú?

Eli sonrió.

—He ganado lo suficiente para comprarle a Vera la cuna que le gusta —movió la cabeza para rechazar la caja con el sombrero que le tendía Tack—. Quédatelo. Nunca se sabe cuándo puede venir bien.

Tack pensó en su conversación con Eli mientras se desnudaba y se metía en la cama.

No, nunca había llamado a su padre, pero había pensado en hacerlo y oír su voz. Luego pensaba también en lo que diría el viejo.

«No hay nada más importante que esta tierra. Si te marchas ahora, no te molestes en volver. No eres bienvenido».

Pero todo eso era pasado. Tenía que dejar de pensar en ello y centrarse en el presente.

Cerró los ojos, pero no consiguió despejar la cabeza y pensar en la siguiente carrera.

Volvió a abrirlos y miró sus trofeos, la caja del sombrero... los recuerdos de la vida que había dejado atrás.

Saltó de la cama, se puso los vaqueros, tomó una manta y se dirigió al exterior en busca de aire fresco, de libertad, de distancia.

Del pasado.

Del presente.

Acabó al lado del arroyo, mirando jugar los rayos de la luna sobre la superficie del agua, escuchando el murmullo de la corriente y el zumbido de los insectos. Los sonidos se introdujeron en su cabeza y desalojaron de ella la voz de Eli, la de su padre, todo excepto el suave

murmullo del agua.

Se tumbó sobre la manta y miró el cielo, pero no vio las estrellas ni la luna. La vio a ella. Un halo de cabello plateado que enmarcaba el rostro de la mujer más dulce y cálida a la que había tenido el placer de penetrar.

Ella había alimentado sus sueños durante mucho tiempo. Hasta cuando dormía con otras mujeres, Annie estaba también presente, viva en su recuerdo, un rayo brillante en su pasado tormentoso.

Pero siempre había sido un sueño. Un alejamiento nocturno de la vida en la carretera, del estrés de ir de carrera en carrera y de mantenerse en forma y concentrado.

Ya no.

Ahora estaba bien despierto y ella se hallaba delante de él. No la misma chica suave y dulce que había guardado todo ese tiempo en su cabeza, sino una mujer de rasgos bien definidos en lugar de nublados por el tiempo y la memoria. Una mujer real.

La sintió estremecerse de necesidad en sus brazos. Oyó sus gemidos. Vio la fina capa de sudor que cubría sus hombros y sus pechos. Olió el calor vaporoso y el aroma a melocotones que cubría su cuerpo desnudo.

La sangre corrió por sus venas, yendo directamente a su sexo...

No podía dejar de pensar en ella, pero no solo en su modo de hacer el amor, sino en el temblor de su voz cuando le susurraba palabras al oído, en el calor de sus lágrimas en la piel de él, en su modo de besarle la garganta como si pudiera sentir, saborear la vida que vibraba en sus venas. Como si quisiera hacerlo.

Esos labios en su garganta. Eso era lo que no podía olvidar.

Lo que quería volver a sentir.

Y lo haría. Tantas veces como fuera necesario para acabar con la lujuria que anulaba su sentido común. De repente estaba decidido a purgarse de la hermosa Annie.

Esa vez, cuando se marchara de Inspiration, se habría librado del sueño que lo había atormentado todos esos años. Sería una ruptura limpia, sin recuerdos ni remordimientos.

Tenía que sacarse a Annie Divine de la cabeza.

Y para eso tenía que volver a meterla en su cama.

Capítulo seis

—Cuéntamelo todo —exigió Deb en el instante en que Annie contestó al teléfono el domingo por la mañana.

—Buenos días a ti también.

—Ese hombre tiene tus bragas y no me lo habías contado.

—No, no me has despertado. Llevo horas, levantada. ¿Que qué hay de nuevo? Bueno, anoche salió otra gotera en el tejano y el aire acondicionado sigue averiado.

—Vale, son las cinco de la mañana, no he debido llamar tan pronto. Oye, no me digas que él está ahí. Porque si os he interrumpido a los dos...

—Estamos solos los mellizos y yo —se oyó un golpe fuera—. Y la señora Pope —añadió.

—Tienes que hacerte una vida, Annie. Dormir con dos cachorros no es mi idea de una noche de sábado apasionada. ¿La señora Pope está en la cama contigo?

—Está en su jardín lateral, a unos tres metros de la ventana de mi cuarto, haciendo tanto ruido con sus herramientas que es casi como si estuviera en la cama conmigo.

—¿Trabajando en el jardín a las cinco de la mañana?

—Yo creo que se está vengando. Está furiosa conmigo porque hace unas noches estuve quitando el suelo de la cocina y tenía todas las luces encendidas. Dice que el resplandor no dejó dormir a nadie en el barrio.

—Es la única vecina que tienes en tres kilómetros.

—También quiere que le dé siete dólares o me denunciará por alterar la paz.

—¿Por qué siete dólares?

—A la mañana siguiente fue al bingo y perdió siete dólares porque estaba cansada.

—El bingo no es cuestión de habilidad, sino de suerte.

—Por eso le di un ejemplar de Bingo por dinero.

—¿Y te lo agradeció?

—No lo creo. Me parece que ahora está poniendo los aspersores — Annie salió de la cama y llegó a la ventana justo a tiempo de recibir un chorro de agua—. Ahg —bajó la ventana.

—¿Qué te pasa?

—Estoy mojada.

—Hablando de mojada, cuéntame todo lo que ocurrió anoche cuando me fui.

—Eres una desvergonzada, y no ocurrió nada. Pasamos una noche juntos y se acabó. No veo a qué viene tanta historia. Ni siquiera fue una noche completa. Solo unas horas.

—¿Horas? —preguntó Deb, con entusiasmo—. He oído que hay atletas sexuales, ¿pero horas? Dime dónde puedo encontrar algo así.

Annie intentó ignorar la rabia que le produjeron las palabras de su amiga. No quería pensar por qué no le gustaba imaginarse a Deb con Tack.

¿Celos? Apartó esa idea.

—Tengo que arreglar el tejado —dijo antes de que la otra pudiera hacer más preguntas—, te veré mañana en el trabajo.

Colgó el auricular, se dio una ducha, se puso un pantalón corto y una camiseta de tirantes y se hizo una coleta. Luego sacó a los mellizos al jardín. Tomó una pelota roja, se acercó al borde del porche y la lanzó sobre un rodal de campanillas de la señora Pope. Los mellizos corrieron tras la pelota y Annie volvió al interior.

Consiguió dar dos pasos antes de oír a la señora Pope gritar a pleno pulmón.

—¡Annie Divine! ¡Esos perros se han hecho caca en mi lecho de flores!

La joven salió a la puerta y sonrió.

—En ese caso supongo que estamos en paz.

—¿En paz? ¿Por qué dices eso?

—¿Sabe cuánto cuesta el fertilizante en la tienda? El doble de lo que perdió en el bingo, pero ya que somos vecinas, consideraré que estamos en paz. A propósito, ¿qué le ha parecido el libro?

Volvió a entrar unos segundos antes de que un chorro de agua mojara la puerta donde estaba apoyada. Soltó una risita. Su vida no era nada aburrida.

Respiró hondo y se concentró en la tarea siguiente: quitar la mancha ovalada que alteraba el techo de la sala. Examinó la estancia, el sofá y el sillón, viejos y raídos, la mesita de café deteriorada, los trípodes y estuches de cámaras que había en un rincón. La casa entera necesitaba una buena revisión, si quería conseguir un precio decente por ella.

Pero lo primero era lo primero...

Respiró hondo y apartó el sofá y la mesita de café. Golpeó con el codo un viejo álbum de fotos bordado en rosa que había encima y que cayó al suelo. Pasó unos minutos reuniendo las fotos y colocándolas en su interior. Vio imágenes de sí misma de niña, de la casa, de Coop... de todo lo que Cherry Divine había amado en su vida.

Su mirada se detuvo en una foto de graduación de Tack y ella. El muchacho sonreía a la cámara.

Annie sintió una opresión en el pecho y cerró el álbum. Un mes. Solo un mes y Tack Brandon se marcharía.

Por desgracia, aquella idea la molestaba tanto como la de que se quedara.

* * *

—Es muy salvaje. *Fern* no permite que ninguno de los muchachos la toque y mucho menos la monte.

Tack estaba al lado de Eli poco después de la salida del sol. Observaba una yegua marrón encerrada en el corral.

—Parece bastante mansa.

—Las apariencias engañan. Yo he domado a muchos caballos en

mis tiempos. Llevo casi veinte años al cargo de ellos, pero éste es más fuerte que yo. Coop estuvo a punto de poder acariciarla una vez, pero yo no he tenido esa suerte —Eli se encogió de hombros—. Le sugerí a tu padre que se olvidara de ella, pero ya lo conocías. No quería renunciar sin luchar.

Huesos eligió ese momento para ladrar, lo que ayudó a Tack a cerrar el tema.

—Ven, amiguito —se golpeó el muslo y el animal se acercó corriendo.

—¿Ese es el perro del que se quejaba Effie ayer?

Tack le acarició la piel brillante.

—El mismo. Ha pasado la noche en el veterinario y le han hecho una revisión concienzuda. Está un poco delgado, pero sano —miró a Eli—. ¿A tus hijos les gustan los perros?

—Demasiado para su bien —sonrió el capataz—. Te propongo un trato. Yo me quedo con el perro si tú vas a revisar las vallas con Bart esta mañana. Así tendré ocasión de llevar a *Huesos* a casa y ayudarle a instalarse.

—¿Y?

—Llevar a Vera a la iglesia. Está demasiado gorda para entrar detrás del volante de su coche y no se le da muy bien conducir mi camioneta. Antes la llevaba yo, pero con la muerte de Coop estamos cortos de personal y...

—Vete —lo interrumpió Tack.

—¿Estás seguro?

—Hace mucho tiempo que no me subo a una silla. Pero haré lo que pueda.

—Recuerda que es como hacer el amor —comentó Eli con una risita—. Cuando has dado un buen paseo, no se te olvida nunca.

Era el mejor paseo que había dado en mucho tiempo.

Tack golpeó los flancos del caballo con las rodillas y corrió hacia los pastos abiertos, dejando a Bart trabajando en una valla mientras se alejaba a arreglar un agujero en otra que había visto antes. Brillaba el sol, que lanzaba gotas de sudor sobre sus costillas. El viento le daba en la cara. El movimiento del caballo rozaba sus músculos tensos,

produciendo un dolor sordo.

Y Tack disfrutaba de cada segundo.

No le importaba el trabajo. Provisto de alicates y martillo, se lanzó a la tediosa tarea de clavar los trozos sueltos de valla, agradecido de tener algo que hacer aparte de pensar en su padre o en el rancho. O en Annie y su papel protagonista en la fantasía de la noche anterior.

Todavía podía verla en su mente metida hasta la cintura en el río, con los pechos mojados y gloriosos a la luz de la luna, los pezones oscurecidos, pidiendo una boca...

Procuró concentrarse en el martillo que tenía en la mano y pasó el resto del día trabajando hasta el agotamiento. Cuando volvió a la casa, el sol se ponía ya por el horizonte. Estaba cansado, pero se sentía también revitalizado. Como solía sentirse después de una buena carrera o de una rigurosa sesión de entrenamiento.

O de un día duro como vaquero.

Aunque esa sensación no duraría. Era su primer día en la silla. Cuando desapareciera la novedad, lo haría también el placer. Entonces empezaría a sentirse atrapado y tenso. Igual que antes.

Un ladrido atrajo su atención. *Huesos* salió del porche trasero de la casa y corrió hacia él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a Eli, que seguía al perro—. ¿A tus hijos no les ha gustado?

—A ellos sí. Pero a Vera no le han gustado sus hábitos de comida. Se ha comido una tarta de manzana entera destinada al rastrillo de la iglesia y un pastel *Bundt*. Vera se ha puesto furiosa y me ha pedido que te lo devolviera —se encogió de hombros—. Lo siento. Eh —su rostro se iluminó—, Bart tiene una niña pequeña y a su mujer le gustan los perros, tiene ya uno. Puedo pedirle que te ayude.

—Te lo agradecería.

Eli se llevó a *Huesos* en dirección al establo para alcanzar a Bart antes de que se marchara a casa, y Tack se dispuso a entrar en la casa, pero vio a *Fern* en el corral y cambió de idea.

Salvaje o no, la yegua era una belleza de piel marrón brillante, ancas fuertes y ojos inteligentes.

No sabía bien qué era lo que lo impulsaba, pero entró en el corral

antes de tener tiempo de pensar en lo que hacía. No era un vaquero, sino un piloto de carreras, y allí estaba fuera de su elemento.

El animal lo miró y Tack detectó cierta aprensión en sus ojos. Sus músculos se tensaron bajo la piel marrón. Tack se acercó un paso más. Los recuerdos acudieron a su mente y se vio allí de niño, sentado en la valla mientras observaba a su padre tranquilizar a un caballo nuevo.

El animal relinchó una advertencia, pero Tack tendió una mano con cuidado. La piel del animal era suave y sedosa. Sorprendentemente, la yegua no se apartó. Diez años desaparecieron de repente y Tack volvió a sentirse como cuando tranquilizaba a su caballo a los dieciocho, un árabe que su padre le había comprado como regalo de graduación.

Cooper Brandon siempre había sabido discernir la belleza y disfrutado con los restos...

Acarició de nuevo a la yegua y ésta tembló.

—No temas, amiga. Conmigo estás a salvo.

Un instante después se forzó a alejarse, y entró en la casa a ducharse y cenar antes de volver a salir para otra noche de libertad bajo las estrellas. Al igual que el caballo, él también tenía una vena salvaje. Había vivido demasiados años bajo el yugo estricto de su padre, ahora ansiaba aire y espacio y distancia de todo, sobre todo de la casa llena de recuerdos.

Las fantasías eran otra historia. Esas eran bien recibidas en el momento en que cerraba los ojos.

Annie no quería mirar.

Por muy perfectamente que capturara la primera luz del día la imagen del hombre entre los dos cedros a menos de diez metros de allí.

Por mucho que el follaje lanzara la cantidad justa de sombra para acentuar los músculos de sus hombros y brazos.

Por mucho que estuviera bronceado y desnudo... bueno, o casi.

Miraba el lecho del arroyo de espaldas a ella. Llevaba unos vaqueros, pero en lugar de tapar lo que había bajo ellos, moldeaban la forma de sus nalgas, sus caderas y muslos fuertes. Un siete en la

tela partía el muslo derecho, mostrando un vello sedoso moreno y un trozo de piel bronceada.

Suspiró y movió la cámara un poco para conseguir el ángulo perfecto y... ¡No!

Se detuvo con el dedo en el disparador. ¿Qué hacía? Se suponía que estaba allí para sacar fotos del rancho. Había salido de la cama al amanecer, sabiendo que la luz sería ideal para disparar sin flash y capturar la serenidad tranquila de un amanecer de Texas en el Gran B. Cuanto menos usara focos o flash, más reales quedarían las fotos. Tal vez Tack solo quisiera unas instantáneas, pero ella siempre ansiaba contar una historia con su trabajo, aunque el único objetivo de las fotos fuera servir de herramientas de venta.

Tenía intención de mostrar el encanto natural de un arroyo avanzando entre cipreses y cedros, la cualidad inspiradora de las colinas, la fuerza del terreno; no sacar fotos del dueño semidesnudo con un roto en los vaqueros...

Tack se desperezó y sus músculos se extendieron y tensaron. Annie contuvo el aliento.

Si una foto podía contar una historia, la de Tack sería clasificada X. Solo se estaba desperezando, pero todo en su gesto resultaba increíblemente sexual. Desde el arco sensual de su espalda, hasta la caricia de sus dedos delgados y largos en su pelo besado por el sol.

Miró la imagen a través del visor, incapaz de apartar la vista. Sabía que debería volver a su camioneta, buscar el trípode y sacar otro tipo de fotos. Pero pensó que el arroyo podía dejarlo para más tarde, cuando Tack se hubiera ido y ella no estuviera recién levantada de una noche de dar vueltas y pensar en él.

De desearlo.

El hombre se volvió de perfil y arrancó un melocotón de un árbol cercano. Annie lo vio limpiar la fruta en sus vaqueros y morder su pulpa. Un chorro de zumo cayó por sus dedos bronceados, resbalando a continuación por el antebrazo.

Annie no pudo evitarlo. Apretó el disparador.

Tack dejó de masticar un segundo y ella se quedó inmóvil. Sabía que lo había oído. Estaba demasiado cerca. Bajó la cámara y se

preparó mentalmente para una confrontación.

Pero él no se volvió hacia ella. Se limitó a seguir allí de pie, inmóvil por un momento. Después siguió masticando como si ignorara su presencia.

O como si la ignorara a ella.

No. Tack no era de los que miran a otra parte cuando desean algo, y a ella la deseaba. Había dejado claro que le gustaría repetir la actuación de su noche juntos.

No sabía que ella estaba allí.

¿Qué daño podía hacer sacar unas cuantas fotos? Era tocar lo que le causaba problemas. Bajó la guardia y olvidó sus miedos.

Levantó la cámara y volvió a mirarlo a través del visor. Sus dientes se hundían en la pulpa suave de la fruta, el jugo de ésta manchaba su piel.

Abandonó el melocotón para chupar el chorro que bajaba por su brazo. La punta de la lengua capturó una gota dorada y Annie sintió que le estallaba el corazón.

Recordó sus caricias y notó un calor intenso entre las piernas. En el punto donde había sentido la lengua de él dos días atrás.

Le temblaron las rodillas.

Tack dio otro mordisco y el cuerpo de Annie reaccionó una vez más a la vista, el sonido y el recuerdo de su boca alimentándose de ella como se alimentaba en ese momento del melocotón.

Había algo en Tack que alimentaba las llamas de su pasión interior. Provocaba en ella una respuesta física que no se parecía a nada que hubiera experimentado nunca.

Física. Eso era lo que no debía perder de vista, para proteger sus sentimientos.

El hombre clavó los dientes en la fruta una vez más. La respiración de ella se aceleró, el corazón le latía con fuerza. Soltó la cámara, que quedó colgando del cordón. El borde de la funda rozó su pezón y ella dio un respingo, que resonó en sus oídos como un cañonazo.

Tack no mostró haberlo oído. Terminó el melocotón y se lamió los dedos. Y Annie sintió el primer espasmo. Una contracción suave que hizo vibrar su cuerpo empezando en un punto entre sus piernas y

extendiéndose por ella como se había extendido el jugo de melocotón por los dedos de Tack.

Cuando éste hubo terminado de lamerse el último, Annie había conseguido recuperar el aliento. Pero no podía moverse. Se apoyó contra un árbol, temblorosa y llena de deseo. Había tenido un orgasmo, pero no bastaba para acallar su necesidad interior. Quería sentir más. Sentirlo a él.

Cerró los ojos y luchó por controlarse. Estaba a unos metros de distancia de él. Si daba media vuelta, podía escapar antes de que él tuviera tiempo de tocarla y perdiera la poca resistencia que le quedaba.

¿Resistencia? Estaba a punto de echarse a sus pies y suplicarle que le hiciera el amor. Pero no era el acto sexual en sí lo que suponía una amenaza, sino el suplicárselo. La necesidad. Lo último que quería era necesitar a Tack Brandon, ansiar unos momentos de bendición carnal hasta el punto de dejar de pensar en sí misma y desearlo solo a él.

Se puso tensa y abrió los ojos. No podía volver a enamorarse de él por mucho que la atracción...

Había desaparecido.

Miró el trozo de hierba vacío y la embargó una oleada de decepción, seguida de otra de alivio. No la había visto.

Se obligó a moverse en dirección a su vehículo. Tal vez se hubiera visto reducida a una masa temblorosa de hormonas, pero al menos él no lo sabía, lo que implicaba que desconocía el efecto que tenía sobre ella. Y debía hacer lo imposible por conservar ese control sobre su vida y su destino. Sobre sus sueños.

Por desgracia, no podía decir lo mismo de su cuerpo.

Cuando Tack llegó a su dormitorio del rancho, estaba a punto de estallar. Podía ver todavía a Annie, apoyada en el árbol, con los pechos subiendo y bajando y los pezones erectos tras la tela de la blusa rosa pálido.

Deseaba penetrarla y ella quería lo mismo. Estaba seguro. Tan absorta estaba en lo que sentía que ni siquiera se dio cuenta de que la miraba. Había visto el deseo que expresaba su rostro cuando se lamió los últimos restos de melocotón.

Se abrió el botón de los vaqueros y se bajó la cremallera para darse espacio. Estaba duro. Sediento de ella.

Cinco pasos y podía haber sido suya. Pero todavía no.

Antes tenía que averiguar qué se proponía. No entraría en su cuerpo hasta que consiguiera abrirse paso en su cabeza y buscar algunas respuestas.

Entretanto...

Entró en el cuarto de baño, abrió el grifo de agua fría y comenzó a bajarse los pantalones y calzoncillos. Se cerró una puerta en algún lugar de la casa y un grito de enfado llegó por el pasillo.

—¡Tack Brandon! Tengo algo para usted.

El hombre se subió los vaqueros con una mueca de dolor.

—¡Tack Brandon! —gritó la voz, más cerca.

Abrió la puerta del dormitorio y se encontró con una mujer grande, de cabellos rojizos que llevaba a *Huesos* en los brazos.

—No me lo diga. Usted debe de ser la esposa de Bart.

La mujer frunció el ceño.

—Y usted el hijo de perra que le ha enviado este perro a mi marido —dejó a *Huesos* en el suelo y se sacudió los pelos del vestido.

—¿Qué ha hecho?

—Comerse tres hogazas de mi *puding* de calabaza, pero eso es lo de menos. Este sinvergüenza ha intentado aprovecharse de mi *Camille*.

—¿*Camille*?

—Mi caniche. Este villano la ha arrinconado en la cocina. La he oído llorar y gemir y, cuando he entrado, estaba a punto de... de... — la mujer se ruborizó—. Bueno, ya me comprende.

Tack bajó la mirada hacia su pene. Por desgracia, la entendía muy bien.

—He tenido que ponerle un periódico en la cabeza y tirar con fuerza para alejarlo de ella.

—A lo mejor ella está en celo.

—Imposible.

—Pues puede ser una posibilidad. El pobre *Huesos* es un macho sano. Tiene sus necesidades. Y es evidente que *Camille* también.

—No permitiré que *Camille* se aparee con el primer Casanova que

la huele, ni consentiré que este saco de huesos se coma mis postres —se volvió y se alejó por el pasillo. Poco después se cerraba la puerta de la casa y Tack miraba a *Huesos* con aire acusador.

—Parece que has conseguido que te echen de tu segunda casa —*Huesos* movió la cola con entusiasmo—. Sé que no es culpa tuya, pero tienes que portarte mejor, o no encontrarás un hogar. Lo que implica que no debes entrar en las cocinas.

El animal soltó un par de ladridos.

—Lo sé, lo sé. No era solo la comida lo que buscabas, pero tienes que aprender a controlarte un poco.

Volvió al cuarto de baño y se quitó la ropa. Oyó un gruñido y vio que *Huesos* lo había seguido. El animal tenía la boca abierta, la lengua colgando y jadeaba de calor. O eso o seguía excitado por *Camille*.

—Conozco esa sensación, amiguito —Tack abrió el grifo y se metió bajo la ducha—. La conozco muy bien.

—Se puede saber ¿qué te pasa? —preguntó Deb el miércoles por la mañana, cuando Annie entró en la redacción del periódico.

—¿A qué te refieres? —encendió su ordenador.

—Estás muy acalorada. ¿Te estás pillando algo?

—No.

Había tomado una limonada fría, pero nada podía bajar la temperatura de su cuerpo después de otra visita tempranera al arroyo Brandon.

La tercera consecutiva.

Debería haber supuesto que él estaría allí. Y así era. Después de haberlo visto el segundo día, estaba ya segura de que lo encontraría allí. En el mismo sitio, igual de sexy, con sus vaqueros desgastados y nada más. Nada aparte de un melocotón en la mano.

Los dos días siguientes fueron una repetición del primero. Tack devorando la fruta mientras ella lo observaba. Lo sentía.

Abrió su libreta de notas y captó el temblor de sus dedos, el cosquilleo incesante en su piel. A pesar de su rabia por haber cedido una vez más a sus deseos más bajos, se sentía extrañamente vibrante. Atrevida. Igual que el día en que salió a la calle llevando sus primeras braguitas minúsculas de encaje.

Después de una vida entera de llevar ropa interior conservadora de abuela, como la describía su madre, Annie se compró un tanga francés el día en que entró en la universidad, para celebrar el comienzo de su nueva vida lejos de Inspiration.

Todo cambió unos días después. A su madre le diagnosticaron un cáncer y Annie tomó la decisión de ir a la universidad desde su casa para poder cuidarla.

Pero siempre recordaría aquel primer día paseando por Austin con su lencería sexy. Nadie lo sabía excepto ella, pero eso le producía una agradable sensación.

La misma que sintió esa mañana disfrutando físicamente sin tener que temer por su paz mental. Tack estaba en otra galaxia, lejos para tocarla y ella se dejaba llevar por sus sensaciones.

La lástima era que no le bastaban. Ignoró esa idea y se abanicó con el borde del cuaderno.

—Creo que te estás pillando algo —Deb tomó un sorbo de café—. A lo mejor tienes fiebre.

—Estoy bien, mamá.

—No me estoy portando como tu madre.

—Ups, perdona.

—Y no tengo nada contra las madres —continuó Deb—, a excepción de la mía, y por eso no tengo ganas de tener hijos en el futuro inmediato.

—Lo de ser mala madre no es algo genético.

—Y las malas elecciones tampoco.

—¿Qué significa eso?

—Que si tu madre tuvo una vida amorosa desgraciada, eso no significa que tú estés condenada a lo mismo. Vive un poco y deja de preocuparte por no cometer los mismos errores que Cherry. Tack Brandon es el vaquero más apuesto que he visto en mucho tiempo.

—No es un vaquero.

—Por cierto, tengo que ir a Austin, así que necesito que te encargues de la columna «Este es tu vecino» en este número.

—Lo haré cuando termine este artículo sobre la comida semanal de los jubilados. ¿Quién es esta semana? Espero que la abuela Baines.

Ayer en la comida hizo algunas alusiones —la abuela Baines era una de las pocas habitantes mayores de Inspiration que no la miraban con frialdad. Aunque no aprobaba la conducta de Cherry, siempre había tratado bien a Annie.

Por supuesto, también quería ver su foto en el periódico.

—No es la abuela Baines —repuso Deb—. Es un hombre.

Annie enarcó una ceja.

—¿Y no te encargas tú? ¿Es muy mayor o está casado?

—Ninguna de las dos cosas.

—¿Joven y soltero? ¿Seguro que no eres tú la que te estás pillando algo?

—Lo cierto es que el señor Joven y Soltero preguntó específicamente por ti.

—¿Por mí? ¿Y quién es?

—Tu vaquero.

—¡Oh, no! Pensándolo mejor, creo que sí me estoy poniendo enferma.

—¿La gripe?

Annie negó con la cabeza.

—Un exceso de melocotones.

Capítulo siete

Annie sujetó con fuerza la libreta de notas y la cámara, apretó el timbre y resistió el impulso de salir huyendo.

—Solo es una entrevista —se dijo por enésima vez desde que Deb le comunicó el encargo—. No pierdas la calma —murmuró—. Tranquilidad e indiferencia...

—¿Indiferencia a qué, querida?

La voz profunda la devolvió a la realidad. Vio a Tack ataviado con sus vaqueros, con una toalla blanca alrededor del cuello. Gotas de agua caían por sus hombros bronceados y se juntaban en la mata de pelo negro que se extendía de un pezón al otro. El bosque de ébano se estrechaba sobre el estómago y desaparecía por la cintura del pantalón abierto.

—Las duchas frías ya no son lo que eran.

La joven levantó la vista.

—¿Qué?

El hombre sonrió.

—He dicho que ya no basta con una ducha fría para vencer este calor.

Annie se secó un rastro de sudor de la frente.

—El hombre del tiempo ha dicho que hoy batiremos todos los récords de calor.

El hombre hizo una mueca.

—No me refería a la temperatura exterior, querida —se frotó el pelo húmedo con la toalla—. Y no has contestado a mi pregunta. ¿Indiferente a qué?

La mujer respiró hondo.

—Al calor —dijo—. Tranquilidad e indiferencia. El único modo de lidiar con un verano de Texas —se secó otro rastro de sudor de la frente—. Bueno, ¿dónde quieres? —señaló su libreta—. Tengo una agenda muy apretada, comida en el ayuntamiento, una visita a los cerdos de Tess Johnson... así que te agradecería que nos diéramos prisa.

El hombre se hizo a un lado.

—¿Te parece bien en la cocina?

—Muy bien —entró en la casa—. Puedo buscarla sola si quieres terminar de vestirte.

—Desde luego —se abrochó el botón de los vaqueros y sonrió—. Ya está.

—¿Y la camisa?

—Estoy cómodo así, pero si a ti te molesta... ¿te molesta?

Annie se encogió de hombros.

—Como prefieras.

Unos minutos después tomaba una limonada en la cocina mientras Tack se servía un vaso de té helado.

—Veamos —estudió varias páginas de la libreta e intentó calmar su corazón desbocado—. Tienes que darme un momento para buscar las preguntas. Deb tiene la caligrafía de un asesino en serie y es la que hace todas las entrevistas para esta columna, excepto la de Jimmy Mission —vio la mirada interrogante de él—. No se llevan muy bien.

—¿Existe una mujer con la que Jimmy no se lleve bien? —Tack echó dos cucharadas de azúcar en el té y comenzó a removerlas.

—Deb no es una mujer normal. Tiene... personalidad.

—Quieres decir agallas.

—Eso fue lo que le dijo Jimmy.

El hombre tomó un sorbo de té y añadió más azúcar.

—No me extraña que no se caigan bien.

—Jimmy se ofreció voluntario para el baño anual de la feria de primavera...

—¿Te refieres al mismo Jimmy que no se acercaba a un tiro de piedra del agua?

—El mismo. El alcalde lo convenció diciéndole que era un tanque

poco hondo y que seguramente no se mojaría ya que el equipo de béisbol de las chicas llevaba seis años perdiendo y además todos los mozos estarían en el apartado de los besos con Mary Jo Madden, la reina del rodeo. Jimmy tenía que estar allí arriba, desnudo de cintura para arriba, mientras las chicas lo admiraban y echaban algún dinero para sentirse bien. No contaba con que Deb buscaría venganza por otras cosas.

Tack soltó una risita.

—¿Y lo tiró al agua?

—Setenta y dos veces. Fue el punto álgido de la feria. Eso y los gritos que siguieron y que usaron tantas palabras soeces que las damas de la iglesia organizaron una sesión de plegarias allí mismo. Deb y Jimmy no se hablan desde... —lo vio añadir dos cucharadas más de azúcar—. ¿Por qué no le pones unos cubos de hielo al azucarero y acabas antes?

El hombre sonrió.

—¿Qué quieres? Soy muy goloso —le brillaron los ojos—. ¿Y tú? ¿Te gustan los dulces?

—A veces. Primera pregunta. ¿Ocupación?

Tack volvió una silla y se sentó a horcajadas sobre ella.

—Piloto de carreras profesional. Ocho años como profesional. Empecé como mecánico en un taller de motos cuando me marché de aquí. El dueño corría por afición y me enseñó el oficio. Empecé mi primera temporada de profesional un año después. ¿Cuánto tiempo llevas tú con el periódico?

La mujer anotó su respuesta.

—Seis años.

—¿Y antes de eso?

—Trabajé mientras estudiaba. Me licencié en periodismo y comunicación. Ahora, la siguiente...

—Pero no podías licenciarte en la Universidad del Condado.

—No, fui a la de Texas.

—Creí que te habías quedado aquí a cuidar de tu madre.

—Y lo hice. Iba y venía. La segunda pregunta...

—Pero hay dos horas de camino para ir y dos para volver.

—Organicé mis clases en martes y jueves y tardé seis años en sacar una licenciatura de cuatro.

Tack pensó en la dulce y tímida Annie conduciendo horas interminables y enterrando la cabeza en libros de texto mientras sus compañeros de clase vivían en el campus e iban a fiestas y partidos de fútbol.

—¿Tanto deseabas licenciarte? —preguntó.

—Sí —Annie apretó los dientes—. La entrevista es tuya.

—Annie, Annie —sonrió él—. Tienes que relajarte. No te pongas tan tensa. Solo siento curiosidad por saber lo que has hecho estos años.

—No estoy tensa.

—Entonces debes de estar nerviosa —tomó un sorbo de té y le miró la boca—. ¿Te pongo nerviosa, querida?

—Claro que no, solo tengo prisa, nada más. ¿Y tú qué? ¿Fuiste a la universidad?

El hombre negó con la cabeza.

—Estaba ocupado sobreviviendo. Cuando me fui de casa, apenas ganaba para comer, y menos para pagarme una carrera.

—¿Y qué me dices de la beca para la Universidad de Agricultura y Mecánica de Texas? Podías haber ido a jugar al rugby y tener todos los gastos pagados.

—Lo pensé. Estuve a punto de hacerlo. Me gustaba el rugby. Pero no lo bastante para enfrentarme a tipos que lo adoraban. Yo solo jugaba en el instituto para salir del rancho. En cuanto estuve solo, ya no tenía que huir y perdí mi empuje.

Los ojos verdes de ella reflejaron el sol con fuerza.

—Pero volviste a encontrarlo con las carreras de motos.

—Fui el novato más ansioso que alguna vez salió a las pistas.

—¿Y ahora?

Tack pensó en los contratos guardados en su bolsa, sin firmar todavía, y se encogió de hombros.

—Sigo siéndolo, pero me estoy haciendo mayor. La mayoría de los tipos que llegan al circuito son jóvenes, de dieciocho o diecinueve. Chicos con talento como Jeff Emig, Jeremy McGrath, Ezra Lusk. Yo

soy casi diez años mayor que todos ellos —tomó un trago largo de té y sonrió—. La competencia es dura, pero así resulta más dulce ganar, y ya sabes que a mí me gusta lo dulce.

La mujer sonrió a su vez.

—¿Te siguen gustando los retos?

—Sí, así es —repuso él, virando sus pensamientos de las carreras a Annie. Una Annie adulta y voluptuosa de pie cerca del arroyo, con las pestañas bajadas, los labios entreabiertos y un suspiro trémulo en la garganta—. Cuando se trata de algo que quiero de verdad.

Se produjo una tensión entre ellos.

—¿Qué es lo que de verdad...? —interrumpió la pregunta al ver que *Huesos* aparecía por la puerta y se lanzaba contra los pies de Tack—. Creo que el perro debe de tener hambre.

—Siempre tiene hambre —Tack sacó una lata de comida de un armario cercano.

—¿El perro es tuyo?

El hombre movió la cabeza.

—No, lo recogí hace unos días en el motel de Effie. Lo llamo *Huesos*.

—Pues le gusta comer para estar tan delgado —señaló al perro, que engullía ya el contenido de la lata.

—Le encanta —Tack volvió a su asiento—. Y ahora que lo pienso, a mí también —tendió una mano hacia el frutero del centro de la mesa y tomó un melocotón—. ¿Y tú, querida? ¿Tienes hambre?

Annie negó con la cabeza, sin apartar la vista de la fruta.

El hombre sonrió.

—Vaya, yo pensaba que te gustaban los melocotones.

Vio que se ponía tensa. El sol que entraba por las ventanas los envolvía en un brillo dorado que iluminaba el sudor que cubría la frente de ella a pesar del aire acondicionado.

—¿Tienes calor, querida?

—Hace un poco de calor, pero es soportable —repuso ella con calma—. Mis notas dicen que has ganado ocho campeonatos nacionales de motociclismo y corrido para Suzuki, Honda y Yamaha. ¿Dónde está tu base? Creo que Coop me dijo que en California.

Como siempre, la mención de su padre lo atravesó como una cuchilla, espantando sus pensamientos.

—¿Sabía dónde vivía?

—Te seguía la pista.

Una extraña esperanza surgió en su interior, pero se apresuró a reprimirla y se encogió de hombros.

—Sí, supongo que sí. Tampoco tenía que molestarse tanto. Solo poner el canal deportivo y ver una entrevista atrasada.

—O quizá te seguía la pista de otro modo.

—¿Podemos volver a la entrevista? —preguntó él, decidido a cambiar de tema.

Annie lo miró comprensiva, lo que le hizo recordar a la vieja amiga de otros tiempos, la que lo escuchaba y consolaba cuando se enfadaba con Coop.

En ese momento deseó hablar con ella casi más de lo que deseaba llevársela a la cama.

La mujer bajó la vista, como si adivinara sus pensamientos, y miró su libreta de notas, rompiendo el conjuro.

—¿En qué parte de California?

—Encino. Tengo una casa cerca de la pista donde practico. ¿Y tú?

—mordió el melocotón y le guiñó el ojo—. ¿Trabajas todo el día y luego vuelves a una casa vacía?

—Sí y no —se metió enseguida en la siguiente pregunta—. Respecto a hobbies...

—Levanto pesas, corro, trabajo en las motos...

—Todo esto está relacionado con el trabajo. Los lectores quieren saber cómo te diviertes.

—Entiendo. Diversión. Creo que tú, precisamente, deberías conocer la respuesta a eso.

—¿Cómo voy yo a saber...? —se interrumpió—. Te diviertes durmiendo con mujeres. Eso es lo que quieres decir, ¿no?

El hombre sonrió.

—Puedo asegurarte que no se trata de dormir.

Annie pareció ponerse tensa unos segundos; luego sonrió.

—Me tomas el pelo, ¿verdad?

—De eso nada —musitó él.
—Ayer dijiste que no te acostabas con muchas mujeres.
—Y es cierto. Tú me has preguntado cómo me gusta divertirme, no lo que hago.
—¿Y qué haces?
—Levantar pesas, correr y trabajar en las motos.
La mujer sonrió de nuevo.
—Siempre te gustó escandalizarme.
—Antes era muy fácil hacerlo. Solo tenía que decir unas palabrotas, guiñarte un ojo y te ponías colorada —tendió una mano y le tocó la muñeca—. Ahora no te ruborizas por nada.
La mujer lo miró a los ojos.
—Ahora soy mayor e inmune a tus encantos.
Tack le rozó de nuevo la muñeca y a ella se le puso carne de gallina.
—Parece que no eres tan inmune —sonrió él.
—Hace frío aquí.
—Estás sudando.
—Creo que me estoy resfriando —apartó el brazo—. Tú no deberías acercarte mucho —fingió una tos—. Volvamos a las preguntas.
—De acuerdo. ¿Qué era eso de volver a una casa vacía? Has dicho sí y no.
—Sí, me voy a casa sola, pero no está vacía.
—¿Lo que significa?
—La comparto con los mellizos.
—¿Compañeros de casa?
—Mis niños.
—¿Tienes hijos?
—De seis semanas —sonrió ella—. Dos niños sanos y encantadores que están aprendiendo a usar ya un periódico para hacer sus cosas.
—¿Cómo dices?
La mujer soltó una carcajada vibrante.
—Son cachorros de la misma camada.
Tack respiró aliviado.
—Me has confundido por un minuto.

—Me lo has servido en bandeja. Vamos a la última pregunta. ¿Tu mejor recuerdo de Inspiration?

—Eso es fácil. Mi último partido. O mejor dicho, después —miró la boca de ella y vio que le temblaba el labio inferior—. Yo seguía lleno de energía, lanzando el balón en un campo vacío y tú estabas sentada en las gradas sin saber adónde ir porque eras la única chica de la escuela que no tenía una cita para el baile de esa noche.

La joven sonrió.

—No sabía bailar.

—Pero aprendiste con rapidez.

—Apenas me moví.

—Créeme, te moviste lo suficiente, querida.

—¿Y tú cómo lo sabes? Estaba muy oscuro al lado del río. Ni siquiera había luna. Yo no veía nada.

—No necesitaba verte, Annie —la voz de él se volvió ronca—. Te sentía. Cada movimiento. Cada suspiro. Cada latido de tu corazón. Dejarte ha sido lo que más he lamentado en mi vida.

—Pero tú no me querías.

—Estuve más cerca de amarte a ti de lo que he estado nunca de amar a nadie.

Observó que los ojos de ella se llenaban de emociones encontradas.

—Ya no soy la misma joven ingenua con la que bailaste aquel día —recogió su cámara y la libreta y avanzó hacia la puerta de atrás—. Y no voy a meterme en la cama contigo otra vez.

—En realidad —dijo él, mirándola a los ojos—, no era una cama lo que yo tenía en mente.

Capítulo ocho

A la mañana siguiente, Tack subió temprano a su moto. Un rugido cortó el silencio de la mañana, ahogando el silencio que lo había atormentado todo el camino desde el arroyo.

Esa mañana no había habido pasos suaves ni ruidos sordos que denotaran la presencia de Annie. Tenía que concentrarse en sus prácticas.

Miró el terreno desierto, un prado cubierto de tierra seca llevada allí el día anterior. No se parecía mucho a la pista en la que entrenaba en California, pero tendría que servirle.

Se incorporó en el sillín y echó la cabeza hacia adelante. La moto saltó hacia el frente, con un movimiento recto y suave, y comenzó a devorar terreno. *Huesos* mantuvo el paso unos segundos, pero luego se quedó atrás.

Al acercarse a un montículo imprevisto, intentó frenar, pero era demasiado tarde. Tiró hacia atrás, la rueda delantera subió en el aire y volvió a bajar... la moto dio un salto. Tack se agarró al manillar y luchó por conservar el equilibrio. Consiguió parar el vehículo entre chirridos de frenos.

—¡Mierda!

Maldijo su pérdida de control y su falta de atención. Pero, sobre todo, maldijo porque deseaba a Annie y no podía tenerla y eso le preocupaba más que el hecho de que, por primera vez en años, Tack Brandon había perdido su fantástica concentración y había estado a punto de morder el polvo.

Un silbido cortó el aire.

—Me habían dicho que aquí vivía un piloto profesional, pero

después de ver eso, no me lo creo.

Tack se quitó el casco y miró al vaquero situado al otro lado de la valla, con el sombrero echado hacia atrás y una sonrisa iluminando sus rasgos familiares.

James Mission, que medía casi uno noventa de estatura, era más alto que la mayoría de hombres de Inspiration, exceptuando a Tack.

En la escuela medían ya lo mismo, y juntos se habían metido siempre en problemas. Jimmy, con su pelo rubio y sus ojos verdes, era el sueño de todas las jovencitas y Tack, con sus rasgos morenos y encanto malicioso, la pesadilla de todas las madres.

Sonrió, bajó de la moto y se acercó a la valla.

—Hacía mucho tiempo —le estrechó la mano mientras *Huesos* lo saludaba con unos ladridos desde el otro lado del prado, donde había visto un conejo.

—Eli me ha dicho que te encontraría aquí. Dice que estabas entrenando, pero yo no estoy tan seguro.

Tack se encogió de hombros.

—Solo estaba calentando.

—Pues tendrás que calentar mucho más si quieres liderar el equipo Kawasaki.

Tack miró a su viejo amigo.

—¿Tú sigues las carreras de motos?

—De vez en cuando. Bien, ¿cuál es el problema? Seguro que todos los periodistas deportivos de aquí a Nueva York están especulando sobre por qué diablos tardas tanto en tomar una decisión. ¿Vas a correr con Kawasaki, sí o no?

—Sí, sí. Me ha hecho una oferta muy buena —¿por qué entonces no había firmado aún el contrato?—. ¿Cómo estás tú, Jimmy?

—Ocupado —se quitó sus guantes de piel marrón—. Si no habría venido antes. Tengo tres mil cabezas en mi rancho y siempre hay algo que hacer.

—¿Y qué me dices de tu hermanito?

—Ya conoces a Jack. No puede quedarse quieto el tiempo suficiente para atarse los cordones de los zapatos, y mucho menos dirigir un rancho. Las últimas noticias que he tenido han sido que

estaba en Nuevo México entrenando caballos para un rancharo, pero no durará mucho. Nunca dura con él. En cuanto se apaga la novedad, cambia de ambiente. O de personas.

Tack soltó una risita.

—No te preguntaré si tiene mujer e hijos.

—Hijos no, por suerte; pero se ha casado dos veces y divorciado tres.

Tack se secó el sudor de la frente.

—Diablos, Jimmy, nunca presté mucha atención a las clases de matemáticas de la señora Spade, pero eso no encaja muy bien.

—Eso mismo dije yo, pero nunca conseguí que Jack me lo explicara.

—¿Y tú qué? ¿Te espera alguien en casa?

Jimmy negó con la cabeza.

—Todavía no, pero he estado mirando por ahí —guiñó un ojo—. Probando la mercancía. ¿Y tú?

—Yo no estoy en el mercado.

—Eso no es lo que me han dicho. Es una ciudad pequeña, Brandon.

—Creí que Annie y yo podríamos volver a ser amigos durante mi estancia aquí, pero se está debatiendo mucho.

—Parece típico de ella.

—No de la que yo conocía.

—Has faltado mucho tiempo. A Annie no le preocupa tanto gustar como cuando éramos niños. Ahora tiene su parte de vinagre. Pero a mí me gusta eso en una mujer.

Tack opinaba igual. Annie se había convertido en una mujer sexy, fuerte y temperamental, y eso le gustaba mucho.

Huesos se acercó ladrando y Tack metió la mano en la bolsa que había dejado colgada en la valla, sacó una naranja y la tiró lejos. El perro se lanzó en su persecución.

—Pareces saber mucho de ella.

—Es el mercado. Un hombre tiene que conocer los productos locales —sonrió al ver la mirada que le dirigió el otro—. Vamos, no te alteres. Es guapa, pero no es mi tipo.

Tack enarcó las cejas.

—¿No tienes bastantes agallas?

Jimmy frunció el ceño.

—Deb Strickland da mala fama a toda la población femenina.

—A mí me pareció bastante simpática.

—Es simpática con todo lo que lleva pantalones. Esa es la mitad del problema.

—¿Y la otra mitad es que no se quita las bragas cuando te ve? — soltó una risita—. Al fin aparece una mujer inmune a los encantos de Jimmy Mission y a él no le sienta bien.

—¿Te he dicho que me alegro de verte?

—No.

—Porque no es cierto.

Tack soltó una carcajada.

—Te alegras tanto de verme como yo a ti. Hacía demasiado tiempo.

—Y si lo que he oído es cierto, la reunión será breve. ¿De verdad piensas vender?

Tack asintió.

—No estoy hecho para ser cowboy.

—Pues no lo hacías mal antes. ¿Te acuerdas cuando salíamos a perseguir terneras?

—Recuerdo que algunas nos perseguían a nosotros.

—Antes de que aprendiéramos a hacerlo bien. Luego ya no. Eli dice que volviste a montar en cuanto llegaste.

Tack se encogió de hombros.

—Me gano la vida montando motos. Es parecido.

—O quizá eres bueno en eso y no quieres admitirlo —se rascó la sien y miró el prado abierto—. Sospecho que por eso vas a vender. Te da miedo que puedas tener algo en común con tu viejo después de todo.

Tack movió la cabeza.

—Tengo una vida en otro sitio que no tiene nada que ver con caballos ni ganado, y me gusta así —era su vida, se la había hecho él mismo. Sin ataduras ni deudas.

—Si estás decidido a vender, me gustaría hacerte una oferta. Tu terreno limita con el mío y la tierra es demasiado buena para pasarla

por alto —su voz se volvió más sombría—. Pero siento mucho lo de Coop. Si hay algo que pueda hacer, solo tienes que decirlo.

Huesos volvió hacia Tack, se puso a dos patas delante de él y le pidió más comida.

El hombre sonrió y se volvió hacia Jimmy...

—Sabes, sí hay una cosa...

Annie se colocó entre los árboles, cuidando de que no la vieran los dos hombres que había cerca de la valla.

Se recostó en un tronco y cerró los ojos, con el corazón latiéndole con fuerza. Había decidido trabajar en fotos del terreno, del ganado y los pastos, para alejarse del arroyo y de Tack. Después de su entrevista del día anterior, del calor generado por sus miradas y sonrisas, no estaba dispuesta a arriesgarse a verlo de nuevo.

Solo quería terminar su trabajo. Cuanto antes acabara las fotos, antes podría vender él el rancho y desaparecer de allí.

Se asomó desde detrás del árbol y lo observó a conciencia. Llevaba un chaleco negro sin mangas y pantalones a juego. Unas botas de motorista completaban su atuendo. Tenía el cabello húmedo y le caía sudor de la barbilla. Los brazos también brillaban de sudor. Parecía cansado, acalorado e... increíblemente sexy.

Se le aceleró el pulso y notó con fuerza el modo en que el encaje del sujetador le rozaba los pezones a cada respiración. Era preciso que se distanciara de aquello. Tenía que darse la vuelta y no mirar atrás.

Sorprendentemente, su cuerpo la obedeció. Quince minutos después, subía a su camioneta aparcada a un lado del camino de tierra que bordeaba su campo de flores silvestres e intentaba poner el motor en marcha. Pero no lo consiguió.

—Por favor, no me hagas esto ahora —probó de nuevo. Nada.

Golpeó el volante y soltó un juramento.

—Primero el aire acondicionado de casa y ahora esto. ¿Por qué yo?

Tragó saliva, volvió a salir, levantó el capó e intentó averiguar qué tenía que buscar. Comprobó el aceite, el agua del radiador y dio unos golpecitos por aquí y por allá. Giró de nuevo la llave, pero no ocurrió nada.

Así no conseguiría acelerar la marcha de Tack. Si no llevaba el carrito al laboratorio antes de mediodía, no tendría las fotos a las cinco. Lo que significaba esperar hasta el lunes. Tres días más.

Tomó su cámara y echó a andar. Unos minutos después, el rugido de una moto llenó sus oídos y una Harley familiar se detuvo a su lado. Tack iba sentado encima, con los brazos en jarras, y sus ojos azules mirándola de la cabeza a los pies.

—Mi camioneta no arranca —explicó ella.

—La he visto ahí atrás. Puede ser la transmisión. Estaba soltando líquido.

La joven movió la cabeza.

—Mala suerte.

Tack sonrió.

—Podrías tener suerte ahora mismo si tú lo quisieras, querida.

—No me interesa.

La miró con ojos inexpresivos.

—O a lo mejor es que tienes miedo.

—¿De ti?

—De descubrir que te afecto mucho más de lo que quieres confesar.

En eso se equivocaba. Annie ya conocía la verdad, la sentía en el calor que envolvía su cuerpo, en la electricidad que atacaba sus nervios siempre que él estaba cerca. Trató de reírse.

—De eso nada.

—Entonces sube.

Sus ojos brillaban retadores y ella supo que no tenía elección. O subía a la moto o seguía andando; y andar equivaldría a admitir que Tack Brandon sí la afectaba mucho.

—Solo tengo que ir hasta la gasolinera de Moby. Tiene una grúa —subió detrás de él y se agarró a los lados del asiento, procurando no tocarlo.

—Más vale que te agarres a mí si no quieres caerte —dijo él. Soltó una risita sexy—. No te morderé a menos que tú me lo pidas.

—No, gracias —respiró hondo y le pasó los brazos en torno a la cintura—. Vale, estoy lista.

Unos segundos después comprobó que él también lo estaba. La moto saltó hacia adelante y sus manos rozaron el bulto en los pantalones de él.

Las apartó y él soltó otra risita.

—¿La gasolinera? —preguntó—. ¿Seguro que quieres ir tan lejos? Porque puedo llevarte a otro sitio.

—La gasolinera está bien, gracias.

Pero Tack tenía otras ideas. La llevó hasta la gasolinera y la ayudó a hacer los arreglos necesarios para que fueran a buscar su vehículo. Luego tiró de ella hacia la Harley, decidido a dejarla sana y salva en su trabajo.

Cuando Annie se bajó de la moto, estaba a punto de tirarse delante de la moto y suplicarle que la tocara, la besara, le hiciera el amor.

—¿No me vas a dar las gracias?

—Gracias —dijo ella, asiendo la bolsa de la cámara.

—Yo estaba pensando en algo más... sentido —sonrió él, ignorando al señor Hopkins y varias personas más que los miraban desde la puerta de una tienda cercana—. Un beso, por ejemplo.

—¿Es que nunca oyes nada de lo que te digo?

—Me dijiste que no te acostarías de nuevo conmigo. Pero no veo una cama por aquí. Solo es un beso.

—Olvidalo —la mujer miró al señor Hopkins con intención.

—¿Tienes miedo de que la gente se haga ideas equivocadas?

—No pienso besarte y me importa un bledo lo que piense nadie.

—En ese caso —bajó de la moto y se colocó frente a ella—. Supongo que tendré que besarte yo.

Antes de que ella tuviera tiempo de parpadear, la estrechó contra sí y le cubrió los labios con los suyos. La besó de un modo lento y profundo, como había hecho el sábado en la redacción del periódico. Pero en esa ocasión, ella pudo sentir cada centímetro de su cuerpo, desde el pecho, las caderas o los muslos hasta el sexo masculino que apretaba su vientre.

Olía a cuero y aire fresco y a algo salvaje que hizo que ella respirara con ganas, desesperada por inhalar más profundamente aquel aroma.

Estaba a punto de echarle los brazos al cuello y aferrarse a él cuando oyó un silbido seguido de varios gritos de aliento.

Annie hizo lo que hubiera hecho cualquier mujer en su situación: agarró un centímetro del brazo de Tack y lo pellizcó con todas sus fuerzas.

—¡Au! —la soltó tan de repente que ella se tambaleó—. ¿A qué diablos viene eso?

—Por besarme cuando yo no quería.

El hombre se frotó el brazo.

—Podías haber probado a pedirme que parara antes de decidir arrancarme un trozo de brazo.

—No me dejabas hablar.

Tack se miró el brazo.

—Se está poniendo morado.

—Solo ha sido un pellizco de nada.

—Creo que has roto la piel —dijo él, con aire acusador.

—No es cierto —se inclinó y pasó un dedo por el trozo de piel rojo—. No seas tan niño. Y no vuelvas a besarme. Si lo haces, tendré que responder.

El hombre soltó una risita.

—¿Sabes, tesoro? Si no fuera por el modo en que respondes a los besos, empezaría a creer que no te gusto.

—¿Y cómo reacciono? —preguntó ella, picada—. Te he pellizcado.

—Antes de eso me has besado, Annie. Con labios, lengua y todo. Me has besado —se volvió con una sonrisa de satisfacción, subió a la moto y la dejó allí mirándolo.

Annie no supo cómo consiguió cruzar la acera y subir las escaleras de la redacción. Tal vez intervención divina. O el hecho de que podía sentir los ojos de los curiosos clavados en su espalda.

¡Tack la había besado en la calle principal, delante de todo el mundo!

«No importa lo que piense la gente».

Normalmente no, pero eso no era un malentendido basado en la ignorancia. Cualquiera que hubiera visto el beso sabría que Tack Brandon deseaba a Annie Divine.

Por lo menos no sabían que ella también lo deseaba a él. Lo había pellizcado y puesto en su sitio. Una lástima que no lo hubiera hecho un momento antes. Antes de devolverle el beso con labios, lengua y todo lo demás.

Entró en la redacción, hojeó el correo que tenía sobre la mesa y su día comenzó a ir de mal en peor. Solo había pasado una semana y tenía ya cinco cartas de rechazo de los cinco currículos que había enviado.

—Es un mundo duro —Deb pasó con una taza en la mano y un brillo de comprensión en la mirada—. No te dejes afectar y sigue mandando.

Annie asintió, guardó las cartas en su cajón y sacó su lista de futuros trabajos. Tachó los cinco rechazos y pasó a los siguientes cinco.

Solo eran unos pocos rechazos, unas pocas señales de Stop en la carretera de su futuro; como solo era un beso. Vale, técnicamente eran dos, pero eso no importaba, siempre que la cuenta terminara allí. Tenían que acabarse los besos. No habría ni uno más.

La joven no quería correr el riesgo de otro encuentro con Tack, así que dejó las fotos del rancho en la oficina de Gary Tucker a las cinco en punto, fue al taller a preguntar por su coche y volvió a la redacción a terminar un trabajo.

Se sentó en su mesa y sacó un sobre. Las fotos que no había entregado a Gary. Contempló una en la que Tack comía un melocotón al lado del arroyo. Sonrió y metió las fotos en su bolsa de la cámara.

* * *

—¿Tienes fotos? —Deb se acercó a Annie menos de una hora después con una copia de la entrevista de Tack en una mano y una taza en la otra.

—¿Fotos? —Annie miró la bolsa de la cámara con culpabilidad—. ¿Qué fotos?

—De Tack. Una foto de la cabeza para la columna de «Este es su

Vecino». Ya sabes que sale con una foto.

—Ah, esa foto.

—¿Cuál si no?

—Ninguna —trató de frenar los latidos de su corazón y sacó el anuario que había usado para buscar información atrasada sobre Tack—. ¿Qué te parece ésta?

—¿Una foto vieja?

—Así es como lo recuerda toda la ciudad. Podemos usar la cabeza y hombros de algunas fotos de rugby. Será como un tributo al pasado.

—¿Y por qué no su foto de la graduación? —Deb enarcó las cejas—. Caray, eras muy guapa, pero ése es el vestido más feo que he visto en mi vida. Solo se ve una cabeza rubia encima de esa cosa azul marino.

—No era muy elegante entonces.

—¿Pero te ligaste al capitán del equipo de rugby?

—Creo que era una de las razones por las que le gustaba a Tack. Porque no le ponía el escote en la cara cada cinco minutos. Le gustaban los retos.

—Pues eso sí que lo era. Yo diría que se merece una cita solo por el esfuerzo.

—No tengo ninguna intención de salir con Tack Brandon. Solo está de visita. Y yo estoy ocupada.

—¿Con qué? Mañana entramos en imprenta. Es viernes por la noche y estás libre.

—No del todo. Ya tengo una cita.

—¿Con quién?

—Con mi sala de estar. Esta noche voy a empapelarla. Papel marfil con flores malvas. Y es bonito.

—Ni la mitad que esto —Deb señaló la foto de Tack.

Pero sí era mucho más seguro. Y seguridad era lo que buscaba Annie en ese momento.

Capítulo nueve

Aquella noche, estaba subida en una escalera, con una tira de papel en una mano y procurando no pensar en Tack. O en su beso. O en lo mucho que deseaba que se repitiera. Se riñó por lo bajo y trató de concentrarse en el trozo de papel untado de pasta. Una llamada a la puerta de cristal la sobresaltó.

—Adelante —gritó, por encima del volumen de la radio, que emitía una canción de los Rolling Stones. El papel se hundía con el peso de la pasta y se esforzó por sujetarlo verticalmente—. Deberían advertir que se necesitan más manos con esta cosa —gimió, al ver que los bordes empezaban a doblarse. Oyó abrirse la puerta—. Ha sido muy rápido. Deje la pizza en la mesa.

—¿Qué pizza?

La voz profunda hizo que se quedara inmóvil, al darse cuenta de que Tack Brandon estaba en su sala de estar. El papel se dobló, golpeándole la mejilla.

Peor aún, estaba justo detrás de ella. Y levantó los brazos para ayudarla a sujetar el papel.

Sus manos, largas y oscuras, contrastaban con el papel color crema. Annie consiguió apartar la vista de los dedos. A ella le temblaban los suyos y le latía con fuerza el corazón. O quizá era el de él. ¡Estaba tan cerca! Demasiado cerca.

—Creí que era el repartidor de pizzas.

—Pues no lo es.

Su aliento rozó la piel de ella, produciéndole carne de gallina por todo el brazo. Consiguió aplastar el papel contra la pared y alisarlo con la mano.

—Ya está —dijo; pero él no se movió. Annie se volvió. La escalera la dejaba a la altura de él y sus ojos se encontraron.

—Queda bien —repuso él, sin apartar la vista de ella.

—Siempre pensé que aquí quedaría bien papel pintado.

—No me refería al papel.

Annie respiró hondo y sus pezones rozaron, con el movimiento, el pecho de él. Una oleada de calor bajó desde ese punto hasta su vientre.

—¿Qué haces aquí? —consiguió decir, casi sin aliento.

—Dijiste que estabas arreglando esto —miró los muebles cubiertos con sábanas y la puerta de cristal. *Huesos* estaba al otro lado, con el hocico pegado a la puerta, mientras los mellizos ladraban desde el interior. Devolvió la mirada a ella y sonrió—. He pensado que podía ayudarte. Soy muy bueno con las manos.

Pasó un dedo calloso por la mejilla de ella, por la piel sudorosa de su cuello.

—Estás muy caliente, querida.

La joven respiró hondo.

—El aire acondicionado está roto. En la ferretería han pedido ya la pieza, pero no ha llegado todavía.

Tack no parecía convencido. La miró como si buscara respuestas. A pesar de la radio y de los ladridos de los mellizos, ella podía oír el aire entrando y saliendo en sus pulmones y el tamborileo de su corazón.

—Eso explica que estés tan húmeda —Tack le miró el cuello y los hombros, cubiertos por una fina capa de sudor, el top pegado al cuerpo y la piel desnuda del estómago encima del pantalón corto—. Por eso estás tan húmeda, ¿verdad?

Antes de que ella pudiera contestar, los mellizos abandonaron a *Huesos* y corrieron hacia Tack, rompiendo de manera eficaz el conjuro erótico que tenía cautiva a Annie.

—Voy a abrir otra ventana —se agachó para pasar por debajo del brazo de él y salió de la escalera.

—Hola, amigos —Tack tomó a los mellizos en brazos. Estos le lamieron la cara sin dejar de mover los rabos—. Gary dice que las

fotos son muy buenas.

—Gracias.

—Se ocupa de la venta del Cañón Eco, en el condado de al lado, y quiere saber si te gustaría ganarte un dinero extra. Dice que lo llames — acarició a los cachorros—. Has hecho trampa, ¿sabes? Tenías que traerme las fotos a mí.

La mujer apartó la vista y subió las ventanas de la sala todo lo posible.

—Gary se ocupa de la venta, así que pensé que te ahorraría tiempo si se las daba directamente a él.

—O a lo mejor es que no querías volver a verme.

—A lo mejor.

—¿Y por qué?

Annie se encogió de hombros con indiferencia.

—¿Por qué iba a querer verte?

Tack sonrió.

—Porque soy guapo.

—Más bien egocéntrico.

—Irresistible.

—Desvergonzado.

—Dispuesto. Necesitas ayuda y aquí estoy.

Annie le miró las manos grandes, fuertes y bronceadas que tocaban a los cachorros con gentileza y un calor nuevo se extendió por su cuerpo.

—Supongo que necesito ayuda —se secó el sudor de la frente—. Yo pongo la pasta y tú lo cuelgas.

Pasaron la media hora siguiente terminando una pared, hasta que llegó el repartidor con la pizza. Mientras Tack movía el sofá al extremo opuesto de la estancia para poder empapelar la pared siguiente, Annie sacó a los mellizos a hacer sus cosas. Cuando regresó, lo encontró sentado en el suelo con el álbum rosa de fotos en la mano.

—Se ha caído de la mesita de café al moverla —explicó; pasó una página tras otra observándolo todo, desde las fotos hasta una servilleta del restaurante favorito de la madre de ella, o una

margarita seca, la flor favorita de su madre—. ¿Qué es?

—Mi madre.

El hombre cerró el álbum y la miró a los ojos.

—¿Quieres decir que le perteneció a ella?

—Quiero decir que es ella. Está lleno con todo lo que ella amaba en la vida. Cuando me siento sola, lo miro y me siento más cerca de ella —tendió una mano—. Lo guardaré para que no se ensucie.

—Eso es bonito —dijo él, al tenderle el álbum.

Annie sonrió. Fue a guardarlo debajo de la cama y regresó con dos cervezas y unas servilletas de la cocina. Pasó una botella a Tack.

—Nunca he conseguido que me guste. Esto sobró la última vez que vino Deb, pero es lo único que está frío del todo en la casa —se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y la pizza entre ellos.

Tack tomó un trago largo de cerveza y miró a su alrededor.

Annie siguió su mirada por la gotera del techo, donde el agua había dejado mancha, por el suelo deteriorado y la puerta de cristal sacada de sus goznes.

—Vivía tan al día cuando murió mi madre que dejé que la casa se deteriorara bastante. Nunca fue gran cosa, pero mi madre la tenía bien conservada: reparaciones pequeñas, pintura fresca, cera en los suelos... Como nunca he tenido padre, aprendió a defenderse sola.

—¿Tú recuerdas algo de él?

—Solo lo que me contó ella. Era camionero. Ella acababa de terminar el instituto y empezó a trabajar de camarera en un restaurante de la autopista. Los dos eran jóvenes y apasionados. Cuando descubrió que estaba embarazada se lo dijo y no volvió a verlo. Se fue de la ciudad. Mi madre me tuvo a mí y se mudó aquí, todo lo lejos que su dinero podía llevarla. Se prometió que Inspiration sería solo una parada, solo el tiempo necesario para ahorrar dinero y llegar a Austin.

—¿Qué había en Austin?

—El Espuelas de Plata, el mayor *nightclub* de Texas en su época.

—¿Y ella quería ser bailarina?

—Una bailarina respetable. Pero nunca lo consiguió.

—Porque conoció a mi padre.

—Y se enamoró, y renunció a sus sueños para quedarse aquí y ser la paria de la ciudad —un error que Annie no tenía intención de repetir. Sus sueños la habían ayudado a superar el dolor de la marcha de Tack y le habían dado esperanza—. Pero yo no.

—¿Qué parte?

—Las tres. Toda mi vida he vivido para otra persona. Ahora quiero algo para mí. Quiero avanzar todo lo posible en mi carrera.

—En ese caso, supongo que no has pensado mucho en asentarte.

La mujer se encogió de hombros.

—Ted Riley me invita a cenar de vez en cuando. Es el reverendo joven de la iglesia. Nos hemos besado algunas veces, pero nada más. Básicamente somos amigos —no se le escapó la expresión satisfecha del rostro de él—. ¿Y tú qué? ¿No has pensado en casarte?

El hombre tomó otro trago de cerveza y se secó el sudor de la frente.

—No, y tengo intención de seguir así. No soy de los que se casan. Paso mucho tiempo en la carretera, viviendo con la maleta encima. Mi profesión se lleva un ciento diez por cien de mi tiempo. No es vida para una esposa e hijos —hizo una pausa—. No pienso cometer el mismo error que mi padre. Estaba demasiado ocupado con su rancho para prestar atención a mi madre o a mí.

—Suenas muy cínico para el chico que fue votado como «el más probable».

—¿El más probable qué?

La joven sonrió.

—El más probable todo. El Tack Brandon que yo conocía lo hubiera probado todo al menos una vez.

—Y la Annie Divine que yo conocía quería una gran boda de blanco y tres hijos por lo menos.

Antes de que ella pudiera contestar, *Huesos* gimió en el porche. La joven se puso en pie y lo dejó entrar, agradeciendo la distracción. El animal corrió a Tack y le pidió pizza.

—¿Siempre come tanto? —preguntó la mujer, cuando *Huesos* iba ya por su cuarto trozo.

—Viéndolo no lo parece, pero es un glotón. ¿Verdad, muchacho? —

acarició la cabeza del perro y *Huesos* movió la cola—. Quiero buscarle una casa, pero hasta ahora ha estado en tres sitios distintos y todos me lo han devuelto. Estuvo con Jimmy hasta ayer, en que se comió su comida y luego dejó un recuerdo en su bota.

—No querrás decir...

—Jimmy todavía no ha conseguido eliminar el olor —Tack se puso en pie, tomó la caja de pizza vacía y las servilletas y las metió en una bolsa de basura cercana que Annie había dispuesto para los restos del papel.

—Parece simpático —Annie le frotó la tripa al perro—. Y seguramente haría eso en la bota de Jimmy porque te echaba de menos. Los perros hacen eso cuando sienten nostalgia.

—El rancho no es su casa —Tack se sentó en el suelo, con la espalda contra la pared y las piernas estiradas ante él—. Maldición, hace mucho calor aquí.

Tiró de su camiseta húmeda, y Annie tuvo una visión de su abdomen duro cubierto de vello. Fijó su atención en *Huesos*.

—Seguramente te echaba de menos a ti. ¿Por qué no te lo quedas?

—No creo que entrara en mi maleta. Estoy en la carretera dos terceras partes del año y el resto paro poco en casa. No puedo quedármelo.

Huesos se volvió para instalarse a su lado. Annie soltó una carcajada.

—Puede que no, pero él sí quiere quedarse contigo.

—Pues yo diría que se está poniendo cómodo en tu suelo. Ayúdame, Annie. *Huesos* estaría en el paraíso aquí. Caes bien a los animales.

—Si la memoria no me engaña, tú también. Creo recordar cierta collie que te seguía a todas pares.

—*Mary Theresa* —sonrió él.

—¿Cómo se te ocurrió ponerle ese nombre a un perro?

—Nostalgia. *Mary Theresa* fue la primera hembra de la que me enamoré. Mi profesora del jardín de infancia. *Mary Theresa Berger*. ¿Y tú? Nombra a tu primer amor.

—Eso es fácil. El pastor Marley —se encogió de hombros ante la

mirada de incredulidad de él—. ¿Qué quieres que diga? Me gustaba cómo le quedaba aquel traje —tomó un trago de cerveza—. Recuerdo que me sentaba en el último banco y pensaba: «si pudiera casarme con el reverendo Marley, mi vida sería perfecta».

—¿No estaba calvo?

—Y llevaba gafas y tenía barriga, pero no era por su físico.

—¿Y por qué era?

Annie se puso tensa y movió la cabeza.

—Creo que ya basta de recuerdos por una noche. El papel no se colgará solo —hizo ademán de levantarse, pero Tack la retuvo por la muñeca.

—Vamos, dímelo.

La joven no hubiera sabido por qué le hizo caso. Tal vez porque la tocaba y eso la inducía a hacer locuras.

—Pensaba que si me casaba con el pastor Marley podría sentarme en el primer banco y la gente me estrecharía la mano y sonreiría en vez de mirarme de hito en hito o fingir que no me veía.

—Yo te veo —dijo él, acariciándole la muñeca con el pulgar—. Siempre te vi —la soltó, pero era ya demasiado tarde. Tenía los pezones erectos y una llama ardiente envolvía sus nervios, y todo por una simple caricia que había durado dos segundos.

—Hace mucho calor aquí —musitó.

—Conozco esa sensación —Tack terminó la botella de cerveza y la dejó en el suelo. *Huesos* pasó por encima de él en dirección a la cocina y la botella cayó de costado.

El hombre miró la botella y una sonrisa apareció en su cara. Hizo bailar la botella con un movimiento de muñeca. Cuando se paró, la boca apuntaba a Annie.

—¿Verdad o atrevimiento? —la retó él.

Tal vez fuera el calor o la cerveza o la sonrisa de él o las tres cosas, pero ella recordó muchas noches cálidas sentados al lado del río, haciendo bailar una botella de cola vacía en la parte de atrás del coche del padre de él y jugando a besarse. Lo miró a los ojos.

—Verdad —susurró.

—¿Me echaste de menos?

La mujer tragó saliva; pensó en mentir pero lo descartó con rapidez.

—Eras uno de mis mejores amigos. Claro que te eché de menos.

—No me refiero a eso —sonrió él—, pero servirá por el momento.

Tu turno.

Annie movió la botella con dedos temblorosos. Volvió a apuntarla a ella.

—Creo que está trucada.

—¿Verdad o atrevimiento?

—¿La lanzamos de nuevo?

—Va contra las normas, pero para probarte que soy un tipo amable, te daré otra oportunidad.

Annie sonrió y giró la botella.

—Ajá —sonrió triunfante—. ¿Verdad o atrevimiento?

—Verdad.

—¿Me echaste tú de menos?

—Tú eras mi mejor amiga... —comenzó a copiar la respuesta de ella, pero lo pensó mejor—, y mi amante y eché de menos a ambas. Me has hecho compañía muchas noches, Annie —la miró a los ojos—. En mis sueños. Pero estos han empeorado desde que he vuelto a la ciudad —hizo una pausa y su voz bajó hasta convertirse en un susurro—. Y dentro de ti de nuevo...

—Tu turno —lo interrumpió ella—. Tira —le empujó la botella—. Vamos.

El hombre lo hizo. La botella la señaló a ella.

—¿Verdad o atrevimiento?

—Atrevimiento.

Tack guardó silencio un rato, mirándola a los ojos.

—Bésame como si me hubieras echado de menos —dijo al fin—.

Como si me hubieras echado de menos muchísimo.

Annie se puso de rodillas y se acercó a él. Solo era un beso, pero lo deseaba con todas sus fuerzas.

Colocó las manos en los hombros de él para apoyarse.

—Esta vez nada de pellizcos —añadió él.

La mujer sonrió.

—¡Y yo que pensaba que iba a ser divertido!

—Oh, será divertido, pero no doloroso.

—Lo dirás tú —murmuró ella, bajando la boca.

Tack se dijo que solo sería un beso, un simple beso. Era lo que le debía y lo que él pretendía cobrar.

Hasta que los labios de ella se entreabrieron y un gemido penetró en su boca.

Entonces quiso algo más que aquel juego, quiso hacer realidad sus sueños. Sentir el cuerpo de ella contra el suyo. Sentirla a ella, cálida, temblorosa y real.

Levantó las manos hasta la cintura de la joven y tiró de ella hacia sí. Una mano le tomó la parte trasera del muslo y le levantó la rodilla para sentarla a horcajadas sobre él. La levantó por las nalgas y la instaló contra el bulto de sus pantalones.

El contacto los sobresaltó a ambos. Annie dio un respingo y se movió contra él y Tack comenzó a desabrochar los botones de los pantalones de ellas. Siseó la cremallera, se abrió la cintura e introdujo los dedos en su interior, apretando las nalgas con sus manos.

Se besaron y acariciaron, excitándose mutuamente. El aire se volvió más caliente, cargado con el calor del verano y el olor maduro de cuerpos sudorosos y sensuales y...

—Espera —Tack detuvo los movimientos de ella con los dedos—. Más despacio, querida. No quiero que esto termine demasiado pronto —respiró hondo y apoyó la frente contra la de ella—. ¡Maldición, me vuelves loco! No puedo pensar.

—Es la cerveza —murmuró ella, antes de empezar a besarlo una vez más.

Otro movimiento erótico con su cuerpo y a él le faltó el aire.

—Tampoco puedo respirar —susurró.

—Es el calor.

¿La cerveza? ¿El calor? Le tomó el rostro entre las manos y la miró a los ojos.

—De eso nada, Annie. Eres tú. Yo. Nosotros.

Vio una negativa en los ojos de ella, nublados por la pasión.

Estaba muy cerca de calmar aquel dolor fiero. Solo tenía que apartar el pantalón y podía satisfacerlos a ambos.

Pero por primera vez en su vida, Tack quería más de una mujer que satisfacción física. Quería saber por qué. Por qué las lágrimas, por qué las palabras «Ha pasado tanto tiempo». ¿Por qué?

—Tú me excitas mucho a mí y yo a ti —rozó un pezón de ella antes de meter la mano entre sus pantalones y acariciar su humedad—. Yo te pongo así de húmeda, de caliente.

—Hace tiempo que no estoy con nadie y... —la joven se mordió el labio inferior—. Soy humana. Aquí hace mucho calor y tengo necesidades y... —su frase terminó en un gemido.

—¿Necesidades que cualquier hombre puede satisfacer?

—Sí.

La acarició más adentro y ella se estremeció. Cerró los ojos y separó los labios. Tack le dedicó un par de caricias más y luego detuvo la mano. Más pensando en sí mismo que en ella. La joven era muy hermosa y estaba tan húmeda... y él era solo humano. Solo un hombre. Su hombre.

—¿Sabes, querida? —preguntó cuando ella abrió los ojos—. No estoy convencido de que lo que ocurrió en el motel la noche de mi regreso y esto... —otra caricia de los dedos provocó un respingo en ella—, sea solo porque deseas a un hombre y yo estoy a mano. Hay algo más. No es solo que la cerveza te desinhiba o el calor haga arder tu cuerpo.

—No lo hay —dijo ella, aunque se arqueó contra él, contrayendo los músculos para introducirlo un poco más en su interior.

Tack no pudo evitarlo. La besó con una pasión que no dejaba lugar a dudas de que la deseaba.

—Para demostrar que tengo razón —murmuró cuando terminó el beso y pudo encontrar la voz—, no te tocaré ni volveré a besarte hasta que tú digas la palabra, hasta que me lo pidas. Así, si no te sientes atraída por mí, no tendrás nada que temer. Yo no te tentaré —hizo acopio de valor, apartó la mano del pantalón de ella y la sintió temblar.

Annie escondía su necesidad de él detrás de excusas que pudieran

explicar su reacción en términos puramente físicos.

Pero aquello no era solo físico. La química entre ellos era explosiva porque las sensaciones eran más profundas que solo lujuria. Mucho más profundas.

Le abrochó el pantalón corto, la colocó a un lado y se puso en pie. Se alejó de ella porque sí que quería algo más que sexo. Por primera vez en su vida quería también el corazón de una mujer. Quería el de Annie.

* * *

Annie estaba de pie en el porche de atrás, con el cuerpo todavía caliente y tembloroso recordándole que Tack Brandon había vuelto a entrar no solo en su vida, sino también en su cabeza y su corazón.

Se dijo que no sería por mucho tiempo. Volvería a marcharse y ella seguiría con su vida, con su futuro, y olvidaría cómo se oscurecían sus ojos cuando la miraba. Y cómo la miraba y veía lo que ella intentaba ocultar: su deseo. Su amor.

No, amor no. No completamente. Todavía no.

Ojos que no ven, corazón que no siente.

Abrió el cubo de basura, arrojó las fotos en su interior y volvió a cerrarlo. Luego se volvió y entró en la casa.

Pasó unas horas dando vueltas en la cama, intentando dormir. Justo cuando empezaba a relajarse, lo vio de pie en el arroyo, comiendo el melocotón de un modo que hacía que le temblaran las piernas. Lo sintió también. Sintió sus manos en los pechos, rozando su piel, acariciándole el pubis hasta que ella estaba a punto de llegar al orgasmo y...

Apartó la sábana, corrió al exterior y retiró las fotos del cubo de basura.

—Eso no prueba nada excepto que odio tirar un buen trabajo —las fotos eran buenas. Hablaban de pasión y necesidad, y aunque no estaba dispuesta a incluirlas en su portafolio tampoco quería tirarlas.

Las guardó en una caja que metió debajo de la cama. Allí estarían

seguras.

Pero a ella no le ocurría lo mismo. La noche se extendía ante ella, la cama le parecía enorme y vacía, y Tack la esperaba en sus sueños para embaucarla e intentar hacerle perder el control.

Lo ocurrido esa noche demostraba que tenía razón. Tenía que mantener las distancias hasta que se marchara. Era preciso que se abstuviera de tocarlo y besarlo hasta entonces.

—¿Señorita Annie?

La joven, que estaba pintando la verja de la casa, se volvió y se encontró con Wayne Mitchell, el dependiente de la ferretería.

—¿Me olvidé algo? —Annie miró los cubos de pintura, las brochas y los rodillos.

—No, lo recogió todo ayer. Tengo un aparato de aire acondicionado que el señor Heaven me ha pedido que traiga aquí hasta que llegue la pieza que falta del suyo.

—Yo no he pedido otro aparato.

Wayne se encogió de hombros.

—Solo sé que el señor Heaven recibió una llamada del señor Brandon, y aquí estoy —señaló su furgoneta—. Se lo instalaré.

—Olvidelo. Esperaré la pieza.

—Pero...

—Lléveselo.

—El señor Heaven se enfadará porque el señor Brandon tiene fama de irritarse si no se cumplen sus órdenes.

—Yo me ocuparé del señor Brandon —repuso ella, entre dientes.

Más tarde, tras haber convencido a Wally de que la llevara en su coche, encontró a Tack en el corral del rancho.

—No necesito que vayas por ahí alquilándome aparatos de aire acondicionado.

El hombre terminó de ensillar el caballo y la miró.

—Solo quería asegurarme de que nada pudiera afectar tu opinión de lo que ocurre entre nosotros.

—No ocurre nada entre nosotros.

—¿Han instalado el aparato?

—Lo he devuelto. Si quiero otro aparato, lo alquilaré yo. No

necesito que nadie lo pague por mí.

Así había sido como Coop había intentado comprar a su madre. Dándole cosas hasta convencerla de que se quedara, hasta que lo necesitó tanto que renunció a sus sueños de Austin para poder ser su amante allí.

La joven le golpeó el pecho con un sobre.

—Aquí está el dinero que le diste al señor Heaven.

Se volvió para marcharse, pero él le sujetó la muñeca para detenerla.

—No estaba pagando por ti, ni pretendía insultarte. Solo quería igualar el juego.

—No es necesario, porque no estamos jugando. Lo de anoche fue un empate. Fin de la temporada —se alejó.

—Tengo noticias para ti, querida —gritó él a sus espaldas—. Habrá una prórroga.

Capítulo diez

El sábado por la tarde, Tack apareció en casa de Annie. Recién duchado y afeitado, estaba muy guapo con una camiseta blanca y vaqueros. Cuando le tendió una margarita solitaria, a ella se le encogió el corazón.

—He pensado que quizá querías compañía. La mía.

La mujer aceptó la flor y fingió indiferencia.

—¿Y qué te ha hecho pensar algo así?

—No hace falta que tengas miedo, Annie.

—¿De ti?

—De nosotros.

—No hay ningún nosotros. Tengo que irme —le costó mucho esfuerzo cerrarle la puerta en las narices, pero consiguió hacerlo.

Esperó oír el ruido de sus pasos y el motor de la Harley. Pero solo oyó el bam, bam de su propio corazón.

Tack no pensaba irse. Se acercó a la ventana justo a tiempo de verlo levantar una lata de pintura y una brocha y desaparecer por un costado de la casa. Corrió al dormitorio de atrás, se asomó por la ventana y lo vio seguir con la verja que había empezado ella esa mañana.

Como si no tuviera nada mejor que hacer que ayudarla. Como si le gustara hacerlo. Pero no era así. Todo era un complot para llevarla a la cama.

Se prometió ignorarlo y concentrarse en barnizar los muebles de la cocina, pero no era fácil. Oyó el agua de la manguera cuando él dejó de trabajar después de la puesta de sol. Y oyó entonces también el ruido de la Harley llevándose y dejándola para pasar una noche de

insomnio llena de sueños eróticos de un hombre medio desnudo que sonreía, comía melocotones y le hacía sentirse tímida y desvergonzada a un tiempo.

Al día siguiente se dijo que ése era su plan. Eso y lograr que se sintiera culpable porque él estuviera fuera trabajando un domingo por la tarde, mientras ella se sentaba dentro con un vaso de limonada fresca.

Desde el sofá en el que se hallaba sentada, podía verlo a través de la ventana que daba al porche. Había terminado con la verja y empezado a pintar la barandilla de madera del porche.

Llevaba solo unos vaqueros raídos y botas negras de motorista. Su torso desnudo brillaba de sudor. Annie se acercó a la ventana y bajó la persiana. Mejor así. Podía disfrutar de la limonada sin distracciones.

Huesos ladró y Annie se asomó entre las junturas y vio al perro jadear bajo un árbol cercano. Volvió a mirar a Tack. Una gota de sudor cayó de su sien, bajó rodando por la mejilla y aterrizó en su pecho.

Segundos después, la joven salía de la casa con un vaso de limonada y un tazón de agua fresca para *Huesos*. Tomó una brocha.

—¿Qué haces?

—Pintar. Si crees que voy a dejarte toda la diversión a ti mientras yo me aso en esa casa que es un horno, estás muy equivocado.

Tack sonrió.

—Sabía que no podrías resistir mi encanto.

Pero no era su encanto lo que le preocupaba a ella no poder resistir. Sino todo el resto de él.

—Wally tenía una cita con el dentista, así que le he dicho que vendría yo a buscarte —Deb salió de su deportivo rojo justo cuando Annie salía también al porche después de regar sus rosas.

—Gracias. Mi coche estará arreglado esta tarde.

Deb miró a su alrededor y lanzó un silbido.

—Guau. Esto está cambiando. Creí que este fin de semana pensabas trabajar en el interior.

—No fue ella —dijo una voz grave desde la casa de al lado—. Fue

ese hombre, el hijo de Coop Brandon. Ha pasado todo el fin de semana aquí, paseándose medio desnudo.

—¿Medio desnudo? —sonrió Deb—. Eso suena interesante.

—Fue terrible —dijo la mujer—. Si los jóvenes queréis jugar juegos sexuales, deberíais hacerlo en la intimidad de vuestras casas.

—Buenos días a usted también, señora Pope —la saludó Annie animosa—. ¿Ha jugado al bingo este fin de semana?

La mujer frunció el ceño.

—Juegos sexuales —la sonrisa de Deb se hizo más amplia—. ¡Y yo que pensaba que era la única que se desmelenaba los fines de semana!

—No hubo ningún juego sexual —le informó Annie—. Solo estuvimos pintando y bebiendo limonada.

—Fue una desvergüenza —intervino la señora Pope.

Deb señaló la casa de al lado.

—Creía que llevaba aparato en los oídos.

—Yo nunca he llevado nada semejante, señorita —gruñó la señora Pope—. Mi oído está perfectamente, como el resto de mí. Mi hija Claire quiere que vaya a una residencia, pero puede meterse la residencia donde le quepa.

—Seguro que la residencia tiene bingo semanal —gritó Annie; tiró del brazo de Deb y la metió en la casa—. Te juro que esa mujer tiene un oído biónico y una vista a juego.

—Por lo menos solo tienes que preocuparte de un vecino —Deb se sentó en el sofá—. Bueno, dime, ¿qué ha pasado?

—Nada.

—Ha estado aquí.

—Sí.

—Y ha hecho todo ese trabajo de fuera.

—Sí.

—Y los dos ibais por ahí medio desnudos.

—Tack fue el único que se quitó la camisa, yo no.

—O sea, que solo vino a reparar la casa —Annie asintió—. O es estúpido o te desea mucho. Yo voy por lo segundo. Pero sea lo que sea, deberías darle las gracias.

—Se las di. Le di las gracias, limonada y hasta pinté un poco yo también. ¿Podemos irnos ya?

Deb asintió y cinco minutos después bajaban por la calle principal.

—No comprendo por qué te empeñas tanto en resistirte —dijo Deb, mientras aparcaba el vehículo.

—Estás muy cerca de ese Bronco negro.

—¿Negro? —Deb movió la cabeza y sonrió—. Oye, ¿es el Bronco de Jimmy Mission?

—Eso creo.

—Vaya. Debí imaginarlo. Con un ego como el suyo, no me sorprende que necesite dos espacios de aparcamiento... ups —su coche chocó con el parabrisas del Bronco—. Espero no haber arañado nada.

—El otro parece muy duro.

—Me refería a mi coche —maniobró unos centímetros hacia adelante—. En cuanto a Tack y a ti...

—Creía que habíamos cerrado el tema.

—Tú. Yo acabo de empezar. Mira, Annie. Es guapo, famoso... y es evidente que te desea. Sin mencionar que la mayoría de los hombres no pasarían dos segundos en un trabajo del que no esperaran sacar algo. Si tú le has dejado claro que no hay esperanza para lo vuestro y aun así ha hecho eso, creo que es una persona maravillosa. Ese vaquero es todo un hallazgo.

—Un hallazgo temporal.

—Y tú has dicho mil veces que te gustaba lo temporal. «No puedo acostarme con ese hombre, Deb. Esta ciudad es muy pequeña y no quiero ir en serio con nadie, y si me acuesto con ellos pueden llevarse una impresión equivocada, ¿y qué voy a decir cuando tenga que verlos luego?». Vale, todo eso tenía sentido. Pero a Tack no tendrás que verlo luego; solo hasta que se marche. Y no se hará ideas equivocadas si tú se lo dices claro. Él se marcha. Tú te marchas. Es algo temporal. Perfecto.

Annie pensó que su amiga tenía razón.

Pero el sexo no era solo sexo con Tack. No le gustaba cómo se sentía a su lado; le gustaba todo lo de él. Desde el timbre de su voz

hasta sus sonrisas o su modo de acariciar a *Huesos* y jugar con los mellizos o la luz de sus ojos cuando veía un amanecer de Texas como si fuera el primero que veía en su vida.

No podía haber nada temporal entre ellos porque Annie sentía algo más que lujuria. Se estaba enamorando de él otra vez. Solo sería cuestión de tiempo el que olvidara su futuro más allá de Inspiration. Más allá de Tack.

Y eso no podía hacerlo. Jamás.

Tack subió a la moto y un rugido rompió el silencio de la mañana. Apagó el motor y volvió el silencio, perturbado solo por el murmullo distante del agua del arroyo, el pjar de los pájaros, el zumbido de los insectos.

Miró el prado vacío, envuelto en una serenidad única. La paz que él había cambiado por el ruido de motores y neumáticos y los gritos de los espectadores. Sintió una amargura en su interior. Años de trabajo duro, de luchar hasta el límite, de entrenar hasta que le gritaban los músculos, ¿y qué tenía que enseñar a cambio?

Trofeos. Una pared llena de ellos. Tantos que todavía quedaban docenas guardados en cajas que no había tenido ni tiempo ni ganas de abrir cuando se mudó a su casa de Encino.

Dinero. Una cuenta bancaria importante que casi nunca tocaba para otra cosa que para los gastos de vivir.

Una reputación. Era el mejor y estaba en su mejor forma. El rey de la montaña. ¿Pero por cuánto tiempo? ¿Otra carrera? ¿Otra temporada?

Los trofeos perderían el brillo, el dinero se gastaría. Y la reputación desaparecería el día que hiciera un mal giro o tardara más de lo debido en salir.

Pero eso... Hierba verde que se extendía interminablemente, dando paso a colinas marrones que se elevaban a besar un cielo azul cristalino. Eso existiría siempre. Al día siguiente. A la semana siguiente. Al año siguiente. La tierra seguiría todavía allí, aún verde y fértil... todavía el hogar.

Apartó aquella idea y puso en marcha el motor una vez más. Lanzó la máquina hacia adelante, concentrándose en el próximo giro, el

próximo salto, huyendo de la paz y tranquilidad, de los recuerdos, del presente... porque Tack llevaba tanto tiempo haciendo eso que no sabía si podía parar. Por mucho que de repente deseara hacerlo.

* * *

Annie pasó el resto de la semana probando su coche, enviando currículos a más periódicos, haciendo fotos del cañón Eco y otra propiedad que le encargó Gary y tratando de resistirse a Tack.

No porque éste hiciera nada para mostrarse irresistible. Fiel a su palabra, no había vuelto a tocarla. Simplemente aparecía en su casa todas las tardes, recién duchado y listo para ayudarla. Charlaban un poco, de personas que conocían, de las carreras de Tack y las aspiraciones periodísticas de Annie... manteniendo siempre la tregua y respetando el tema tabú del padre de él. Pero sobre todo trabajaban en un silencio confortable.

Annie se sorprendió anhelando el sonido profundo de su respiración, de sus pasos, la sensación de su cuerpo cercano. Su presencia no provocaba una sensación sensual, sino de seguridad. No podía evitar recordar el pasado, a ellos dos sentados al lado del lago, mirando las estrellas, o en la biblioteca, haciendo los deberes. Sin hablar, solo juntos. Amigos.

El viernes por la noche, sin embargo, cuando terminó de instalar la nueva puerta de cristal que había encargado, se dijo que no podían ser solo amigos. Tack quería algo más. Y ella sentía algo más. Deseaba más...

—Compañeros de reparaciones —gruñó—. Y nada más.

—¿Has dicho algo? —el hombre estaba de pie en una escalera, arreglando el alero del porche.

Annie levantó la cabeza y comprendió que había hablado en voz alta.

—Te he preguntado cómo va esa reparación, compañero.

—Yo casi he terminado. ¿Y tú?

—Unos tornillos más y estará lista —centró su atención en su

tarea.

Tack cambió el peso de pierna y una extraña sensación de paz la inundó. Él estaba cerca. Allí.

Combatió esa sensación, echó el destornillador en la caja de herramientas y comentó lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Todavía no me has dicho si te gustaron mis fotos del rancho.

—Estaban muy bien —Tack bajó de la escalera y se sentó en los escalones del porche—. Tienes buena vista para el paisaje.

—La naturaleza ofrece mucho a la cámara —se encogió de hombros ella—. Pero la verdadera prueba será ver si atraen o no un comprador.

—Eso ya no es necesario. Jimmy me hizo una oferta hace unos días.

—¿Ya? —se atareó guardando la caja de herramientas—. Parece que todo avanza muy deprisa —lo que significaba que él se marcharía pronto—. Eso está bien.

—¿Tú crees que debería vendérselo?

—Si no te gusta el rancho, vender es lo que más sentido tiene, y Jimmy es tu vecino.

—¿Y si me gusta?

Annie se incorporó y contuvo el aliento.

—¿Te gusta?

—Tal vez —Tack movió la cabeza—. Diablos, no lo sé. No es tan malo como lo recuerdo, pero es mucho trabajo duro.

—Eso es lo que decía siempre Coop, pero él lo amaba. Era un vaquero de los pies a la cabeza.

—Y yo no lo soy —musitó él con rabia.

—O quizá es que te esfuerzas mucho por no serlo.

¿Qué diablos estaba haciendo? Tenía que dejarle vender y que se fuera lo antes posible. Pero en ese momento sentía más el miedo de Tack que el suyo, y tenía que ser sincera.

—Sé que no te gusta hablar de Coop —se sentó en los escalones e hizo una señal a *Huesos*, quien se acomodó en el espacio que los separaba—. Pero tú guardas mucho rencor en tu interior y evitar el tema no te está ayudando. Afronta el pasado, Tack. Admite que sigues furioso con Coop y que vender el rancho es un modo de

vengarte de él. De reír el último.

—Me importa un bledo la venganza.

—Deseas tanto vengarte que casi puedes saborearla. Pero hay otra parte de ti que sigue esperando —continuó—. Igual que en aquel partido. Furioso porque Coop se lo había perdido, pero todavía esperando. Todavía esperando aunque ya había terminado y se habían vaciado las gradas. Por eso empezamos juntos, Tack. Porque tú seguías esperando cuando deberías haber estado celebrando la victoria con todos los demás.

—Deja eso, Annie.

Al oír su voz, comprendió que ella no le diría eso a un conocido o un simple amigo. No, no le habría importado lo suficiente.

Pero con él sí. Eso incrementó su determinación.

—El otro día me dijiste que tu padre estaba demasiado ocupado para tu madre y para ti. No es cierto, Tack. Solo estaba asustado.

—No quiero hablar de esto.

—Puede que no, pero lo necesitas, porque no tienes ni idea de lo que hacer con el rancho. Sabes lo que dice tu cabeza, pero no es lo mismo que oyes aquí —se tocó el pecho—. Estás dividido. Admítelo. Solo admítelo.

Tack se encogió de hombros.

—Diablos, Annie; todo es muy diferente. Todo, pero sobre todo tú —le lanzó una mirada herida—. En otro tiempo estabas de mi parte.

Annie sintió un nudo en la garganta.

—No hay partes, Tack. Las cosas no son tan diferentes, es solo que antes no las entendíamos. Yo no comprendía a mi madre y tú no comprendías a tu padre. Pero yo me quedé y aprendí a conocerla, y tú te marchaste. Yo no estaba de acuerdo con todo lo que hacía mi madre, pero al final entendí que no importaba. Ella me crió y me quiso incluso cuando yo me avergonzaba de ella y de mí misma. Y yo la quise por eso. La quería y la querré siempre.

Tack la observó largo rato; luego bajó la vista hasta sus botas.

—¿De qué crees tú que tenía miedo mi padre?

—De equivocarse. Entendía de ranchos, pero no sabía nada de criar niños ni ser marido. No había tenido familia, ni padres ni hermanos.

Solo las vacas. Sabía qué hacer con un rebaño, pero nada más.

—¿Y se supone que tengo que sentir lástima por él? —Tack movió la cabeza—. ¿Cómo voy a hacerlo si él tuvo la culpa de que muriera mi madre? Conducía ella por su culpa. Odiaba conducir. Apenas sabía. Si se puso aquella noche detrás del volante fue porque me lo había prometido. Lo habían prometido los dos. Mi padre y ella tenían que acudir de carabinas al baile de graduación, pero él no fue a casa como se esperaba. Rompió su promesa, como hacía siempre, y mi madre tuvo que conducir ella —se levantó y le dio la espalda—. Yo creía que Coop estaba con ella aquella noche. Estaba tan ocupado mirándote a ti con aquel horrible vestido azul que ni siquiera me fijé en que estaba sola.

Cerró los ojos, recordando las luces de colores, la música, Annie en sus brazos y a su madre cerca de la mesa de los refrescos con una sonrisa artificial en el rostro. Nunca había mostrado sus emociones, pero esa noche él había captado algo. Dolor de corazón no, porque nunca había habido amor entre sus padres. Ella estaba enfadada, avergonzada de que su marido se hallara con su amante. Otra vez.

—Debería haber estado allí. Tenía que haber conducido él —se le rompió la voz—. O yo.

—No fue culpa tuya, Tack.

La mano de ella rozó su hombro.

—No te hagas esto a ti mismo. Tú no lo sabías. Tienes razón en lo de tu padre. Debería haber estado allí, pero no estuvo. Cometió un error. Cometió muchos errores, algunos a propósito y otros no, pero a ti te quería.

Una parte de él quería creerlo, pero apagó aquella voz.

—Tú no lo conocías.

—Creo que eres tú el que no lo conocía —repuso ella—. Los dos os parecís mucho. A él tampoco le gustaba hablar del pasado. Pero una noche, justo después de la muerte de mi madre, me dijo cómo sentía haber fallado a tanta gente. Hizo muchas cosas egoístas, pero había una que lamentaba más que ninguna otra. Una que habría cambiado sin dudar de haber tenido ocasión.

—¿Cuál?

—Ir a verte en aquel partido.

Tack sintió una opresión en el pecho. Pero llevaba demasiado tiempo odiando para abandonar tan deprisa esa emoción, aunque lo estuviera comiendo vivo.

—El arrepentimiento no significa nada. La vida no da segundas oportunidades.

—¿Tú crees? Tú estás aquí. En tu casa. A mí me parece una segunda oportunidad.

—Mi padre está muerto.

—Pero tú no lo estás. Tú eres el que tiene una segunda oportunidad. Una oportunidad de hacer las paces con el pasado, con la memoria de tu padre.

—¿Por qué no lo dejas, Annie? En aquella época lo odiabas tanto como yo y jamás habrías cantado sus alabanzas. A decir verdad, apenas hablabas.

—Yo también era una adolescente ingenua. Ahora ya no me muerdo la lengua. Si tengo que decir algo, lo digo.

—¿Y al diablo con las consecuencias?

—Si vale la pena, sí.

—¿Y qué es lo que vale la pena aquí?

—Tú —susurró ella—. Tu paz mental, tus recuerdos. Tú —entró en la casa y lo dejó solo en el exterior.

Tack rozó con el dedo una de las cintas de vídeo de la biblioteca de su padre y se dijo que no importaba. ¿Y qué si tenía cintas sobre él? ¿Y qué si se había arrepentido de no haber acudido a aquel partido? ¿Y qué?

Nada de eso importaba. Todo era cosa del pasado. Estaba olvidado, aunque no estuviera perdonado.

Al menos eso fue lo que él se dijo una y otra vez mientras revisaba una cinta tras otra, con una botella del whisky favorito de su padre en la mano. Estaba sentado en el sillón de Coop, con el sombrero que le había dado Eli colocado ante él en la mesa, al lado de los contratos de Kawasaki.

Solo una firma. No tenía que hacer nada más. Pero siempre que levantaba la pluma, terminaba la cinta y tenía que meter otra en el

vídeo o servirse otra copa o ajustar el volumen de la tele o pasar los dedos por el maldito Resistol o... algo. Siempre había algo.

Miró aquellas imágenes de sí mismo e hizo lo posible por ahogar el dolor sordo que palpitaba en su pecho. Pero éste seguía allí cuando se acabaron las cintas y el whisky y no quedó nada que llenara el silencio excepto su propia respiración. Y la voz.

«No hay nada más importante que esta tierra. Nada».

Ni culpabilidad. Ni remordimientos. Ni odio. Ni diez años de miles de kilómetros. Ni la vida ni la muerte.

Tack se volvió hacia el retrato de su padre, miró sus ojos azules intensos, tan parecidos a los que veía cada mañana en el espejo.

—Te equivocas —gruñó; pero no sentía la amargura habitual en su interior. Solo un vacío extraño.

Dolor.

—Estabas equivocado —sus palabras, más suaves, iban dirigidas a su padre y también a la parte testaruda de sí mismo que lo había mantenido odiando durante tanto tiempo—. Pero ahora ya no importa.

Se estiró en el sofá, se cubrió la cara con el Resistol de paja y entró en un sueño profundo por primera vez en un montón de días.

Tack Brandon había encontrado al fin la paz.

Capítulo once

—Tengo noticias buenas y noticias ridículas —dijo Deb cuando llegó Annie a la redacción el lunes por la mañana—. ¿Cuáles quieres primero?

—Dame las ridículas.

Deb tomó un trago de café de su taza.

—Trabajas para una mujer buscada. Jimmy Mission me denunció por huir de la escena de un accidente y causar daños a su precioso Bronco. Un símbolo fálico como ningún otro.

—Por huir de... ¿no le dejaste una nota por lo menos?

—Una en la que le decía que no usara dos plazas de aparcamiento y que debería conducir algo más pequeño, más acorde con el tamaño de su cerebro y su...

—¡No te creo!

Deb se mordió el labio inferior.

—¿Crees que fui demasiado lejos?

—¿Tú no?

—Vale, puede que un poco, pero deberías haber visto su cara cuando leyó la nota. Yo lo estaba observando desde la ventana. Y valió la pena.

—¿Como para ir a la cárcel?

—No pienso ir a la cárcel. Por lo menos hoy. Solo al juzgado. El juez pondrá una fianza, la pagaré y el lunes iremos a juicio. Ahora las buenas noticias —dejó su taza sobre la mesa y tomó las manos de su amiga—. Wally, solo de batería, por favor —miró a Annie—. Me han llamado hace un rato del *Houston Chronicle*. Querían referencias. Están considerando contratarte como fotógrafa, Annie —sonrió—.

No es cosa hecha, pero no le falta mucho.

Annie intentó asimilar la maravillosa noticia.

—¿A mí? —abrazó a su amiga con fuerza—. ¿A mí?

—Así es. Antes he enviado a Wally a comprar esto —le tendió una botella de champán con un lazo rosa alrededor del cuello—. Lo celebraremos en cuanto vuelva.

Pero por la tarde, Deb seguía en el juzgado, discutiendo con el juez Baines sobre la fianza y las dos multas que le había impuesto por decirle a Jimmy Mission lo que pensaba de aquello, y Wally se había ido a una clase nocturna en la universidad.

Annie tomó el champán, su bolso y la cámara y se fue a su casa. Aparcó delante de la vivienda, apagó el motor y se quedó allí. Miró la casa sin vida, temerosa, por primera vez en su vida, de entrar en ella. Ni siquiera los cachorros estaban allí. Deb se los había pedido prestados para asustar a los gatos del barrio que atacaban su jardín.

Estaba sola.

Cuando Tack llegó y aparcó a su lado, seguía allí sentada, con la vista fija al frente.

Él llevaba una camisa y pantalones vaqueros y botas negras. Una barba de un día cubría su mandíbula. Sus ojos azules la miraron con intensidad antes de saltar de la moto al suelo.

—¿Acabas de llegar?

—No, llevo aquí un rato —confesó ella.

—¿Te importa decirme por qué no has entrado?

—No mucho —sonrió—. Uno de los periódicos a los que envié mi currículum se ha interesado por mí.

—Eso es genial, Annie.

—Iba a celebrarlo con Deb, pero está ocupada. Tengo que hacer un trabajo para Gary, así que he pensado que podía acercarme al Cañón Eco, sacar unas fotos del río con la puesta del sol y celebrarlo por mi cuenta. ¿Quieres venir?

Lo dijo sin pensar. Lo cierto era que estaba contenta y deseaba compartir con alguien esa alegría. No, no solo con alguien. Con él.

Tack sonrió, se guardó las llaves de la Harley en el bolsillo y subió al asiento del acompañante de la furgoneta.

—Creí que no me lo pedirías nunca.

Cuando llegaron al río, Annie pasó media hora sacando fotos y describiendo a Tack paso a paso lo que hacía.

El hombre se interesó mucho por sus descripciones e incluso hizo algunas fotos del río, de la puesta de sol y de ella.

—Ha sido genial —dijo la joven, cuando se sentaron al fin en la parte de atrás de la furgoneta. Los rodeaba la luz del atardecer y de la radio de la cabina salía una melodía lenta *country*.

Tack tomó el champán y lo descorchó.

—Ahora vamos a brindar.

El champán saltó, mojando la camisa y la falda de la joven. Annie se echó a reír y acercó la boca a la botella para tragar las burbujas espumosas. Dio un sorbo largo y le pasó la botella a él.

Tack bebió sin dejar de mirarla.

Annie se secó la humedad de la barbilla, pero él tendió un brazo y le apartó la mano.

—Déjame a mí —la miró a los ojos mientras esperaba su permiso y algo se removió en el interior de ella.

Asintió con la cabeza, esperando que él le limpiara la barbilla con los dedos.

Pero Tack bajó la cabeza y sacó la lengua. No la besó, solo le lamió la piel y le mordisqueó la comisura de los labios, provocando un deseo tan intenso que ella sintió ganas de llorar.

—Sabes muy bien, Annie; muy bien.

—Es el champán.

Tack se apartó y la miró a los ojos.

—Eres tú —se puso en pie y le tendió los brazos—. Vamos a bailar.

—¿Aquí?

—Aquí —la ayudó a incorporarse y tiró de ella hasta que estuvieron en mitad de la furgoneta—. Justo aquí —le pasó un brazo en torno a la cintura—. Por los viejos tiempos.

Fue como repetir de nuevo su primer baile juntos. Moviéndose al unísono sobre el suelo de una camioneta, con la música saliendo de la cabina. La luz de la luna se filtraba por los árboles. Sombras celestiales bailaban a su alrededor, moviéndose con la brisa, dando

un tono de ensueño a la tarde.

Un sueño. Eso era lo que parecía. Como si se viera atrapada en uno de sus sueños, reviviendo esas horas preciosas después de aquel partido, cuando lo besó por primera vez.

Rodeó el cuello de él con los brazos y se apretó más contra su cuerpo. El corazón del hombre latía contra sus pechos. Su aliento cálido le provocaba escalofríos en el cuello y los lóbulos de las orejas. Sus manos rozaban la base de la columna de ella, con los pulgares trazando círculos perezosos encima de sus nalgas.

Un sueño. Un sueño dulce y embriagador.

—Te deseo, Annie. Nunca he sentido esto por ninguna otra mujer —las palabras, roncadas e intensas, la devolvieron a la realidad.

A Tack y al hecho de que ya no era el jovencito que la volvía loca. Era un hombre adulto y ella estaba muy cerca de ceder a él.

Se apartó. Se volvió de espaldas y miró el juego de los rayos de luna en el agua, mientras intentaba pensar. Pero no podía. La presencia de él a sus espaldas calentaba su sangre, robándole el aire de los pulmones.

—No te escondas de mí, Annie.

—No me escondo.

—Entonces mírame... y verás cómo te deseo.

La mujer negó con la cabeza.

—Entonces escúchame —dijo él, echando su aliento en la oreja de ella. Respiró hondo—. Tú eres en lo único que pienso, Annie. Cierro los ojos y estás allí. Los abro y estás allí. Antes soñaba contigo, pero ahora es algo más.

—No...

—No voy a romper mi promesa de no tocarte, pero no te ocultaré lo que siento. Tú eres mi fantasía, Annie —prosiguió—. El único problema es que eres real. Muy real. Y tengo que recurrir a todo mi autocontrol para no arrancarte la ropa y verte desnuda a la luz de la luna —sus palabras eróticas asediaban los sentidos de ella, haciendo crecer el deseo en su interior—. Tu blusa sería lo primero que quitaría. Y luego tu sujetador —su voz se hizo aún más profunda, ronca y excitante—. Tienes unos pechos increíbles. Suaves y llenos,

con pezones de color vino que se crecen cuando los miro —empezaba a llegar con su voz donde no podía llegar con las manos—. ¿Han crecido ahora, tesoro? ¿Están duros y sensibles?

Annie apenas pudo asentir con la cabeza.

—Tócalos para estar segura.

No supo por qué le hizo caso. Tal vez fuera la luz de la luna, la música suave, las palabras eróticas de él o la desesperación que cubría la pasión de su voz. Daba igual. Aunque no quería cruzar la raya con él, no parecía que hubiera nada malo en inclinarse un poco hacia ella. Solo un poco.

La yema de su dedo encontró la punta del pecho. Dio un respingo.

—¡Tan hermoso! —murmuró él, sus labios cerca del cuello de ella—. Toca el otro, Annie. A ver si está igual de duro. De necesitado.

La joven lo hizo. Sus dedos rodearon la cresta madura hasta que tuvo que esforzarse por llevar aire a sus pulmones.

—¿Sabes lo que haría a continuación?

Annie sabía lo que quería que hiciera, y pareció que él le había leído el pensamiento, conocía su deseo tan bien como ella.

—Pasaría mis dedos por tu vientre, lenta y suavemente.

La mano de ella siguió sus instrucciones, con las yemas de los dedos deslizándose... explorando.

—Así, preciosa. Justo así.

Contuvo el aliento al llegar al punto entre sus piernas... su mano parecía quemar a través del tejido delgado de la falda y las braguitas.

—¿Te gusta lo que te hago, cariño? —la pregunta resonó en su cabeza, íntima y profunda, con un fondo de satisfacción que era pura posesión masculina.

La mujer asintió.

—Entonces déjame a mí —su voz era un susurro doloroso—. Déjame a mí, Annie. Admite que sientes algo por mí que no sientes por ningún otro hombre.

La joven estaba cerca de decir esas palabras. Muy cerca.

—Es tarde —su voz temblorosa rompió el hechizo—. Tengo que volver a casa.

Tack no dijo una palabra. Saltó al suelo y le tendió una mano para

ayudarla a bajar.

Annie no quería tocarlo. Su control era débil y sabía que un movimiento sensual del cuerpo de él podía hacer que lo perdiera por completo.

Pero no tenía motivos para preocuparse. Tack colocó las manos en la cintura de ella, la bajó al suelo y la soltó en el acto.

Volvieron a la casa en silencio, con el único sonido del viento silbando por la ventanilla abierta. Pero el viento hizo poco por enfriar el calor que sentía todavía en su interior. El sudor cubría la frente de Annie y bajaba por sus sienes. La camioneta saltaba en los baches y sus pezones sensibles rozaban el sujetador, igual que su trasero rozaba el asiento. El viaje fue corto, pero bastó para alterar todas sus hormonas.

—Deja las llaves debajo del asiento —prácticamente saltó de la camioneta antes de que se detuviera por completo delante de la casa. Un segundo antes de cerrar la puerta, oyó la voz de él.

—¿No estás cansada de luchar, Annie?

Sus palabras la siguieron hasta la puerta trasera de la casa. Cerró la mano en torno al picaporte y se detuvo.

¿Qué diablos estaba haciendo?

Volvió a la realidad. Deb debía haber devuelto los mellizos, ya que éstos ladraban como locos al otro lado de la puerta del porche, mientras la camioneta la iluminaba con los faros, ya que Tack seguramente estaba esperando a verla segura dentro de la casa.

Tack la deseaba y ella también a él. Deseo.

Y no tenía por qué ir más allá si ella no lo permitía, si se distanciaba emocionalmente de la lujuria física y mantenía sus emociones controladas.

Temporalmente.

Sería poco tiempo. Podía proteger su corazón durante unos días y además pasarlo bien. ¿No?

Claro que sí. Podía y lo haría.

Deseaba desesperadamente otro recuerdo que añadir a su lista, otro sueño dulce que la consolara en su futuro solitario, porque sabía que nunca encontraría otro hombre como Tack.

Sus dedos abandonaron el picaporte y se volvió. El lateral izquierdo de la casa la protegía de la vista de la señora Pope, mientras a su derecha se extendía un campo abierto y detrás se hallaba el garaje. Había intimidad suficiente para lo que tenía en mente.

Los faros aumentaron de intensidad, cegándola, pero no le importó. Tack podía verla y eso era lo único que importaba.

Dejó su bolso en la puerta, bajó los escalones y se situó bajo la ducha de luz de los faros.

Sí, estaba cansada de luchar. Cansada de perder. Por una vez quería saborear la victoria, por breve que fuera.

Respiró hondo, hizo acopio de valor y desabrochó el primer botón de la blusa. La prenda no tardó en salir por sus brazos. Unos dedos temblorosos rozaron el broche del sujetador, liberando sus pechos apretados. La prenda de encaje aterrizó a sus pies. El tejido sedoso de la falda siguió el mismo camino, y Annie quedó cubierta solo con las braguitas y una capa de sudor. Metió los pulgares por la cinturilla, tiró de la prenda, y quedó libre.

Su primer instinto fue taparse, pero lo combatió, decidida a mostrarle a Tack cuánto lo deseaba.

Tack.

Se centró en la imagen de él, no el chico de años anteriores, sino el hombre que sonreía y se burlaba y la hacía sentirse hermosa, perversa y deseada.

El aire cálido de la noche susurraba sobre sus hombros y pechos desnudos. Sus pezones palpitaban, pero de todos modos se tocó para estar segura.

Y lo hizo solo por él.

Cuando sus dedos rozaron las puntas erectas, contuvo el aliento. Quería cerrar los ojos, pero se forzó a mantenerlos abiertos, a mirar al frente un punto fijo por encima de los rayos de luz donde sabía que se sentaba él. Observando.

Bajó las manos hasta el estómago tembloroso, hasta los rizos húmedos en la base de sus muslos. El aire parecía estar inmóvil a su alrededor. Contuvo el aliento y se tocó. Un dedo se deslizó entre los

pliegues húmedos de las piernas y un gemido desvergonzado estremeció su garganta.

Se apagó el motor y las luces desaparecieron, sumiendo a Annie en una oscuridad cegadora. Se oyó un portazo y unas botas hicieron crujir la grava.

Tack llegó hasta ella y se detuvo, esperando que hablara.

—Tú no eres cualquier hombre —dijo ella—. Te deseo a ti. Te he deseado en los últimos diez años y ahora es más intenso aún porque no eres un fragmento de mis sueños. Eres de carne y hueso y tú también me deseas.

Unos brazos musculosos y fuertes la rodearon y el hombre la besó con pasión.

Annie se aferró a sus hombros. La camisa vaquera rozaba sus pechos sensibles y sus muslos con una fricción deliciosa que la hacía estremecerse y jadear, y apretó los músculos duros de los brazos de él.

Unas manos fuertes bajaron por su espalda, frotaron sus nalgas y abrieron sus piernas. La levantó en vilo y rodeó su cintura con las piernas de ella, sentándola sobre el bulto que sobresalía en sus pantalones.

—Por favor —susurró ella, frotándose contra él.

Tack detuvo sus movimientos y apoyó la frente contra ella.

—Aquí no, Annie. Así no —tendió una mano, abrió la puerta de atrás y se abrió paso por el porche, con *Tex* y *Rex* mordisqueándole los talones. Entró en la cocina, dejando fuera a los dos cachorros excitados.

La subió en brazos hasta el dormitorio, la tumbó en la cama y encendió la lámpara de la mesilla.

—Aquí —dijo, mirándola largo rato a los ojos—. Así.

La besó larga y profundamente, hasta que ella gimió y tiró de sus pantalones hacia abajo.

Tack la detuvo.

—Si me los quito, no podré ir despacio, y quiero ir despacio. La primera vez, tu primera vez yo era un chico ansioso... —respiró hondo—. Y la noche que volví a la ciudad estaba borracho. Esta vez

quiero hacerte sentir. No pienso en otra cosa que en cómo tocarte... en lo que haría si...

—Pues deja de pensar y hazlo.

El hombre sonrió y la besó de nuevo antes de pasarle la lengua por el cuello y los pechos. Se apartó a mirarla.

—Eres tan perfecta, Annie —lamió uno de sus pezones como un gato que saboreara un plato de nata dulce.

La joven introdujo los dedos en su pelo y lo sujetó contra sus pechos y él succionó hasta que ella empezó a mover las caderas bajo él pidiendo más.

La sangre corría veloz por sus venas, su erección se apretaba dolorosa contra los vaqueros, desesperada por buscar alivio, pero él siguió controlándose, decidido a convertir la fuente de su placer en darle placer a ella.

Mordisqueó la piel cálida del vientre de ella hasta los rizos oscuros entre sus piernas. Sus dedos rozaron con reverencia los pliegues femeninos y ella dio un respingo.

—Ah, tesoro, estás tan caliente y húmeda... así es como te deseo.

Sus manos tocaron el interior de los muslos de ella, abriéndole las piernas. Le sujetó las nalgas y la acercó hacia sí. Al primer roce de su lengua, ella dio un brinco. Un grito estrangulado salió de sus labios.

—Shhh —murmuró él, acariciándola con los dedos.

—Es que... nunca me había... no me lo esperaba... —sus palabras terminaron en un sollozo.

—No esperes, Annie. Relájate y siente. Es lo único que tienes que hacer, cariño. Sentir.

La tocó con la boca y ella se sobresaltó, pero sus músculos se relajaron poco a poco. Abrió más las piernas, dándole más acceso a la dulzura en su interior. Tack se alimentó de ella, rozando su carne tierna con la lengua hasta que ella le pasó los dedos por el pecho, arqueó las caderas y se estremeció con la fuerza del orgasmo.

Varios momentos después, Tack se colocó de costado y la miró.

El cabello plateado de ella yacía extendido sobre la almohada, con varios mechones húmedos pegándose a su rostro. Tenía los ojos cerrados, los labios entreabiertos. Nunca había visto a una mujer tan

hermosa, tan sexy, tan... real.

Tack no contaba con la impresión que le causaría el solo hecho de verla. Ni contaba con el modo en que su suspiro suave resonó en la cabeza de él y lo dejó sin aliento. Ni contaba con la fuerte ola de posesión que lo envolvió. El impulso repentino y desesperado de marcarla como suya y tocarla como nunca la hubiera tocado ningún hombre.

Como nunca la tocaría ninguno porque Annie Divine era suya.

Entonces ella abrió sus ojos verdes, tendió las manos y acarició el pene de él a través de los vaqueros. Tack cerró los ojos y disfrutó de la caricia unos instantes antes de apartarle la mano.

—Si no te paras, voy a explotar.

—Esa es la idea.

—Todavía no. Hay algunas cosas más que quiero hacerte.

—En realidad —ronroneó ella—, hay algunas cosas que quiero hacerte yo a ti. Tú no eres el único que ha tenido fantasías.

Le desabrochó los vaqueros, bajó la cremallera y acarició con las yemas de los dedos el pene de él y una perla de líquido surgió de la punta. La joven sonrió, bajó la cabeza y puso en práctica una de sus fantasías favoritas.

Saboreó su esencia, lo amó con la boca mientras él le introducía los dedos en el pelo. Le dio placer hasta que a él le bombeó el corazón con la fuerza de sus jadeos y apretó los puños.

—¡Para! —jadeó.

Y ella obedeció porque, aunque quería darle placer, también quería sentirlo en su interior.

Tack se quitó los pantalones y se instaló entre las piernas de ella, apretándola contra el colchón con su peso. Su erección rozó la carne húmeda de ella, haciéndola estremecerse y gemir y arquearse hacia él.

—¿Sigues tomando la píldora? —preguntó Tack, recordando lo que le había dicho la mañana después de lo del motel.

—Sí. Y no hay probabilidades de que tú te pilles nada. Una vez me preguntaste por mis amantes pasados, pero no ha habido ninguno — lo miró a los ojos—. Tú has sido el único, Tack —no sabía qué la

había impulsado a decírselo, pero quería que él lo supiera. Esa noche se había jurado olvidar sus miedos y dudas y disfrutar de cada momento en sus brazos.

Esa noche.

El hombre se puso muy serio.

—Nunca ha habido otra aparte de ti —dijo—. En mi cabeza y en mi corazón, solo has existido siempre tú, Annie.

La penetró con fuerza, enterrándose en ella con un movimiento lascivo que arrancó un grito de alegría de los pulmones de ella.

—Abrázame con tus piernas, cariño.

Annie obedeció, y el movimiento levantó su cuerpo. Tack se deslizó más profundamente aún y comenzó a moverse hasta que ambos llegaron al clímax.

Annie gritó su nombre y le clavó las uñas en los hombros. Cuando él se echó a un lado sin romper su contacto íntimo y la abrazó contra su pecho, sintió una alegría tan intensa que se asustó.

Combatió la sensación, consolándose con el hecho de que él se iría pronto. No tenía que preocuparse de cometer el mismo error que su madre y sacrificar su futuro por un hombre, porque Tack y ella solo tenían esa noche. El presente. Ese momento.

Capítulo doce

—El calor me está matando —la luz de la luna se filtraba por la ventana del dormitorio junto con la leve brisa que aliviaba un poco el calor sofocante de Annie. Se secó el sudor del rostro y tomó un trago de té helado que había llevado de la cocina.

—Veamos qué puedo hacer para ayudarte —sonrió él.

Le quitó el vaso de las manos y lo acercó a su boca. Tomó un trago largo y capturó un cubito de hielo entre los dientes.

Acercó el hielo a la garganta de ella y Annie arqueó el cuerpo hacia él. La mezcla de los labios calientes rodeando el frescor envió una corriente eléctrica por su cuerpo que le hizo dar un respingo.

Tack fue bajando el hielo por su piel afiebrada. Cuando el cubito rozó el pezón, un sollozo estremeció la garganta de ella. El contacto era caliente y frío, y una sensación de placer mezclado con un dolor delicioso cubría su pezón.

La sensación desapareció y ella abrió los ojos justo a tiempo de verlo volcar el vaso. El contacto del líquido frío en su vientre hizo que se estremeciera.

—Ahora estaré mojada y pegajosa.

—Mmm —murmuró él—. Mojada y pegajosa —bajó los dedos hasta el pubis de ella—. Justo como me gustas.

Introdujo un dedo en su interior al tiempo que lamía el té de su vientre.

Annie dio un respingo. Cuando él volvió a echar más té en su piel, tuvo que hacer un esfuerzo para no gritar de placer.

—No sabía que tenía tanta sed —murmuró Tack.

—Vas estropear las sábanas —dijo ella con voz temblorosa.

—Te compraré todas —la miró—. Pero si no quieres, dilo. Solo si tú quieres.

Jamás sabría lo mucho que significaban sus palabras para ella. Porque probaban que respetaba su independencia, su control.

Sonrió.

—Lo quiero rápido —musitó, acariciándole la mejilla—. Ya lo hemos hecho lento y suave, ahora lo quiero rápido y salvaje.

Lo tumbó de espaldas y se sentó a horcajadas sobre él.

Introdujo el pene de él en su interior e inició un ritmo urgente y desesperado.

—Tú quédate quieto y disfruta del viaje —susurró.

Tack obedeció y se dejó hacer hasta que los dos alcanzaron el clímax y se abrazaron satisfechos y relajados.

Por el momento.

* * *

Cuando Annie se despertó a la mañana siguiente, encontró las sábanas revueltas y la cama vacía. La embargó el pánico, una sensación repentina de vacío que hizo que se le acelerara el corazón, hasta que oyó su voz profunda en el exterior. Saltó de la cama, se puso un pantalón corto y una camiseta y se acercó al porche, donde vio a Tack vestido solo con los vaqueros, y una sonrisa en los labios.

—Andando por ahí medio desnudo —gruñó la señora Pope desde su jardín—. ¿A qué está llegando este barrio?

—Vamos, Earline. Tú me estabas mirando cuando me he inclinado —le guiñó un ojo y la mujer se ruborizó—. Admítelo, querida.

—Eso no es cierto. Soy una buena cristiana temerosa de Dios y tengo cosas mejores que hacer que mirar hombres medio desnudos que se pasean con los pantalones desabrochados y sin una pizca de decencia.

—¿Y tú cómo sabes que estaban desabrochados?

La señora Pope se ruborizó aún más y Annie decidió salir en su ayuda.

—Tack, ven aquí y deja de molestar a mi vecina. Tiene que cuidar sus rosas.

La mujer levantó la cabeza y la miró a los ojos.

—La culpa es tuya. Tú eres la que da mal nombre a este barrio. Dejas las luces encendidas a cualquier hora, permites que esos perros corran por ahí a su antojo y traes a casa a hombres medio desnudos.

Sus palabras reabrieron viejas heridas y le recordaron escenas similares, pero con su madre como objetivo. Aunque Cherry estaba enamorada, nunca se había sentido orgullosa de ser la otra mujer y por eso había dejado hablar a la gente. Solía bajar la cabeza y huir de las peleas porque creía merecer los cotilleos.

Y de tal palo, tal astilla.

Hizo acopio de valor y se acercó a Tack.

—Solo un hombre —le dijo a su vecina—. Este hombre, aunque no creo que sea asunto suyo lo que yo haga o con quién vaya —lo besó en la boca.

—¿Estás bien? —preguntó él, cuando la señora Pope hubo entrado en su casa dando un portazo.

La joven asintió.

—Un poco cansada y muy hambrienta.

Tack le rodeó la cintura con un brazo.

—Te haré el desayuno. Preparo unas tortitas estupendas.

—Yo estaba pensando en otra cosa —musitó ella, con un brillo de malicia en los ojos—. Tengo antojo de melocotones.

* * *

Fue el fin de semana más agotador de la vida de Annie, y el más increíble. Pasó el sábado y el domingo trabajando en las fotos del Cañón Eco con Tack como ayudante. El hombre le llevaba el equipo y le hacía el amor en la hierba, con el sol brillando sobre ellos. O en el río, con la luz de la luna jugando en la superficie y las estrellas reluciendo encima. O en el calor abrasador del dormitorio.

Un fin de semana increíble, inolvidable, y que estaba casi a punto

de terminar.

Por suerte. Porque su necesidad crecía a cada momento que pasaba con él.

Apartó aquellos pensamientos y se concentró en revisar la agenda de esa semana. Solo serían unos días más. Podía aguantar hasta entonces, controlar sus emociones. Sí podía.

—Alguien ha pasado un buen fin de semana —canturreó Deb, acercándose a la mesa de su amiga—. Mis fuentes dicen que Tack y tú habéis sido vistos juntos en distintos sitios. ¿Puedo asumir que sois pareja?

Annie sonrió a su pesar.

—Temporalmente.

Deb levantó los pulgares en un gesto de victoria y se sentó en la mesa. Suspiró.

—Es bueno saber que a alguien le va bien la vida. La mía apesta. Hoy es el juicio. Hablando de lo cual —miró su reloj—, necesito que te quedas aquí un rato.

—Puedo quedarme yo —gruñó Wally.

Deb y Annie intercambiaron una mirada divertida.

—¿Puedes? —preguntó Deb a la joven.

—Desde luego. No tengo nada que hacer hasta después de comer... —se interrumpió al notar una sensación familiar.

Se volvió y vio a Tack de pie en el umbral, con aire cansado y más feliz de lo que lo había visto nunca.

Justamente igual que se sentía ella.

—He venido a ver si estás libre para comer —explicó.

—Me encantaría, pero le he prometido a Deb...

—Está libre —dijo ésta. Dejó un llavero en la mesa de Wally—. Acabas de tener suerte —se volvió hacia Annie—. Wally está al cargo durante las próximas horas. ¡Que no se diga que Deb Strickland se ha interpuesto nunca en el camino de la lujuria verdadera!

Media hora después, Annie estaba de pie en el campo de flores silvestres cerca de la tumba de su madre y miraba un campo de piedra recién colocado.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Es un banco.

—Ya lo sé, ¿pero por qué?

—He pensado que podía apetecerte venir aquí a sentarte a veces.
¿Te gusta?

—Sí —parpadeó para reprimir las lágrimas.

—Nunca conocí mucho a mi madre —prosiguió él—. En cierto modo, se parecía a Coop... callada, reservada, concentrada en el rancho. Por eso creo que la aventura de mi padre no le afectaba tanto como a mí. Se casó con este rancho, no con él.

—Sigo sin entender por qué has hecho esto. Nunca te gusto mi madre.

—Nunca me gustó que le gustara a mi padre. Nunca la conocí lo suficiente para que me gustara o me disgustara. Ni siquiera la saludé nunca.

—¿Qué intentas decir?

—Que quizá debí hacerlo. Quizá debí darle una oportunidad. Darle una oportunidad a mi padre... Diablos, no sé, ya no importa. El pasado es pasado y no puedo cambiarlo. Solo quería que supieras que me alegro por ti. Me alegro de que hicieras las paces con ella.

La joven se sentó en el banco y pasó la mano por la piedra pulida, pero no sentía la piedra, sino a Tack. Su dolor. A pesar de sus esfuerzos, le estaba fallando una vez más.

—Verdad o atrevimiento —dijo al fin—. Elijo verdad. He pasado mi vida tratando de probarle a la gente y a mí misma que no soy como mi madre. Ella era extrovertida, hermosa y coqueta, así que yo quería ser lo contrario. Hasta que llegaste tú y comprendí que me parecía a ella más de lo que pensaba.

—No comprendo.

—Tú me hiciste sentir cosas, Tack. Provocaste una pasión de la que estaba segura que yo no sería capaz. Una pasión por la que mi madre era famosa. Cuando te marchaste, quise odiarte, olvidarte, pero no pude. Como no pudo mi madre odiar ni olvidar a tu padre ni apartarlo de su vida. Eso fue lo que cambió nuestra relación y nos acercó. No su enfermedad, sino el hecho de que las dos queríamos a dos hombres que nunca podríamos tener.

—Yo no quería hacerte daño. Tenía que marcharme.

—Lo sé, y me alegro. Siempre supe que el amor entre dos personas no garantiza un final feliz. Mi madre era una prueba de que el amor es más dolor que placer. Algunas personas no están predestinadas a estar juntas. Mi madre y tu padre eran de éstas. Y tú y yo... también —movi6 la cabeza—. Estuvo bien que te fueras. Comprendí que amar a alguien no era tan importante como quererme a mí misma. Aprendí a buscar mi propio camino y mi felicidad.

—Hoy voy a firmar los papeles de venta.

—Eso es genial.

—Tengo que irme —añadió él, como si quisiera convencerla—. Tengo que... —se le quebró la voz e hizo lo que mejor se le daba.

Dio media vuelta y se alejó.

No se quedaría.

Tack volvió a la casa a reunirse con Gary y seguir adelante con la venta y los contratos de Kawasaki que tanto tiempo llevaba evitando.

No, no se quedaría por mucho que hubiera aprendido a apreciar el rancho o por mucho que le gustara Annie, hablar con ella y estar con ella.

Amor.

¿Qué sabía en realidad del amor?

Había crecido en una casa desprovista de él y aunque su madre lo había querido, nunca se había mostrado cariñosa, y su padre...

Tack no sabía nada sobre el amor.

Solo sabía que le había gustado oír confesar a Annie que lo había amado en otro tiempo y ver la gratitud en sus ojos cuando tocó el banco que había hecho colocar allí lo había llenado de satisfacción. De orgullo, de felicidad.

De amor.

No podía quedarse, era un corredor de motos, no un cowboy. Vivía para la emoción de las carreras.

—¡Lo ha tirado!

El grito interrumpió sus pensamientos y cambio de dirección echando a andar hacia el corral en vez de hacia la casa. Llegó a la valla justo a tiempo de ver a *Fern* levantarse sobre sus patas traseras.

Dos vaqueros intentaban desesperadamente bajarla con sogas mientras un puñado de hombre ayudaban a Eli a salir del corral.

—¿Qué diablos ha pasado? —preguntó al capataz en la puerta del corral.

—He intentado ensillarla. Me ha dado una coz y me ha partido el brazo en dos.

—Subidlo a la camioneta y llevadlo al hospital —ordenó Tack; dos hombres salieron corriendo hacia el garaje y un tercero fue a buscar a Vera.

—Tenía que intentarlo una última vez —dijo Eli—. Se lo debía a Coop. Y creía que la tenía —gimió cuando Tack le examinó el brazo retorcido—. Con lo lista que es, podía darse cuenta de que ceder sería lo mejor para ella. Así no le sirve de nada a nadie.

Aquellas palabras seguían sonando en la mente de Tack cuando Eli salió para el hospital acompañado de dos vaqueros y una preocupada Vera.

«No le sirve de nada a nadie».

Observó a los vaqueros alejarse del corral y vio a *Fern* moverse un poco y luego tranquilizarse. Su postura resultaba tan calmada como las de los caballos del establo cercano, pero era solo una tapadera para ocultar la luz que brillaba en sus ojos.

—Tack, ¿estás listo? —gritó Gary desde el porche de la casa—. Tenemos que ver a Jimmy dentro de media hora.

—Allí estaré.

Su mirada volvió al animal, al brillo de sus ojos, a su salvajismo.

Lo reconoció porque lo veía en sus propios ojos cuando se miraba al espejo. Lo olía en el aroma a cuero, tabaco y miedo cuando se sentaba en el estudio de su padre e intentaba concentrarse en los libros y los recuerdos se lo impedían. Lo sentía en sus huesos cuando alguien, Eli, Annie o incluso el perro se acercaban demasiado y le hacían pensar en algo que iba más allá de correr y ganar.

Mirando al caballo comprendió al fin la verdad. No era el rancho lo que había odiado ni aquel trabajo, sino que se lo impusiera su padre. Como Eli había tratado de imponerle la silla a *Fern*.

Lo cierto era que le gustaba el rancho. Le gustaba sentir un caballo

bajo las piernas, el trabajo físico que le daba agujetas y la sensación de estar haciendo algo que importaba: cuidar los caballos, las vacas, la tierra.

Le gustaba, y no porque fuera su obligación, sino porque sí.

Las cosas eran diferentes ahora. Tenía una opción. Y se quedaría.

—No me lo digas —exclamó Deb, observando a Annie poner el teléfono en su sitio—. Era el *Houston Chronicle* —soltó un grito al ver el gesto de asentimiento de la otra—. Te lo han dado, ¿verdad?

—Sí.

—¿Lo sabía! ¿De fotógrafa?

—Sí. Quieren que empiece el próximo lunes.

—¿El lunes? —gritó Deb—. Pero solo falta una semana.

—Sé que es muy repentino —tenía ocho días para guardar todo lo que tenía y buscar un lugar en Houston—. Puedo llamarlos y pedirles más tiempo.

—No harás nada semejante. Es solo... —miró a su amiga con ojos llorosos—. Te voy a echar mucho de menos.

—Lo sé —Annie la abrazó.

Entró Wally, le contaron la noticia y se unió al abrazo.

Deb al fin se apartó.

—Espero que nadie vea esto. Arruinaría mi imagen.

—Yo lo he visto —la informó Wally—. Y puedo hacerte chantaje.

—¿Serías capaz de chantajear a la mujer que va a ascenderte?

—¿Ascenderme? —el chico abrió mucho los ojos.

—Necesito alguien que me ayude a sustituir a Annie, y aunque tú no estás ni de lejos a su altura, sí eres trabajador.

—¡Yuju! —tomó a Deb por la cintura y le hizo dar unas vueltas en el aire.

La mujer le gritó que la bajara y tiró de su traje rojo.

—Y ahora, ¿qué os parece si nos dejamos de emotividades y nos vamos a BJ's? Tenemos mucho que celebrar. El trabajo de Annie, el nuevo ascenso de Wally y mi nuevo objetivo en la vida.

—¿Y cuál es? —preguntó Annie.

—Hacer a Jimmy Mission tan desgraciado como sea humanamente posible. Ese gusano ha ganado el juicio. Tengo que pagarle daños.

—Me parece justo teniendo en cuenta que tú causaste los daños — musitó Annie.

—Y el dolor y el sufrimiento que tuvo que soportar yendo por ahí con pintura roja en el guardabarros.

—Eso es ridículo.

—Exactamente lo que dije yo —se encogió de hombros—. Bueno, dije eso y algunas cosas más que me ganaron otra multa por desacato —respiró hondo—. Vamos, chicos. Invito yo.

Media hora después, Deb tomaba su cuarta copa mientras Annie se encontraba en la segunda y Wally giraba con Jenny Peters en la pista de baile.

—El lunes —musitó Deb—. No me interpretes mal. Me alegro mucho por ti y tú lo sabes. Pero había confiado en que acabarías quedándote aquí. Trabajando quizá como autónoma para revistas, abriendo un estudio de fotografía para hacer folletos o calendarios... no sé, pero aquí.

—He invertido mucho en mi carrera para cambiar ahora —explicó Annie.

Tenía que terminar lo que se había propuesto años atrás.

Acabó su copa de un trago.

—Sabía que tenía que haber alguien que me quisiera.

—En eso estoy de acuerdo —sonrió Deb—. Y en este momento viene hacia aquí.

Annie volvió la cabeza y se encontró con unos vaqueros que avanzaban hacia ella. Subió la vista hasta el sombrero Resistol de paja.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó, cuando se sentó en la mesa de al lado con Jimmy Mission.

—De celebración —repuso Jimmy; se llevó una mano al sombrero y lanzó una sonrisa a Deb.

—Has vendido el rancho —dijo Annie.

—No —Tack la miró a los ojos—. No lo he vendido. Eso es lo que estamos celebrando. Eso y que Jimmy ganó el juicio. ¿Os importa que nos sentemos juntos? No hay muchas mesas.

—No —Deb puso los pies en la silla al lado de la suya antes de que

Jimmy pudiera sentarse.

El hombre frunció el ceño y le apartó los pies a la fuerza para sentarse.

—Dolor y sufrimiento por un arañazo al coche —murmuró Deb—. Es lo más estúpido que he oído en mi vida.

—No, lo más estúpido fue que insultaras al juez —repuso Jimmy.

—Te odio.

—Eso dicen tus labios, pero tus ojos dicen que me deseas, querida.

—El día que se caliente el infierno...

Annie dejó de escucharlos para mirar a Tack a los ojos.

—¿No has vendido?

El hombre negó con la cabeza. La joven sintió una alegría irracional.

—¿Y el contrato de Kawasaki? —preguntó.

—Lo he roto y les he dicho que no. Voy a retirarme.

—¿Así por las buenas?

—Lo cierto es que llevo tiempo pensándolo, por eso no firmé el contrato de inmediato. Estoy cansado de vivir en la carretera. Necesito algo fijo. Además, *Huesos* le ha tomado cariño a la casa y yo a él, entre otras cosas —su mirada se oscureció—. Me quedo, Annie.

—Y yo me marchó —dio media vuelta y se alejó entre la multitud.

—¡Annie, espera! —gritó Tack.

Pero no podía. Él se quedaba y eso le producía una sensación de pánico que la impulsaba a correr más. Salió por la puerta de atrás y corrió al aparcamiento.

—¡Annie! —Tack la agarró por el brazo y la volvió hacia sí—. Annie...

—¡No lo digas! —movió la cabeza, parpadeando para reprimir las lágrimas—. Por favor, no lo digas.

—Te quiero.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas, movió la cabeza, combatiendo la verdad de sus palabras y la emoción de su corazón.

—Suéltame. Tengo que salir de aquí.

—¿Annie? —las manos fuertes de él limpiaron sus lágrimas—. ¿Qué te pasa? ¿No me has oído? He dicho que te...

—¡No! —le apartó las manos—. No me lo pongas más difícil. Déjame ir.

—Si decir que te quiero te lo pone más difícil, te quiero, te quiero, te quiero y te quiero —la miró con decisión—. Y no quiero que te vayas a ninguna parte —le tomó las manos—. Creía que tú sentías lo mismo.

—Pues te equivocabas.

—¿En serio? —la miró a los ojos y ella estuvo a punto de confesar la verdad.

En lugar de ello, movió la cabeza, aferrándose a su rabia, su miedo y el dolor de oír a su madre llorando noche tras noche por lo desgraciada que era. Porque lo había dado todo por el hombre que amaba.

Se había arriesgado sin ganar nada a cambio. Solo mucho dolor y soledad, que unos pocos momentos de felicidad no podían compensar.

—Me marchó, Tack. Me han llamado del *Chronicle*. Empiezo el lunes.

—¿A Houston? —parecía que acabaran de darle un puñetazo en el estómago. Negó con la cabeza—. No puedes.

—Sí puedo. Puedo hacer lo que quiera.

—Pero yo no quiero que te vayas.

—No se trata de lo que quieres tú, sino de lo que quiero yo. ¿No lo entiendes? He trabajado toda mi vida por una oportunidad así. No puedo olvidarla ahora porque tú digas que me quieres.

—¿Ni porque tú me quieres a mí?

La joven negó con la cabeza.

—No es suficiente.

Lo cierto es que sí lo era. Todo en su interior la impulsaba a olvidarse de lo demás y abrazar ese momento y a él.

Pero no podía.

—No cometeré el mismo error que mi madre —se soltó y corrió a su coche. Una vez dentro, puso el motor en marcha y respiró hondo.

Lo había hecho. Había cambiado a Tack por su independencia, su orgullo, sus sueños, lo que su madre nunca había tenido el valor de

hacer con Cooper Brandon. ¿Por qué, entonces, tenía la sensación de haber dado la espalda a lo único que importaba?

Miró por el espejo retrovisor y vio a Tack de pie donde lo había dejado, con los puños apretados y el cuerpo tenso, como si tuviera que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no salir detrás de ella.

Fue una imagen que la atormentó toda la noche y el resto de la semana, mientras empaquetaba sus cosas, llamaba por teléfono y se preparaba para el resto de su vida.

Sin Tack Brandon.

Capítulo trece

Annie llamó al timbre de la señora Pope por tercera vez. Esperó unos segundos más y dejó el sobre en el escalón. Tenía cuatro horas de viaje hasta Houston y aún tenía que hacer otra parada.

Bajó a su coche, y se abrió la puerta de la casa.

—¿Qué es esto?

La señora Pope miraba los siete dólares metidos en el sobre.

—El dinero que le debo.

Una expresión extraña cubrió el rostro de la mujer.

—¿Te marchas de verdad?

Annie asintió.

—Mañana empiezo en mi nuevo trabajo. Pero no tema, Gary Tucker ha dicho que le buscará un buen vecino. Se ocupará él de la venta. Cuídese, señora Pope —se volvió, pero la voz de la mujer la detuvo.

—Eres una buena chica, Annie Divine.

Giró de nuevo para mirarla de hito en hito.

—¿Qué ha dicho?

—He dicho que eres una buena chica. Sé que me he metido mucho contigo —continuó—. Sobre todo desde que me jubilé de la biblioteca. Pero quiero que sepas que no es porque no me gustes, sino porque una vieja como yo necesita algo que me haga seguir adelante. Tú siempre te has peleado bien conmigo, y me gustaban nuestros enfrentamientos. Me animaban la vida y los voy a echar de menos. Y a ti. También te echaré de menos a ti.

Annie se secó los ojos.

—Yo también a usted, señora Pope.

Se volvió porque no quería llorar de nuevo. Ya lo había hecho muchas veces mientras empaquetaba y se despedía de sus amigos. De algún modo, Annie Divine se había vuelto parte de la ciudad en los diez últimos años. Aunque todavía quedaba gente a la que no gustaba, otros muchos sí la apreciaban.

La abuela Baines le había llevado galletas y Bobby Jack había dado una fiesta de despedida en su honor en el club, a la que había asistido media ciudad, incluido Tack. Este pasó la noche mirándola, pero solo le habló para saludarla.

Subió al coche. Los cachorros iban delante, en su cesta de viaje. Miró la casa por última vez, se secó los ojos y puso el motor en marcha.

* * *

—¡Soltadla! —gritó Tack, agarrándose a las riendas con todas sus fuerzas. Los dos vaqueros que sujetaban las sogas de *Fern* tiraron hacia atrás y ésta se encabritó y estuvo a punto de despedir a Tack, que se sentaba con firmeza en la silla, montándola por primera vez.

Se agarró con decisión y se mantuvo en la silla. Pasaron unos segundos hasta que la yegua aceptó lo inevitable y comenzó a calmarse bajo las palabras de su jinete.

Este dio un trote corto con ella y se lanzó al suelo en medio de aclamaciones.

—No ha sido tan grave, ¿verdad, pequeña? —acarició la crin del animal—. Me hubiera gustado que Eli lo viera —su capataz estaba en ese momento paseando por el pasillo del hospital, con el brazo escayolado, esperando que Vera diera a luz a su tercer hijo.

Tack acarició un momento más al caballo y comenzó a descinchar la silla. Acababa de retirarla cuando vio una camioneta blanca familiar dar la vuelta a la casa del rancho.

Lanzó la silla por encima de la valla y salió a su encuentro. Annie saltó al suelo y se reunió con él a mitad de camino entre la casa y el corral.

—Has venido —dijo él, con el corazón latiéndole con fuerza.

—Solo quería darte algo antes de marcharme —le tendió una caja—. La hice para ti. Un recuerdo mío.

Tack abrió la caja.

Dentro había un álbum de fotos azul envuelto en papel blanco fino. Lo sacó, abrió la primera página y vio varias fotos panorámicas que había hecho ella del rancho. Siguió pasando páginas y vio más fotos del rancho, fotos viejas de Tack y de su madre e incluso una de Annie y Cherry.

—Te gustó el álbum de recuerdos que hice de mi madre —explicó ella—, por eso te he hecho uno de Coop.

Tack siguió mirando hasta llegar a la última página, donde había una foto de él montando una Yamaha con expresión tensa y el cuerpo arqueado para saltar.

—Esa era su favorita —dijo ella—. Escribió a tu club de fans para pedirla. Si alguna vez lo echas de menos...

—Cuando... —la interrumpió él—. Cuando lo eche de menos.

La mujer sonrió.

—Cuando lo echas de menos, puedes abrir el álbum y estarás rodeado de las cosas que él amaba. De él.

Tack tragó saliva.

—Gracias —la miró a los ojos—. ¿Me quieres? Porque si es así, necesito oírlo.

Una expresión de miedo asomó a los ojos de ella.

—Sí —dijo.

—Entonces quédate. Nosotros no somos Cherry y Coop.

—¿No lo entiendes? —la voz de ella se llenó de lágrimas—. Si me quedo, lo somos.

—Entonces bésame por última vez. Por los viejos tiempos.

—No pue... —movió la cabeza. Lo miró a los ojos—. Por los viejos tiempos —se acercó y rozó los labios de él con los suyos.

El álbum de fotos cayó al suelo. Tack la estrechó contra sí con fuerza, como si no quisiera soltarla nunca. Le dio un beso gentil y profundo que acentuó el dolor que sentía en su interior.

Él la quería y ella también a él. Eso era una locura. Podían tener

una vida, juntos.

Una vida llena de resentimiento. Aunque ella correspondiera a sus sentimientos, siempre se odiaría por no haber perseguido su ambición.

O tal vez no.

Pero no era un riesgo que él pudiera correr. La joven había renunciado ya a muchas cosas por la gente a la que quería, y Tack no estaba dispuesto a pedirle otro sacrificio.

—Yo no soy mi padre —murmuró—. Y no pienso cometer el mismo error —aunque estaba seguro de que estaban hechos el uno para el otro, ella tenía que descubrirlo por sí misma.

¿Pero y si no lo hacía?

Apartó a un lado sus miedos e hizo lo más difícil que había tenido que hacer en su vida: dejar que Annie se alejara de él.

—Haz la foto y vámonos, Annie —David Bruce, el periodista al que la habían asignado, señaló ante él. La joven hizo dos fotos de los ganadores del torneo de golf de caridad y corrió para no quedarse atrás.

«Correr». Esa palabra describía las últimas tres semanas de su vida, desde que se mudara a Houston para empezar una nueva vida. Había cubierto muchas historias y hecho un número increíble de fotos, pero no conseguía recordar un solo tema. Apenas tenía tiempo de mirar por el visor antes de pasar a la siguiente tarea.

Deb tenía razón. El periodismo en la gran ciudad no era tan interesante. El reportero contaba las historias con palabras y usaba las fotos solo como refuerzo.

—¿Estás bien? —preguntó David, cuando ella se sentó en el coche a su lado.

—Muy bien. Un poco cansada.

—Te acostumbrarás. Esto es la liga grande. Pronto te gustará el paso rápido.

Annie no estaba tan segura. Había aceptado el trabajo de sus sueños, pero su corazón ya no estaba puesto en él.

Su corazón estaba en Inspiration.

Con Tack.

Por primera vez en su vida, entendía la decisión de su madre. Cherry se había visto atrapada entre la posibilidad de quedarse y ser desgraciada como amante de Coop y la de marcharse y ser desgraciada sin él.

Pero su propia situación había sido distinta.

O quizá no. Porque aunque Tack le había hablado de amor, no había dicho nada de matrimonio.

A lo mejor no quería más que su padre.

O a lo mejor sí.

Apartó la idea de su mente y bajó del coche para el siguiente encargo: un pase de modelos con vestidos de novia en el parque Buffalo.

Mientras David entrevistaba a algunos de los diseñadores, ella sacó una foto tras otra de los trajes. David la buscó veinte minutos después y le dijo que tenían media hora para comer algo antes de ir al tribunal del Condado de Harrys a una subasta caritativa.

La oportunidad resultaba demasiado tentadora. Dejó al reportero comiendo en un restaurante y se acercó a la línea de árboles que bordeaba el riachuelo del parque. Había estado privada del placer de buscar la foto perfecta durante semanas y empezaba a sufrir síndrome de abstinencia.

Por eso había decidido cambiar las cosas. Había enviado unas fotos del rancho de Tack a una revista y conseguido su primer encargo como autónoma.

Sacó varias fotos del paisaje y se alejó más de la multitud en dirección al arroyo.

Levantó la cámara y una sensación extraña la embargó... como si alguien la estuviera observando.

Como si...

Miró a su alrededor. En la distancia había ruido, pero a su alrededor solo se veía agua y árboles.

Decidió que era cosa de su imaginación y volvió su atención a la cámara.

Entonces vio un rostro familiar en el visor.

Había salido de detrás de un árbol cercano y avanzaba hacia ella.

Se llevó un melocotón a la boca, dio un mordisco y Annie sintió una alegría profunda en su corazón.

—Estás horrible —dijo, al ver las líneas en torno a su boca, las sombras debajo de los ojos, como si no hubiera dormido en días. En semanas.

—Y tú estás preciosa, cariño —tiró lo que quedaba de melocotón.

—¿Qué haces aquí?

Metió dos dedos en un bolsillo de los vaqueros y sacó una prenda familiar de encaje y raso.

—Creí que quizá querías que te devolviera esto.

La mujer sonrió.

—Llevo otras.

—Lo sé, tesoro. Esas también las quiero.

—¿Has venido a recoger lencería de mujer?

—Solo la tuya, Annie —en sus ojos se leía desesperación, mezclada con una determinación que la dejó sin aliento—. Solo la tuya. Siempre la tuya. Porque te quiero y no pienso dejarte marchar.

Annie llevaba tanto tiempo combatiendo lo que sentía por él que sus defensas entraban en acción por sí solas.

—No puedes obligarme a volver.

—Yo jamás haría eso, y tampoco te pediré que renuncies a tus sueños. Pero tú eres mi sueño, Annie. Y te quiero. Aquí o dondequiera que vayas.

—¿Y qué hay del rancho? Es tu hogar.

—Tú eres mi hogar —le acarició la mejilla—. Dondequiera que estés tú es donde quiero estar yo. Eli conoce bien el rancho y puede cuidar de él mejor que yo.

—No puedes dejarlo todo ahora que acabas de instalarte.

—Puedo y lo haré. Por ti.

—¿Y pasar el resto de tu vida siguiéndome? Yo no quiero eso.

Tack apretó los labios.

—Tú no me quieres. ¿Es eso lo que intentas decir?

—No. Sí te quiero. Con todo mi corazón. Pero no quiero eso —mover la cabeza—. El amor no es para que uno de los dos haga todos los sacrificios. El amor es dar y tomar. Una cantidad igual de ambas

cosas.

—¿Lo que significa?

—He propuesto una idea a la revista *Texas Highways* —dijo ella—. La idea es mostrar con fotos la belleza indómita de Texas. Me han comprado la propuesta y ofrecido artículos mensuales —lo miró a los ojos—. Lo más indómito que hay aquí es el Doberman de mi vecino. Se volvió loco cuando llegaron *Rex* y *Tex* y ha intentado comérselos desde entonces.

Los ojos azules de él brillaron de esperanza.

—¿Estás diciendo lo que yo creo?

—Si crees que estoy diciendo que te quiero y que quiero estar contigo, sí. Con una condición —levantó una mano para mantenerlo todavía a distancia—. Yo no soy mi madre. Quiero amor, matrimonio, niños... todo —tragó saliva—. Todo o nada.

Le había dado un ultimátum y no pensaba echarse atrás. Quería una relación igual, de amor mutuo.

El hombre sonrió.

—Muchos niños —declaró, abrazándola—. Por lo menos diez.

—Yo estaba pensando en dos o tres —dijo ella, con el corazón hinchado por la certeza de saber que la quería tanto como ella a él.

—Seis —dijo él.

—Cuatro.

—Cinco y medio.

—¿Y medio? —sonrió ella.

—Ya se nos ocurrirá algo —su expresión se volvió seria—. Cástate conmigo y viviremos en el rancho y tendremos todos los hijos que Dios quiera darnos. Puedes hacer todas las fotos que quieras y todo lo demás que te haga feliz siempre que estemos juntos. Te quiero en mi cama —le tocó un pezón—. En mi corazón. En mi vida. En todas partes.

La mujer sonrió entre lágrimas y se apartó. Agarró el dobladillo de su vestido y subió las manos por las piernas.

—¿Qué haces? —preguntó él, confuso.

—Darte un depósito —sonrió ella.

Se movió hasta que sus braguitas color melocotón cayeron hasta

los tobillos. Se las quitó y las metió en el bolsillo de él, al lado de las otras.

—Y habrá muchas más. Un futuro de ellas. Para siempre —lo besó, entregándole su cuerpo, su corazón y su alma, con la esperanza de que el futuro les llevara amor y felicidad.

Fin